

JOSÉ MIGUEL CEJAS

EL DOCTOR MOSCATI



(Contracubierta)

La personalidad de Moscati es muy popular en Italia, donde se han publicado numerosos estudios sobre su figura. En España, sin embargo, es aún poco conocido y ésta es una de las escasas obras sobre el famoso médico napolitano publicadas en lengua castellana.

José Miguel Cejas ofrece en este libro una semblanza sugerente y amena de Moscati, dirigida al gran público, escrita con un estilo ágil y vivo, en el que se perfila la personalidad de un hombre realmente excepcional.

Al hilo del relato, el autor trata de muchos de los temas candentes con los que se enfrentan los médicos de nuestro tiempo, lo que otorga a estas páginas un particular interés y actualidad.

JOSÉ MIGUEL CEJAS

El doctor
MOSCATI

MADRID

1994



Fotografias cedidas amablemente por Antonio Tripodoro

A mis padres.

ÍNDICE

UNA PASIÓN.....	8
I. ALBERTO MOSCATI.....	9
<i>Una parada militar en Ciriè</i>	9
<i>Serás un buen magistrado</i>	11
<i>Nostalgias y recuerdos</i>	12
<i>Lo incomprensible</i>	14
<i>Médico</i>	15
II. UN ESTUDIANTE DE MEDICINA.....	18
<i>Una decisión desconcertante</i>	18
<i>La Universidad de Nápoles</i>	19
<i>La prueba</i>	21
<i>Don Francesco</i>	23
<i>Un perfil</i>	24
<i>Una belleza «fidiaca»</i>	25
<i>Fin de siglo</i>	26
III. EN EL HOSPITAL DE LOS INCURABLES.....	28
<i>Un joven doctor de comienzos de siglo</i>	28
<i>La «escuela médica napolitana»</i>	29
<i>Primeros pasos</i>	30
<i>Su secreto</i>	33
<i>Alberto</i>	35
IV. UNA ERUPCIÓN DEL VESUBIO.....	37
<i>Sterminator Vesebo</i>	37
<i>Coraje y fe en Dios</i>	39
V. UN AÑO DECISIVO.....	42
<i>Una familia napolitana</i>	42
<i>Una oposición en Nápoles</i>	44
<i>La «epidemia española»</i>	46
<i>Viena y Budapest</i>	46

<i>Rosa di Luca</i>	47
VI. DURANTE LA GRAN GUERRA.....	49
<i>1915-1918</i>	49
<i>El regreso de los vencedores</i>	53
VII. NUNCA ES BASTANTE.....	54
<i>Un adiós definitivo</i>	54
<i>La pasión de Moscati</i>	55
<i>Sin descanso</i>	56
<i>Un beso en la frente</i>	58
<i>Los más necesitados</i>	59
<i>¡No esté triste!</i>	61
<i>Yo quiero contribuir</i>	61
<i>No se debe tener miedo</i>	62
VIII. MAESTRO Y AMIGO.....	64
<i>Entre sus alumnos</i>	64
<i>Un maestro lleno de vida</i>	66
<i>Muerte, yo seré tu muerte</i>	69
<i>Sin fisuras</i>	70
<i>Un libro que no ha sido impreso</i>	71
<i>Piedad y técnica</i>	72
IX. AMORES.....	74
<i>El hambre básica de la humanidad</i>	74
<i>Hazme sentir tu voz</i>	77
<i>La raíz de su fuerza</i>	78
X. LA «SUBLIME MISIÓN».....	81
<i>Don Erri</i>	81
<i>La plenitud</i>	83
<i>Sus honorarios</i>	84
XI. UN VIAJE AL EXTRANJERO.....	87
<i>El congreso Internacional de Fisiología</i>	87
<i>Roma</i>	89
<i>Turín</i>	89
<i>París y Edimburgo</i>	90
<i>Versalles</i>	92
<i>Lourdes</i>	92
XII. BORRASCAS Y TORMENTAS.....	94
<i>El Decreto Gentile</i>	94

<i>Una invitación al duelo</i>	99
<i>El palazzo Zapata-Berio</i>	102
<i>Aquí estuvo Nápoles</i>	103
XIII. LUCES Y SOMBRAS.....	105
<i>Compréndame, Moscati</i>	105
<i>Dos caminos</i>	108
<i>Silencios expresivos</i>	109
<i>Los defectos</i>	112
XIV. EN LAS FRONTERAS DE LA CIENCIA.....	115
<i>Una lucidez misteriosa</i>	115
<i>No se trata de un tifus</i>	115
<i>Cosas que pasan</i>	117
XV. LA MUERTE MÁS HERMOSA.....	119
<i>No soy el tío de América</i>	119
<i>Hay que estar preparados</i>	120
<i>Un impulso misterioso</i>	121
<i>Una profecía</i>	122
<i>Martes de Pascua</i>	123
EPÍLOGO.....	125
<i>La sangre de San Genaro</i>	125
<i>Santos en medio del mundo</i>	126
BIBLIOGRAFÍA.....	129

UNA PASIÓN

No he podido olvidar aquella novela de aventuras que me contaron a los trece años. Estaba ambientada en el Egipto del siglo xix y no recuerdo el argumento salvo que se iban entrelazando las andanzas de un corsario turco, un navegante italiano y un aventurero inglés —el protagonista—, que perseguía a unos beduinos por el desierto.

Lo que no he olvidado nunca es aquel tigre. En un determinado pasaje, un tigre misterioso se deslizaba durante varios días bajo las arenas del desierto en pos de su presa, hasta que llegaba a su lado, saltaba de repente por los aires y le clavaba ansiosamente las garras en el pecho.

Así es la pasión de algunos hombres. Parece dormida entre las entretelas del alma; ausente, como perdida entre las dunas del tiempo y de los años; pero no: les persigue, sigilosa, escondida en un repliegue del corazón, esperando la ocasión propicia, dispuesta a saltar en cualquier momento sobre ellos.

En estas páginas se evoca la historia de un hombre profundamente poseído por una pasión; una pasión estremecedora que tuvo la fuerza de un tigre, que abrazó todos los aspectos de su existencia y que lo dominó tanto, que su vida acabó no teniendo otro sentido, otro nombre, que el de aquella pasión.

Se llamaba Moscati y fue un médico napolitano de comienzos de siglo.

¡Un médico de comienzos de siglo! —pensará algún lector— ¿Y qué puede aportarnos su figura en los albores del segundo milenio, cuando la Medicina ha dado pasos de gigante y la investigación científica ha conocido avances insospechados?

En las páginas que siguen intento dar la respuesta.

I. ALBERTO MOSCATI

Una parada militar en Ciriè

Sonaron los acordes de la marcha real de Gabetti y comenzó la solemne parada militar, que se abrió paso entre el enjambre de curiosos que llenaba las calles de Ciriè, un pequeño enclave del norte de Italia. Era un desfile magnífico y colorista, aunque, como comentaban los viejos del lugar, no había punto de comparación con los desfiles de antaño, cuando las tropas de la Italia recientemente unificada conservaban todavía sus distintivos de origen. Realmente, pocas cosas tan vistosas como un desfile de aquellos tiempos, con oficiales que habían combatido en las filas de Garibaldi y con soldados de caballería que avanzaban erguidos y soberbios sobre sus sillas de montar, entre el piafar de los caballos, con sus casacas cortas y sus galones dorados, a través de un tremolar de escudos, estandartes y gallardetes. Aquellas galas multicolores ponían de manifiesto, además del poderío del Ejército, el futuro grandioso que se esperaba de la futura unidad italiana, que tanta sangre y tribulaciones había costado.

No habían pasado tantos años desde entonces, cuando los infantes desfilaban con sus largos capotes de color azul oscuro y las compañías de cazadores se abrían paso con su uniforme carmesí, y las tropas alpinas provocaban aplausos entre la multitud con sus llamativos atuendos de color verde. ¿Y qué decir de aquel aparato, un tanto teatral, de los coraceros de la guardia, de los dragones y los lanceros...? *Tempus fugit*. Nada de eso se podía contemplar ya en esta Italia de 1892, donde todo se había unificado, hasta los uniformes. A pesar de todo, una parada militar, como ésta de Ciriè, seguía siendo un espectáculo magnífico.

Entre los jóvenes oficiales del desfile llamaba la atención un teniente de aspecto decidido y vivaracho, que lucía un breve bigote sobre el rostro

de facciones aceradas. Sorprendía su juventud, que contrastaba con la severidad de su larga guerrera de doble botonadura. ¡Fíjate, qué joven! ¡Y ya teniente! —se comentaba— ¡Debe de ser un caso singular!

Efectivamente, era un caso singular. Tenía veintidós años, se llamaba Alberto Moscati y había sido admitido en la Academia Militar de Turín en 1886, cuando contaba sólo dieciséis años; es decir, cuando no tenía ni siquiera la edad reglamentaria para entrar en filas. Fue algo realmente inaudito. Tres años más tarde, con sus diecinueve años recién cumplidos, tras superar los exámenes correspondientes en la Escuela de Aplicación militar, se había convertido en uno de los tenientes de artillería más jóvenes de Italia.



Alberto Moscati

* * *

La vida, a veces, se decide y se juega en un instante. Y en un instante sucedió todo: el caballo hizo un movimiento brusco y se alzó furioso e incontenible sobre sus patas; el joven teniente perdió el control de las riendas y cayó rodando por el suelo, golpeándose fuertemente la cabeza.

Le recogieron. Un golpe, pensaron todos, sin mayor importancia.

Sí; a pesar de las molestias y los fuertes dolores de cabeza, aquello debía ser un golpe sin mayor importancia; por eso, Alberto Moscati prefirió no contárselo a sus padres, que vivían en Nápoles; no era cuestión de preocuparles. Lo que sí les comunicó en una carta fue la inquietud que venía madurando en su alma desde hacía tiempo. Algo sorprendente en un joven al que todos auguraban un futuro prometedor en el Ejército: estaba pensándose abandonar la carrera militar para entregarse a Dios.

Serás un buen magistrado

A su padre, don Francisco Moscati, no debió sorprenderle demasiado aquella carta. También él había experimentado aquellas mismas inquietudes durante su juventud, hasta que un día, al concluir sus estudios de Derecho en Nápoles, se presentó en el convento de los Redentoristas, para hablar sobre su posible vocación con el padre Ribera. Estuvieron charlando largo rato, y al final le dijo:

—El Señor no quiere que seas sacerdote. Serás un buen magistrado.

El padre Ribera no se equivocó. Poco después ganó las oposiciones a magistrado y juró el cargo de juez en Casino, donde conoció a su futura mujer, Rosa di Luca, la segunda hija de los marqueses de Roseto, una familia noble proveniente de Foggia, con la que se casaría poco después, el 23 de febrero de 1868. Presidió la ceremonia el Abad de Monte Casino, el famoso historiador Luigi Tosti, muy conocido en su tiempo por haber invitado, años atrás, al Papa Pío IX, exiliado en Gaeta, a que volviese a Roma, renunciando al poder temporal.

En Casino fueron naciendo sus hijos. En 1869 nació el mayor, Genaro. En 1870, Alberto; y en 1875 dos gemelas, María y Ana, que fallecieron pocos años después de nacer. En el año 1877 le destinaron de Casino a Benevento y le nombraron presidente del tribunal. Se instaló, como correspondía al cargo, en una gran mansión de la ciudad, el palazzo Andreotti-Leo, desde cuyos balcones se divisaba la gran mole del arco Trajano, conocido popularmente como «La Puerta Áurea». En 1880 falleció otra hija suya, llamada también María, con sólo cuatro años de edad. A los doce años de matrimonio contaban sólo con dos hijos vivos. Aquella inscripción sobre el sepulcro de su última hija muerta reflejaba todo su dolor:

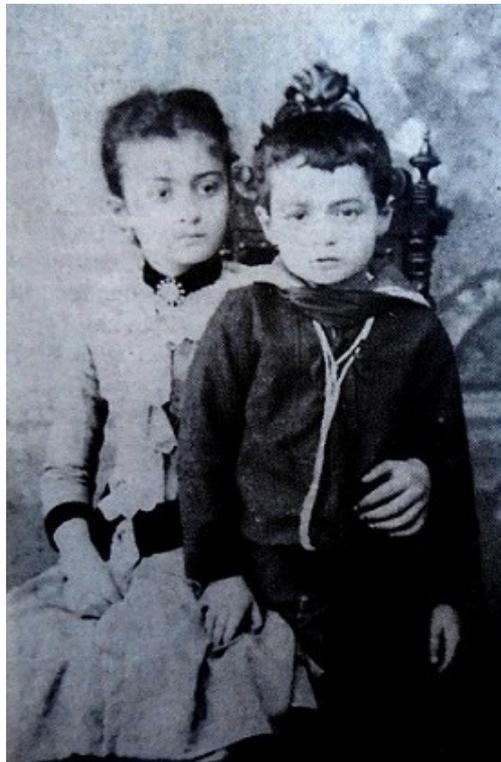
Oh María dulcísima hija que ya no serás más nuestra delicia en esta tierra y que volaste al Paraíso el 5 de mayo del año 1880 cuarto de tu edad en la estancia de los Ángeles suplica consuelo al dolor de Francisco y Rosa Moscati tus afligidísimos padres para que Dios nos reúna de nuevo y podamos volver a abrazarte allí donde se vive sin tiempo.

Ahora su hijo Alberto le contaba que estaba pensándose la posibilidad de ser religioso... ¿Qué sería de todo aquello? Era mejor esperar al desarrollo de los acontecimientos. Tiempo al tiempo...

Nostalgias y recuerdos

Mientras tanto, como los dolores de cabeza se sucedían cada vez con más intensidad, Alberto tuvo que guardar cama. No quiso decir nada a sus padres para no preocuparles. Sin embargo, estaba inquieto. ¿Qué sería aquello?

Durante aquellos días no pudo menos que recordar los salones de aquel *palazzo* de Benevento, decorados al estilo del siglo XVII, donde había transcurrido su infancia. Allí habían nacido su hermana Ana, en 1878, a la que siempre llamarían Nina, y su hermano Giuseppe —Peppino, para todos— en 1880.



El pequeño Giuseppe,
junto a su hermana Nina

Fueron tiempos felices y amargos al mismo tiempo. El 28 de julio de 1883 su familia sufrió un golpe duro: dos tíos suyos murieron en el terremoto de Casamicciola, sepultados entre los escombros.

Un año después se trasladaron a Ancona, donde habían nombrado a su padre consejero de la Corte de Apelación. Allí nació su último hermano, al que bautizaron Domenico en recuerdo de uno de sus tíos, en 1884. En total, quedaban seis hermanos de los nueve hijos que habían tenido sus padres: un balance desgraciadamente habitual en aquellos años de fin de siglo.

En 1884 se trasladaron de nuevo, esta vez a Nápoles, donde su padre había sido nombrado presidente de la Sala de lo Penal. Era un gran triunfo profesional había alcanzado, a los cuarenta y ocho años de edad, la cima de la carrera jurídica.

Alberto tenía entonces catorce años. Estuvo viviendo con su familia en Nápoles sólo durante dos años, en aquella casa de la calle de Santa Teresa al Museo, frente a la iglesia de los carmelitas. Más tarde su familia se mudó a una casa de la calle Cisterna dell'Olio, muy cerca de lo que entonces era el centro de Nápoles. Era una casa grande y señorial, que se alzaba entre los viejos edificios del siglo XVIII que abundan en esa parte de la ciudad. En 1896, a los dieciséis años, su madre y su hermano mayor, Genaro, le acompañaron hasta Turín donde ingresó en la Academia. Cambió muy pronto —quizá demasiado pronto— los paseos con su padre y sus hermanos por los desfiles, la instrucción militar y las prácticas de tiro.

Recordaba vivamente aquellos paseos. Nápoles era todavía la ciudad feliz de finales de siglo, reproducida mil veces en las litografías con un inevitable pino mediterráneo en primer plano y el Vesubio a lo lejos con su famoso penacho. Era el Nápoles soñado de los escritores, de los artistas, de los *posteggiatori* que cantaban al anochecer las viejas canciones de los barrios de pescadores, como la conocidísima:

Santa Lucía
Sul mare luccica
I'astro d'argento...

Pasear por las calles de Nápoles era como pasar las páginas de un libro de historia; una historia apasionante y magnífica, sangrienta a veces. En la gran fachada del Palacio Real, frente a la Plaza del Plebiscito, habían instalado las efigies de los representantes de las diversas dinastías que

habían reinado en la ciudad desde 1140: Roger Normando, Federico II de Suabia, Carlos I de Anjou, Alfonso I de Aragón, Carlos V, Carlos I de Borbón —que luego sería Rey de España—, Joaquín Murat, Víctor Manuel II de Saboya... Y nunca faltaba en esos paseos, una visita al Santísimo en alguna de las iglesias de la ciudad.

Cerca de su casa se alzaba la puerta Capuana, un magnífico arco triunfal del Renacimiento flanqueado por dos torres cilíndricas aragonesas, llamadas «Honor» y «Virtud». Esa puerta, que había visto pasar bajo su arco desde Carlos VIII al Gran Capitán, albergaba ahora un mercadillo abigarrado donde se podía comprar de todo, bajo los amplios toldos de colores, entre las gentes que se arremolinaban en torno a los puestos improvisados.

¡Qué lejanos parecían ahora, aquellos días de su adolescencia! Unas veces su padre los llevaba hasta el puerto, para ver la famosa Estación Marítima en la que atracaban los grandes transatlánticos; otras veces se acercaban hasta el muelle, escenario de tantas amargas despedidas de los emigrantes que partían para América en busca de trabajo, de fortuna o, sencillamente, de afán de aventuras...

Otras veces subían a la azotea de la casa y su padre les mostraba la espléndida panorámica de la ciudad: los monumentos, los *campaniles*, las cúpulas y los jardines recortados sobre el azul intenso del cielo. A la izquierda, se veían las colinas del Vomero, con sus casas señoriales asomadas al mar; más allá se divisaba el imponente *cupulone* de la basílica de San Francisco de Paula y el perfil del convento de Santa Clara, la pequeña ciudad monástica que hizo construir en el siglo XIV la reina Sancha de Mallorca; y muy cerca se alzaba el Hospital de los Incurables.

A veces el viento les traía de lejos, como un murmullo zumbón, el griterío de los «bunios españoles»: barrios populares de callejones insalubres, que confluían en la famosa Vía Toledo. Y al fondo se divisaba, imponente siempre, la majestuosa pirámide truncada del Vesubio. Gigantesco, colosal, misterioso y terrible a veces, como el destino...

Lo incomprensible

Sí, el destino puede ser a veces misterioso y terriblemente duro e incomprensible. Porque un día los médicos le dieron a Alberto Moscati el diagnóstico definitivo. Un diagnóstico que era una condena: síndrome de

epilepsia jacksoniana. No tuvo más remedio que comunicárselo a sus padres.

Fue un momento duro para toda la familia. Su madre fue a atenderle a Turín. En 1893 regresó a Nápoles. Todos esperaban verle volver con las estrellas de capitán, y ahora...

Una enfermedad grave supone siempre una prueba dolorosa para una familia. Con frecuencia salen a la luz egoísmos y ruindades ocultas en tiempos de salud, que sólo se revelan con la cercanía del dolor; o al contrario, cuando llegan los momentos difíciles hay miembros de la familia que dan muestras insospechadas hasta entonces de abnegación y entrega.

Esto es lo que sucedió en casa de los Moscati: todos intentaron ayudar a Alberto lo mejor posible durante aquellos meses en los que se debatía entre continuas convulsiones, que a veces duraban hasta veinticuatro horas; todos se esforzaban por cuidarle, por alentarle; pero hubo una persona que le atendió de un modo especial. Alguien insospechado: el pequeño Peppino, que no era más que un adolescente de trece años, que todos los días, al regresar del liceo «Vittorio Emanuele», acudía junto al lecho de su hermano y permanecía durante horas y horas a su lado, atendéndole, cuidándole en la medida de sus fuerzas, consolándole.

¿Qué pensaría Giuseppe al ver cómo iba languideciendo, día tras día, aquel hermano mayor al que tanto admiraba? Debió de ser un contraste triste y doloroso: aquel hermano que iba consumiendo los mejores años de su juventud en la cama, entre vómitos y mareos, era el mismo al que auguraban, poco tiempo atrás, en los salones de su casa, una fulgurante carrera en el Ejército; el mismo del que decían los familiares, los amigos, las gentes: «¡Tan joven, y ya teniente!».

Aquella enfermedad cambió la orientación de la vida de Alberto; y también la del pequeño Giuseppe. Antes era un apasionado del latín, la historia, las matemáticas y la zoología; podría haber sido un gran zoólogo, o quizá, un historiador famoso. Pero aquella experiencia del dolor le descubrió su verdadera vocación. Junto a esa vida que se apagaba irremisiblemente, tomó una decisión irrevocable: sería médico.

Médico

Sí, quería ser médico; pero aquella palabra tenía para Giuseppe un significado específico. No soñaba sólo con ser un «médico competente». No quería convertirse en un «experto», un estudioso como tantos otros.

Aspiraba a todo eso y a mucho más: quería, sobre todo, ayudar a los demás a comprender el sentido de su dolor, para que supieran aceptarlo, trascenderlo y para que fructificara en su vida, como había sucedido en la de su hermano Alberto. «Pongamos todo nuestro amor —escribiría años más tarde— no sólo en las cosas que Dios quiere, sino en la Voluntad del mismo Dios que las determina.»

No disponemos de demasiados datos sobre aquellos años. Ignoramos cuál fue la reacción interior de aquel adolescente ante la situación terrible que atravesaba su hermano mayor. Sólo sabemos que en su vida se cumplió lo que afirma Dostoievski, cuando escribe que el sufrimiento purifica y transfigura decisivamente la personalidad.

Sin embargo, ese proceso interior no se opera habitualmente de un día para otro. Para llegar a esa purificación, a esa transfiguración, hay que sufrir mucho; hay que superar dudas y angustias desconocidas hasta entonces, padecer incertidumbres y oscuridades. Es muy probable que Giuseppe pasara también por esos estadios oscuros del desasosiego, de la rebeldía, inmediatamente reprimida, de la desazón por las preguntas sin respuesta, de la tristeza...

Esto no debe sorprendernos. Solemos pensar en los grandes hombres como si estuviesen hechos de un tejido especial, como si no hubiesen experimentado nunca nuestras mismas turbaciones y zozobras interiores ante el misterio del sufrimiento humano. Nos olvidamos que no fueron grandes porque anduvieron por caminos distintos a los nuestros, sino porque los supieron recorrer de un modo muy diverso.

Fue una prueba dura, larga, lacerante para un chico joven que debía convivir día a día con el rostro amargo del dolor. Un dolor sin explicación humana posible, sin respuesta y sin salida. Todo era, aparentemente, absurdo: aquella piltrafa humana que se debatía en su lecho, en medio de espasmos y convulsiones, era su hermano; aquel hermano que poblaba sus sueños de niño con uniformes, desfiles y medallas. Todo, por el simple movimiento desafortunado de un caballo; por un azar —¿un azar? — del destino. ¿Y qué es el destino?

Sí, aparentemente, aquella vida había quedado sin norte, sin meta, sin sentido. Alberto había conocido el éxito demasiado pronto y había experimentado también demasiado pronto la amargura del fracaso. Había pasado en muy poco tiempo de la alegría de vivir y la plenitud de las fuerzas físicas, a la angustia y el desfallecimiento; de la admiración a la soledad; de los sueños de juventud al desencanto del dolor. No cabe duda

de que Alberto y Giuseppe Moscati aceptaban todo aquello; pero el puro hecho de aceptarlo resulta, en esos casos, no lo olvidemos, terriblemente doloroso.



**Rosa de Luca,
madre de Giuseppe Moscati**

II. UN ESTUDIANTE DE MEDICINA

Una decisión desconcertante

—¿Cómo? ¿Un médico en esta casa?

Supone Papisogli que aquella decisión de Giuseppe, al concluir sus estudios en el Liceo, debió suscitar la perplejidad de su familia:

—Pero, Peppino, ¿por qué no te haces abogado o militar, como todos?

Entre esos *todos* estaba su hermano Genaro, que estudiaba Derecho y era el último de una larga saga de antepasados, tanto por la rama paterna como la materna, que mostraban orgullosos, en los lienzos que presidían los salones de la casa, sus togas de magistrados. En su árbol genealógico se sucedían los nobles —una rama de los Moscati habían sido feudatarios de las baronías de Olevano, Albanella, Poppano y Parolise—, los jueces y los militares, como Salvatore Moscati, que fue Alcaide de Rodas en 1110. Sin olvidar a Constantino y Fabio Moscati, antiguos caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Por parte materna estaba, además, el ilustre precedente de su abuelo, Raffaele De Luca, Comandante mayor de la Guardia Nazionale, que se había distinguido especialmente en la lucha contra el bandolerismo a comienzos del siglo diecinueve.

Naturalmente Giuseppe tenía de su parte otros precedentes familiares: los de Bernardino y Pietro Moscati, antiguos profesores de la Universidad de Pavía y cirujanos del Hospital Mayor de Milán. Pero no podía negar que las batas blancas constituían una excepción en medio de aquel estruendo familiar de espadas, togas y sables.

A los Moscati les sorprendió la firmeza de aquella decisión; porque Rosa di Luca temblaba ante la sola idea de ver a su Peppino en las salas de un hospital:

—Es un chico generoso —comentaba—, dispuesto a hacer cualquier sacrificio por los demás y en una carrera como ésta llegará hasta el límite de sus fuerzas. Con tal de aliviar los sufrimientos de los otros será capaz de convertirse en un mártir...

La Universidad de Nápoles

Pocos meses después, en octubre de 1897, Giuseppe inició sus estudios en la Facultad de Medicina de Nápoles. La Universidad se encontraba en pleno desarrollo: tenía unos 1.500 estudiantes y contaba con más de treinta cátedras. Estaba situada en un viejo edificio, majestuoso y solemne, con una gran fachada de ventanales alineados, partida por un frontón central, construido según los cánones del gusto borbónico. Algunas áreas de enseñanza se estaban adecuando a las necesidades del momento, pero muchas de sus instalaciones, como las salas de disección o los laboratorios, acusaban patentemente el paso del tiempo y necesitaban urgentemente una remodelación.

Sin embargo, como recordaba Fleming, no son los vestíbulos de mármol lo que garantizan la grandeza intelectual, sino el alma y el cerebro de los investigadores. Y la Facultad de Medicina de aquella Universidad contaba con docentes de cierto renombre: Albini, Capuano, Trinchen, Amabile, de Renzis, Cantani...

Pronto se dio cuenta Moscati de que en aquellas aulas no sólo se enseñaba Medicina. Parte del profesorado estaba imbuido de un fuerte naturalismo científico y algunos de sus profesores defendían unas posturas si no totalmente sectarias, al menos anticristianas y agnósticas. «El hombre —afirmaba en sus clases Arnaldo Cantani, profesor de Clínica médica— no se concibe fuera de la naturaleza.» Y concluía con esta sentencia tajante: «El delirio de la especulación no ha aportado a la Medicina ni un milímetro de progreso».

Las corrientes ideológicas dominantes eran, como recuerda Antonio Iamalio, el materialismo histórico, un naturalismo de inspiración darwiniana y un pirronismo de signo lucreciano, aunque se advertían fuertes disparidades ideológicas y doctrinales entre unas Facultades y otras. Quizá el contraste más acusado era, como señala Marranzini, el que

se daba entre la Facultad de Filosofía, fuertemente influida por el hegelianismo, y la Facultad de Medicina, donde se respiraba aquel optimismo decimonónico de signo positivo que creyó ingenuamente en la quimera de un progreso indefinido. «La filosofía natural y positiva — proclamaba Cantani— avanza triunfante, segura de sí, confiada en su porvenir, se alza cual volcán en erupción y entierra bajo su lava incandescente las fortalezas de las antiguas teorías, los edificios de los viejos prejuicios, los hermosos castillos de una superada poesía.»

Ese optimismo grandilocuente llevaba, de hecho, a muchos pensadores y científicos de la época a un cientifismo que confiaba, con una fe pseudo-religiosa, en la capacidad de las ciencias experimentales para proporcionar al hombre un saber completo, y para resolverle, en un futuro próximo, todas sus aspiraciones, incluso las más espirituales.

Los que profesaban esta doctrina pretendían que la fe quedara relegada al ámbito de «la intimidad», de la conciencia, sin la más mínima proyección social. «La regulación del conjunto de las Andas —comenta Redondo— se confiaba a la ciencia experimental. Aunque más exacto sería decir que se confiaba al cientifismo.»

Se vivía en un clima de euforia científica. Pocos años antes había nacido el teléfono, Edison acababa de inventar el cinetófono el año anterior y Guillermo Marconi había realizado, poco tiempo atrás, en presencia del Rey de Italia, una sorprendente demostración de las posibilidades de la telegrafía sin hilos, transmitiendo un telegrama desde los astilleros de La Spezia hasta el crucero San Martino, que se encontraba... ¡a 16 kilómetros de distancia!

En el ámbito de la Biología, se habían descubierto hacía varias décadas las leyes mendelianas de la herencia; en el campo de la Química, se contaba ya con el sistema periódico de los elementos. Se había descubierto la existencia de la radioactividad; se había identificado el bacilo de la tuberculosis, de la difteria, de la peste; y un ingeniero danés, Valdemar Poulsen, conseguiría durante aquellos años, conectando el fonógrafo con el teléfono, un curioso objeto capaz de registrar conversaciones telefónicas: el telefonógrafo.

Se creía haber entrado —¡por fin! — en una espiral de progreso indefinido. Se divulgaban por todas partes los nuevos inventos y avances; y las siluetas de los automóviles —otro milagro de la técnica— comenzaban a verse, entre grandes polvaredas, por los caminos y carreteras. Un francés audaz, Louis Renault, estaba instalando un pequeño

taller cerca de París y se disponía a vender sesenta de aquellos curiosos artefactos... En medio de esta euforia, algunos científicos concluían que el hombre ya no necesitaba de Dios. La fe era, para algunos, una antigualla que había que desechar, o que había que guardar, a lo más, en la vitrina polvorienta del museo arqueológico.

No era éste el único campo en el que los creyentes se encontraban en una situación difícil. En la vida pública se enfrentaban por una parte con la masonería, muy fuerte en Italia, de signo virulentamente anticristiano, que se erigía como la gran defensora del liberalismo individualista y capitalista; y por otra se encontraban ante la fuerza creciente de un materialismo dialéctico de signo marxista, furibundamente ateo.

Realmente no era un tiempo fácil para un joven universitario católico de diecisiete años como Giuseppe Moscati.

La prueba

Aquellos años supusieron una prueba dura y decisiva para su fe, porque, como recuerda Matranzini, en las clases de la Facultad no se ponían en tela de juicio sólo unas orientaciones frías de carácter intelectual, sino los fundamentos éticos y religiosos de su propia existencia. Ser cristiano no significaba sólo pensar de un modo distinto; exigía vivir y actuar contracorriente.

Aquellas dificultades eran sólo un pálido reflejo de las que la Iglesia estaba sufriendo en el conjunto del país desde hacía algunos años; el intento de tirar el cadáver de Pío IX al Tíber, cuando lo trasladaban en su cortejo fúnebre, no supuso sólo una ofensa; fue, además, un elocuente signo de los tiempos. La Iglesia padecía, junto con la virulencia de un racionalismo manifiestamente ateo y de un agnosticismo elevado a la categoría de dogma en el campo científico, las críticas de algunos apóstatas, como Renán, que escandalizaba a los católicos de aquel tiempo con su famosa obra *Los orígenes del cristianismo*. Muchos, al leer aquellas páginas, vacilaron en su fe y sacaron, como señala Suárez, las «reflexiones que correspondían al punto de partida: Dios no existe, luego una revolución del pensamiento y de la ética, tan grande como la provocada por el cristianismo, tiene que ser obra de hombres de naturaleza superior».

Y eso, en el mejor de los casos; para Cantani no había ni siquiera «hombres de naturaleza superior»; la muerte de un hombre, como

explicaba en sus clases, no significaba para él, en el conjunto del universo, más que la muerte «de unos millones de células epiteliales».

Se había planteado, con más fuerza que nunca, la autonomía radical de la razón humana; una autonomía que, como recuerda Redondo, aunque inicialmente parece capaz de convivir con la fe, sólo lo hace cuando la fe se reduce a la intimidad de la conciencia. Y a la larga «-y no tan a la largase ve obligada por necesidad de la propia supervivencia a negar y tratar de eliminar esa fe».

¿Qué sucedió en el alma de Moscati durante aquellos años? Para contestar a esta pregunta tenemos que acudir fundamentalmente a los hechos de su vida, sin esperar encontrar mayor luz en sus declaraciones. Sin embargo, no es muy aventurado pensar que su fidelidad a sus convicciones cristianas en medio de toda aquella turbulencia ideológica se explicase, en buena medida, por la profunda formación cristiana que había recibido de su familia. Moscati podía suscribir las palabras de Giuseppe Roncalli, el futuro Juan XXIII, al hablar de sus padres: «Desde que salí de casa (...) he leído muchos libros y he aprendido muchas cosas que vosotros no podíais enseñarme. Pero lo poco que aprendí de vosotros en casa es ahora lo más precioso e importante que sostiene y da vida y calor a las demás cosas aprendidas después de tantos años de estudio».

Todo apunta a que la formación cristiana que recibió Giuseppe Moscati en el ámbito familiar, cultivada, profunda, recia y piadosa al mismo tiempo, constituyó un antídoto eficaz contra aquel indiferentismo y aquel laicismo más o menos virulento en el que cayeron muchos universitarios de su época; y le previno decisivamente contra el gran peligro que se cernía en el interior de la Iglesia: la crisis modernista.

Esa crisis se daba en un tiempo caracterizado por la ignorancia religiosa entre muchos intelectuales. Se pueden apuntar numerosas causas de esa ignorancia. Una de ellas es que la formación doctrinal que se proporcionaba a los jóvenes en los colegios era notoriamente insuficiente. «Era casi nula —evocaría años más tarde François Mauriac refiriéndose a Francia—; apenas dos horas por semana a las que nadie —no mucho más los profesores que los discípulos— parecía dar gran importancia. Pongo bien en claro que ni un solo discípulo de mi curso hubiera sido capaz de decir, ni aun en conjunto, a qué clase de objeciones tenía que responder un católico durante aquellos primeros años del siglo. En cambio, nuestros profesores tenían el don de envolvemos en una atmósfera celestial que bañaba todos los instantes del día. No formaban inteligencias católicas, sino sensibilidades católicas.»

Un contemporáneo de Moscati, Etienne Gilson, recordaba más tarde la importancia decisiva de esa formación en la fe, que libró a Moscati de tantas vacilaciones, dudas y confusiones: «Se puede ser un científico, un filósofo y un artista sin haber estudiado teología, pero sin ella no se podrá llegar a ser un científico, un filósofo o un artista cristiano. Sin ella, podremos ser, por un lado, cristianos y por otro, científicos».

Ése fue el caso de algunos contemporáneos de Moscati, que cayeron, como consecuencia de esa falta de formación doctrinal, en ese sentimiento de inferioridad ante los no creyentes al que alude Gabriel Freizeau en una carta a Claudel: «De un lado están los sabios, los artistas, los hombres de mundo, todos los cuales nos aseguran con perfecta seguridad, que Dios no existe; de otra parte, están los gazmoños, las viejas beatas, el arte de los viacrucis, la ineptia sofocante de los sermones».

La formación humanística de Moscati, la apertura hacia otras culturas que le proporcionaba su estudio de los idiomas —inglés y alemán—, su talante abierto, unido a la sólida instrucción religiosa que había recibido, contribuyeron a que no se dejase deslumbrar por el alcance de aquellos progresos científicos de su época, ciertamente espectaculares, pero que no constituían —como pretendían algunos— hitos definitivos para consolidar definitivamente la fe en el hombre como centro del universo. «El progreso radica —escribiría Moscati años más tarde en una continua crítica y revisión de cuanto aprendemos. Sólo hay una ciencia firme y segura, que no cambia: la revelada por Dios, la ciencia del más allá.»

Don Francesco

La carrera universitaria de Moscati transcurrió, a pesar de las turbulencias ideológicas y políticas del entorno, con serenidad y placidez. Sus compañeros le describen como un estudiante brillante, sólido en sus convicciones, tenaz, decidido, «firme como una roca». Pero antes de alcanzar esa solidez tuvo que recorrer necesariamente un largo camino, porque nada se logra de repente; hasta el mismo hierro hay que acrisolarlo a fuerza de golpes.

Uno de aquellos golpes le sobrevino pocos meses después de comenzar la carrera. A primeras horas de la mañana del domingo 19 de diciembre, su padre, don Francesco Moscati, al que Antonio Tripodoro retrata como un cristiano íntegro, recto y consecuente con su fe, sufrió un desfallecimiento cuando asistía a Misa en la iglesia de la

Archiconfraternidad de Peregrinos. Horas después, a las once de la mañana, le sobrevino una hemorragia cerebral que lo sumió en una situación irreversible. Pudo recibir con plena conciencia los últimos Sacramentos y tras abandonarse en las manos de Dios, reunió a todos sus hijos y encomendó al mayor, Genaro, hombre de carácter fuerte y severo, como recuerda Eugenio Moscati, el cuidado del resto de sus hermanos. Falleció dos días más tarde, el 21 de diciembre de 1897.

Un perfil

¿Cómo era Moscati en esos años universitarios? Un compañero de clase, Mastelloni di Salza, le recordaba como un condiscípulo cordial, sereno, equilibrado, con una gran inquietud humanística, que asistía todos los días a Misa en la iglesia de Santa María de Caravaggio. No olvidó nunca la impresión que le producía verle comulgar; y no acababa de explicárselo: Moscati no hacía nada raro, pero lo cierto era que verle rezar impresionaba.

El país atravesaba una situación histórica que no propiciaba el estudio: durante su segundo año en la Universidad tuvieron lugar las famosas revueltas de mayo de 1898, a causa de la subida de impuestos, que se propagaron como un reguero de pólvora por diversas ciudades italianas —Milán, Florencia, Nápoles— y por regiones enteras, como Emilia y Lombardía. Un homenaje en Nápoles a la figura de Mussi, un estudiante muerto en Pavía, se convirtió en un levantamiento político, con amplia concurrencia estudiantil. Las masas recorrieron la ciudad gritando y vociferando: «Viva la República! ¡Viva la Revolución Social!».

Moscati se mantuvo al margen de aquellas algaradas. Sabía que la responsabilidad social más acuciante para un universitario consiste, salvo casos excepcionales, en estudiar y prepararse para desempeñar, en el futuro, su propia profesión con la mayor perfección posible. La carrera era dura y difícil: para licenciarse debía superar 23 materias. El primer bienio comprendía Química, Física, Biología de las Razas, Anatomía normal humana, Fisiología y Patología general. Estas disciplinas estaban a cargo de profesores prestigiosos, como Pietro Castellino, ordinario de Clínica Médica; Nicola Pane, que era entonces un joven profesor de Medicina legal; Gaetano Corrado, Giovanni Paladino y muchos otros médicos conocidos de la ciudad.



**Moscatti, junto con sus compañeros de la Universidad
Es el tercero por la derecha de la fila superior**

El profesor Bevacqua, que conoció a Moscatti durante aquellos años, cuando estudiaba en la Escuela de Clínica del Hospital de los Incurables, lo describe como un universitario serio y bien preparado: «Lo que más me impresionó fue que cuando era todavía un principiante, respondiese a todas las preguntas que nos hacían los profesores (...) y que los mayores del curso no sabían responder. Sin embargo, cuando el profesor decía: ‘¿No hay nadie que lo sepa?’, no respondía nunca en voz alta, seguramente para no humillar a los que eran mayores que él».

Una belleza «fidíaca»

«¿Qué me importaban a mí las mujeres reales?», se preguntaba Maurois, al evocar los años de su adolescencia. «En lo más hondo de mi corazón seguía amando —escribe— como en mi infancia, a la reina de los *Soldados Rusos*, que se había convertido en la Natacha de *Guerra y Paz* (...). Amaba a un ser, no de carne y hueso, sino de cristal y claro de luna.»

También Giuseppe Moscati se enamoró durante aquellos años de Universidad, de una joven napolitana; pero, parco siempre a la hora de desvelar su intimidad, sólo nos ha dejado una leve referencia a este amor juvenil en sus notas personales, envuelta pudorosamente en una metáfora. Confiesa, con el estilo romántico propio de la época, que hubo un fuego que inflamó su corazón; que la causante de aquel fuego —de la que ignoramos el nombre— era una joven de belleza «fidíaca» (en alusión a Fidias, el gran escultor griego); que durante un tiempo aquel amor «llenó sus sueños»; pero luego todo quedó en una simple ensoñación platónica, hecha «de cristal, sueños de adolescente y claros de luna», como le sucedió a Maurois... de la que aquella joven nunca supo nada.

Fin de siglo

Durante esos años la familia Moscati atravesaba momentos difíciles. Tras la muerte de su marido, Rosa di Luca, siempre fuerte y animosa, cayó en un estado de gran abatimiento que se complicó más tarde con una fuerte diabetes. Esta situación la obligó a retirarse durante un tiempo a Resina, un pueblecito situado en la falda del Vesubio, para reponerse. Mientras tanto, Genaro desempeñaba las funciones de padre de familia.

Su hermano Alberto, aunque seguía sin restablecerse del todo, quiso poner en práctica, en la medida de sus posibilidades, sus antiguos deseos de entrega a Dios. Sabía que en aquellas circunstancias ninguna institución religiosa le acogería: así que en 1902 decidió irse a vivir, como enfermo, a la casa que tenían los «Fatebenefratellí», los Hermanos de San Juan de Dios de Benevento.

* * *

Un año más tarde, el 4 de agosto de 1903, el Arzobispo de París anunciaba a los Cardenales reunidos en cónclave vaticano, tras la muerte de León XIII, que el Patriarca de Venecia, Giuseppe Melchor Sarto, había sido elegido Papa. Se desplomaron los baldaquinos de los 63 tronos que ocupaban los Cardenales y aquel hombre de 68 años, hijo de un pobre alguacil de Riese, fue recibiendo los juramentos de fidelidad y obediencia. Le revistieron con una sotana blanca y le preguntaron cómo deseaba llamarse.

—Acepto el Pontificado como una cruz. Y como los Papas —dijo— que han sufrido por la Iglesia en los últimos tiempos se llamaron Pío, elijo ese nombre.

* * *

Aquel mismo día Giuseppe Moscati se licenció en Medicina con una tesis titulada *Urogénesis hepática* que había llevado a cabo en el Instituto de Fisiología experimental, bajo la dirección del famoso profesor Malerba, que se encargaba del área de Química en aquel Instituto. Era una tesis sólida y rigurosa, concienzudamente trabajada, que mereció todo tipo de felicitaciones por parte del tribunal. Se le concedió el derecho a la publicación, *la dignità di stampa*. Aquel fue su primer triunfo profesional y muchos presintieron que se encontraban ante una joven promesa de la Medicina italiana.

III. EN EL HOSPITAL DE LOS INCURABLES

Un joven doctor de comienzos de siglo

Durante aquel verano de 1903 se enfrentaba Moscati, a los veintitrés años, con el dilema habitual de cualquier joven profesional al concluir su carrera. ¿Qué debía hacer? ¿Qué camino tomar? Había terminado Medicina. Había defendido la tesis. Contaba con una buena preparación. Tenía a sus espaldas muchas horas de estudio en los laboratorios de Histología, de Microbiología, de lo que entonces se denominaba Química Fisiológica. En los dos últimos años había asistido a los cursos del profesor Tedeschi en el Hospital de los Incurables... Bien. ¿Y ahora qué? Las «salidas» profesionales para un joven médico de comienzos de siglo eran —como ahora— bastante limitadas.

Tenía, en primer lugar, la posibilidad de dedicarse a la docencia universitaria. Contaba para esto con abundantes cualidades; pero este campo no le atraía especialmente: quería estar en contacto directo con los enfermos, y eso significaba disponer de una consulta y una clientela que no tenía. Sólo le quedaba una alternativa: obtener una plaza de médico en un hospital. No tenía más remedio que empezar a preparar unas oposiciones.

Tras cinco meses de estudio intensísimo se presentó a dos oposiciones simultáneas. La primera, para ayudante extraordinario en el Hospital de los Incurables y la segunda, para asistente en el Instituto de Química Fisiológica. Eran las primeras oposiciones de su vida, y el panorama no se presentaba nada halagüeño. Moscati era el más joven de los opositores y todos pensaban que tenía muy pocas posibilidades.

Además, aquellas oposiciones se celebraban en Nápoles; es decir, en un viejo país latino, conecedor del arte de las trampas y de los «favores». ¿A qué podía aspirar un recién licenciado como él? Sin embargo, contra

todo pronóstico, en la primera oposición, en la que se presentaron veintiún participantes, obtuvo el segundo puesto. Fue un triunfo especialmente clamoroso, porque el resto de los opositores eran médicos en ejercicio que contaban ya, por esa razón, con un quinto de los puntos que se exigían en las pruebas. En la segunda oposición quedó el primero. Se suscitaron envidias entre los médicos del Hospital y eligió la plaza de asistente del Instituto.

«Dejó asombrados —recordaba el profesor Bevacqua— tanto a los examinadores como al resto de los compañeros.»

La «escuela médica napolitana»

Comenzó a trabajar en los Hospitales Reunidos, y un año más tarde, en 1904, se incorporó como asistente extraordinario al Hospital de Incurables, aquel que tantas veces le había enseñado su padre desde la terraza de su casa. Como a cualquier médico joven, le asignaron diversas tareas, más bien secundarias: la dirección del servicio de guardia, la enfermería, las urgencias, etc. Fue un período de especial ilusión —suelen ser siempre ilusionantes los primeros pasos en el trabajo profesional— y de cierta nostalgia: ¡si su padre pudiera verle ahora, enfundándose la bata blanca de doctor y dirigiéndose a la consulta, por aquellos inmensos corredores...!

El verdadero nombre de aquel Hospital era el de Santa María del Pópulo, pero se le conocía popularmente como «el de los Incurables», nombre no demasiado alentador, pero que designaba certeramente la condición de sus enfermos en el pasado. Era el mayor de Nápoles y estaba situado en la Vía Luciano Armanni. Contaba con un edificio grande y espacioso, algo solemne y anticuado, al que se accedía por unas grandes escalinatas.

Era el hospital más antiguo de la ciudad: había sido fundado en 1519 por María Longo, una alta señora catalana, viuda del regente del virreinato de Nápoles. La cual, tras caer enferma de parálisis, había prometido, tras una peregrinación a Loreto, que si se curaba fundaría un hospital y se dedicaría ella misma —como sucedió— al servicio de los enfermos.

Es fácil imaginar la ilusión del joven Moscati en aquellos comienzos de su vida profesional al atravesar por vez primera las estancias del Hospital, decoradas al gusto de siglo XVII, y contemplar las estanterías de la farmacia llena de vasos de mayólica y aquel gran fresco de la entrada,

de Gaetano Massa, que representaba a Macrón curando un guerrero herido... ¡Cuántas horas de estudio, cuánto trabajo, cuántas noches en vela hasta llegar a este momento!

Un buen momento: el director del Instituto de Química Fisiológica y de Fisiología Experimental, Filippo Bottazzi, había dado un nuevo rumbo a las líneas de investigación del Instituto y contaba con colaboradores muy preparados. Allí se formarían muchos de los que luego serían figuras eminentes de la Medicina italiana, como Gaetano Quagliariello, buen amigo de Moscati, que se convertiría con el paso del tiempo en una personalidad destacada en el campo de la entonces llamada Química Biológica.

Durante aquellos años de principio de siglo, la Medicina italiana atravesaba una fase decisiva de renovación y cambio. Los grandes maestros de la Facultad tomaban parte activa en la vida hospitalaria y se experimentaban los modernos métodos de curación que se llevaban a cabo en el resto de Europa. En la famosa «aula séptima» del Hospital impartían sus clases magistrales las grandes figuras de la época, como Capozzi, Bianchi, Rummo, y el famoso Antonio Cardarelli, del que asegura Giorgio Cosmacini que «no hay sector de la clínica médica que no cultivara y no ilustrara magistralmente». Cardarelli había sucedido al profesor Cantani en su cátedra de Clínica Médica en 1893 y era una de las cabezas eminentes de lo que se dio en llamar la «escuela médica napolitana», que había dado grandes maestros a lo largo de los dos últimos siglos, como Domenico Cirillo, Domenico Cotugno, Michele Troia o Salvatore Tommasi.

No era fácil determinar las características propias de aquella escuela. «Se habla siempre de una escuela médica napolitana —explicaba Cardarelli a sus alumnos— y yo os ruego que respetéis este nombre (...). Pero, ¿en qué consiste la escuela médica napolitana? No ha creado ninguna doctrina, ningún sistema: ha sido la escuela de la observación.»

Otros rasgos de esa escuela, junto con el arte de la observación, fueron el valor concedido a la experiencia, y el antidoctrinarismo que caracterizaba a Cardarelli. Esos rasgos influirían decisivamente en Moscati, que destacó por esas cualidades y puso siempre en práctica las enseñanzas de su maestro. «Las teorías pueden morir, pero la observación no muere —sentenciaba Cardarelli— porque el genio de la observación permanece por siempre.» Concluía el maestro con este aforismo que repetía con frecuencia: «El único libro, el enfermo; el único código, el cadáver».

Primeros pasos

Asegura otro viejo aforismo que mientras el periodista publica sus errores, el abogado los defiende y el médico los entierra. Moscati daba sus primeros pasos en la profesión, pasos difíciles con frecuencia, donde se forja el alma del médico que, a diferencia del periodista y del abogado, rara vez alcanza la fama o el éxito en su juventud: se necesitan muchos años de trabajo y de experiencia para llegar a la plenitud profesional en esta profesión, cuyos logros rara vez alcanzan los titulares de los periódicos. Y si los alcanzan, con frecuencia es más a causa de los errores que de los triunfos. Porque si las cosas salen mal, como comentaba un viejo maestro de la Medicina española, «siempre tienen la culpa el médico o las enfermeras, según se tercie; pero si salen bien, incluso cuando se ha puesto un esfuerzo evidente y abnegado por parte de todos, lo que se escucha invariablemente en boca de familiares y amigos es: ‘gracias a Dios, todo ha salido estupendamente’. Y la verdad es que no les falta razón, pues cualquier médico o enfermera que sean mínimamente honrados consigo mismos aprenden siempre, sobre todo en los casos desesperados, que no son dueños de la vida y de la muerte, que hay Alguien sobre ellos que tiene ese dominio».

Esos primeros años de profesión son particularmente decisivos para la formación del futuro médico. Durante ese tiempo debe fraguar en su alma un sentido recto del «ars médica» y debe adquirir un profundo afán de servicio que prime por encima de cualquier otro objetivo, como la afirmación personal, el éxito o la pura y simple vanidad. Como recuerda Herranz, su empleo del tiempo, su vida familiar, sus diversiones o su descanso deben ceder ante las necesidades de sus enfermos, con el fin de estar disponible para cuidar de su salud.

Los comienzos suelen ser difíciles y complicados, no sólo por la propia inexperiencia, sino por la presencia de las falsas ilusiones con respecto a la propia profesión. No faltan jóvenes profesionales que se sienten fracasados si no alcanzan rápidamente sus «expectativas previstas», o que se consideran triunfadores si tienen la desgracia —afortunadamente poco frecuente— de obtener tal éxito en sus primeros años que les haga olvidar que para ejercer la Medicina con madurez se necesitan muchos años de consolidación profesional y de trabajo paciente y sereno.

Los primeros años de la vida profesional de Moscati transcurrieron con la regularidad que exigía su trabajo en el hospital, que comenzó a

simultanear con sus tareas como asistente en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad. Años más tarde se convirtió en jefe de laboratorio de la III Clínica médica, dirigida por Gaetano Rummo, y obtuvo un puesto de trabajo en la estación zoológica de Nápoles, el Aquarium. Era un trabajo intenso, sin grandes incidencias externas: horas y horas de trabajo en el hospital, a las que había que sumar más horas de visita en la propia consulta, que empezó pronto a cobrar prestigio. Y por la noche, más tiempo dedicado al estudio y la investigación... «Trabajar, trabajar, trabajar» podría ser uno de los lemas de su vida. Fue un trabajo sereno, sin estridencias, sin esas crisis nacidas de la imaginación y sin esas tensiones con los colegas que son fruto, con tanta frecuencia, de ocultas envidias, de limitaciones inaceptadas o de susceptibilidades irrelevantes pero que entorpecen el trabajo. Su ritmo de vida, sencillo y constante, sin rigideces impropias de la profesión médica, sujeta habitualmente a tantos imprevistos e imponderables, era, aparentemente, el de cualquier médico joven en sus primeros años de profesión.

Sólo aparentemente. Al examinar su horario encontramos la clave de esa fuerza interior, de esa pasión que se iría apoderando, día tras día, de toda su existencia.

Muy temprano, con frecuencia antes de que amaneciera, hacia las cinco de la mañana, los napolitanos más madrugadores le veían acudir, tanto en invierno como en verano, a la iglesia de Santa Clara —que sufriría un devastador incendio en 1943— o a la de Gesù Nuovo, dos templos monumentales que dan a la plaza del Gesù, famosa por su alto monumento a la Inmaculada de más de treinta metros de altura. El monumento, como tantos otros en Nápoles, es una síntesis de la historia local: fue erigido a mitad del siglo XVIII en el lugar en el que se levantaba, varios años antes, una estatua ecuestre de Felipe V de España derribada por las turbas.

En una de esas dos iglesias —bajo la majestad medieval del gótico de Santa Clara o entre el esplendor barroco del Gesù— hacía oración y asistía a la Santa Misa. Luego volvía a su casa, que estaba muy cercana, desayunaba rápidamente y visitaba, a primeras horas del día, a algunos enfermos de los barrios pobres, que malvivían en los famosos *bassi* napolitanos, que parten de la famosa Vía Toledo, aquella que Stendhal definió como la «más alegre y popular del mundo».

No hay que hacer demasiado caso a los novelistas. Ésa era la visión de un viajero casi adolescente como Stendhal, preocupado tan sólo por consignar en su diario la nota colorista del tipismo local o escuchar una buena pieza de ópera. La visión de Moscati, mucho más cruda, era,

desgraciadamente, mucho más veraz: sabía bien la situación en la que se encontraban las gentes de esos barrios —alegres, desde luego, porque el carácter napolitano se crece ante la adversidad— y las condiciones penosísimas de insalubridad y abandono en las que malvivían. Pasaba diariamente por aquellos callejones en busca de sus enfermos, entre vagabundos y niños semidesnudos: un paisaje pintoresco y triste de ropa tendida al sol, promiscuidad, vicio, suciedad, ignorancia y miseria. Realmente aquellos callejones guardaban poco del encanto que cantaba Stendhal en sus escritos y mucho del abandono y la desidia secular del *Mezzogiorno* del primer tercio de siglo.

Poco después, a las ocho y media de la mañana, puntualísimo, subía las altas escalinatas del Hospital, donde le esperaban horas y horas de consulta y de atención a los enfermos. Tras una breve pausa para el almuerzo, seguía viendo pacientes. Ya muy tarde, acababa la jornada rendido por el trabajo y encontraba el sosiego de la vida familiar. En torno a la inevitable *pasta asciutta*, charlaba y reía junto a su madre y sus hermanos Nina, Genaro, Francesco y Domenico. Eran conversaciones bulliciosas y divertidas, propias de unos hermanos en plena juventud, napolitanos por más señas: Genaro, el mayor, rondaba los treinta y tres años y Domenico, el más pequeño, no había cumplido los veinte. Comentaban las incidencias del día y de vez en cuando jugaban a las cartas, bajo la luz tamizada de la lámpara de la sala de estar. Luego Giuseppe solía retirarse a su cuarto donde, con frecuencia, se ponía a estudiar.

A lo largo del día, entrelazadas con el trabajo y sus obligaciones familiares, iba viviendo sus costumbres de piedad: hacía un rato de lectura espiritual al levantarse; rezaba el Rosario y entre consulta y consulta solía recitar algunas avemarías; al oír el repique de las campanas de las doce rezaba el Ángelus. Practicaba con frecuencia la devoción del Vía Crucis, apretando fuertemente con la mano el pequeño crucifijo que llevaba siempre consigo. Ayunaba los viernes y no olvidaba nunca la visita al Santísimo en alguna iglesia de la ciudad, siguiendo una antigua costumbre que le había enseñado su padre desde pequeño.

Vivía todo esto con naturalidad cristiana; no hacía nada que llamase la atención. No hay en su vida comportamientos extravagantes, llamativos o raros. Su piedad —recia, sincera, profunda, viril— sorprendía por su discreción, en una tierra como la napolitana, tan amante de las manifestaciones llamativas o «escandalosas» de la religiosidad.

Su secreto

Muy pronto aquel joven médico recién llegado reveló su valía. Sus colegas del hospital estaban admirados; Moscati conjugaba varias cualidades médicas en grado excepcional: tenía una gran capacidad de síntesis, como recordaba el doctor Capasso, y el fuerte sentido de la observación y de la intuición en el diagnóstico —lo que se llama vulgarmente *golpe de vista*— que caracterizaba a la escuela napolitana. «En los ovillos más complicados —comenta Tecce, un colega suyo— acertaba a encontrar siempre el hilo revelador.»

Todo esto era fruto de su inteligencia privilegiada, pero, sobre todo, consecuencia de su fuerte espíritu de laboriosidad. Su *secreto* en el ámbito profesional, no fue otro que el de trabajar. Trabajar mucho; trabajar tenazmente, superando dificultades; trabajar bien; trabajar siempre. Desde que obtuvo un puesto de investigador en el *Aquarium* no era raro que superase las diez y las once horas diarias de trabajo.

Ese espíritu de trabajo, unido a su sutil agudeza en el diagnóstico, comenzó a hacerse proverbial. Una vez, visitando a un enfermo, sentenció, con su habitual aplomo y serenidad:

—Infección de hígado.

Todos se quedaron sorprendidos con la seguridad con que lo decía, porque no era nada propenso a las fanfarronadas. Extrajo a continuación un poco de sangre del paciente mediante una punción en la región hepática, y dijo al doctor que le acompañaba:

—Dentro de algunos días este enfermo volverá a verle a usted, porque la sangre que ahora ve se transformará en pus.

A los pocos días, el enfermo volvió; se le hizo de nuevo una punción y, como Moscati había predicho, sólo salió pus: padecía un absceso hepático.

Tenía además, un profundo interés por la investigación científica: en el año 1906 publicó cinco artículos de investigación en diversas revistas especializadas italianas, francesas y alemanas, los primeros de una larga serie de estudios y artículos científicos¹. Años más tarde su amigo Landolfi le invitó a colaborar en la revista «*Riforma medica*», fundada por Gaetano Rummo, donde daría a conocer a partir de entonces numerosos artículos especializados.

¹ Ver Anexo ni final del libro.

A ese conjunto de cualidades profesionales se unían unas virtudes realmente envidiables en un médico: gozaba de una gran fortaleza física, de una notable formación médica y de una amplia cultura humanística. Escribía bien y sentía un gran amor por la música. Era una mente abierta y tenía un gran sentido del trabajo en equipo. Sabía sazonar este conjunto de cualidades con un sutil sentido del humor, que sacaba a relucir en el trasiego de la vida diaria o en ocasiones más solemnes, como sucedió en 1904, durante la boda de su amigo Nino Smiraglia. Moscati se levantó y le recitó un divertido epitalamio que comenzaba así:

Invero per occasioni cosi *chic*
Io sono un po'tardivo orator (sic!)
Ma –che volete– segue la parola
Meglio l'idea, ed esce dalla gola
Schiarita da copiose libagioni,
Ad aügarar gloria, onore, osanna,
Aquesto Nino di virtù normanna!
Ma poïche te sposo ormai sappiamo
Cur pur l'aer sospira dulce: «T'amo»²

Alberto

Mientras tanto, golpe a golpe, su alma seguía acrisolándose en la forja del dolor. El día del Corpus Christi de 1094 Alberto Moscati asistió a Misa, como de costumbre, en la iglesia de los hermanos de San Juan de Dios, con los que vivía. Después de comulgar, tras la acción de gracias, se retiró a su cuarto. Pasaron las horas y el superior de la comunidad se extrañó de no verle comparecer para la comida del mediodía. Tras una prudente espera, se dirigió a su habitación. Llamó. No obtuvo respuesta. Insistió de nuevo. Al fin se decidió a abrir.

Lo encontró muerto, tendido en el lecho, con el gesto plácido y sereno. Con una mano sostenía un crucifijo sobre el pecho. De la otra pendía un rosario con las cuentas entrelazadas en los dedos.

* * *

² En verdad, para una ocasión tan *chic*/yo soy un orador algo tardío (sic)/pero, –qué queréis– fluye la palabra/mejor la idea, y sale de la garganta/aclarada por copiosas libaciones/para desear gloria, honor, hosanna/a este Nino de virtud normanda!/Pero ahora que le sabemos casado/el aire puro suspira dulce «te amo».

Nunca sabremos si Alberto Moscati llegó a intuir el sentido concreto de su existencia. Posiblemente, aquel querer de Dios en su vida —unos comienzos de triunfo y luego, lo que algunos llaman «una existencia de fracaso»—, fue siempre para él un misterio; un misterio aceptado, pero doloroso y desconcertante. No obtuvo una respuesta para aquel «¿Por qué yo?».

No había una «culpa» que diera sentido humano a su dolor, esa culpa con la que los hombres intentan explicar inútilmente el sufrimiento humano. ¿Qué sentido podían tener sus años de juventud, que gozaron de la brillantez de un relámpago, y se acabaron con la misma rapidez? ¿De qué, para qué, a quién, podía servir su existencia, truncada de repente? ¿Qué utilidad podía ofrecer al mundo su cuerpo quebrantado, su enfermedad, su vida partida en dos, en un segundo, por una aparente fatalidad...?

Ese sufrimiento, contemplado desde una óptica cristiana, se vuelve aún más misterioso y desconcertante: Alberto sabía que su vida no era, como pretendía el profesor Cantani, un conjunto de materia perdida en el devenir del universo, sino una vida profundamente amada por Dios; ¡por ese mismo Dios que permitía su dolor y su aparente fracaso!

* * *

Hoy comprendemos que su vida no fue una página emborronada por la adversidad, sino una página admirable de ese evangelio del sufrimiento que cada cristiano debe ir escribiendo a lo largo de su existencia; que su pasión no fue una «pasión inútil» sino, por el contrario, utilísima y fecunda. Su existencia tuvo un sentido concreto, aunque desconocido por él: constituyó el origen de «la sublime misión» de su hermano Giuseppe.

¿Lo intuyó? No lo sabemos. Pero había algo que Alberto Moscati sabía bien y que explica la serenidad de su muerte: sabía que el sufrimiento humano sólo encuentra su sentido a la luz del sufrimiento de ese Dios que quiso hacer, por amor, la experiencia del dolor humano. Sabía que en aquel crucifijo que apretaba entre sus manos estaba la respuesta, *su* respuesta, por incomprensible que fuera; porque aquel crucificado había elegido el sufrimiento como el camino de la Redención, de la salvación de los hombres.

En aquel crucifijo que tuvo entre sus dedos hasta el último momento de su vida se encerraba el misterio de su existencia y, al mismo tiempo, su

más profundo sentido. Aquel crucificado también era inocente. Es más: era el Inocente por excelencia.

IV. UNA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

Sterminator Vesebo

No podían suponer los socios fundadores de la *Société anonyme du chemin de fer funiculaire du Vesube*, aquel 6 de marzo de 1880, cuando inauguraron aquel funicular que inmortalizó la famosa canción

*da la terra a la montagna
ino passo nc'e;
Se vede Francia, Proceta, la Spagna
Io veco tte...*

y que terminaba con el famoso ritornello *¡Jammo, jammo, ncoppa jammo, já... funiculí, funiculá!*, que, después de tantos esfuerzos por construirlo, los napolitanos se resistieran tanto a conocer de cerca su volcán. Pero así sucedió: aquel *funiculí, funiculá* de la canción, que parecía un negocio redondo, se convirtió, sorprendentemente, en un fiasco.

Para algunos, como Alonso, la explicación es muy sencilla. Los promotores eran franceses y no habían reparado suficientemente en el talante supersticioso de los napolitanos, que consideraban aquello poco menos que como una profanación de su volcán. Era casi como proponer un viaje turístico al Olimpo a los atenienses de la Grecia clásica... El Vesubio tenía algo de sagrado; escondía en sus entrañas un designio pavoroso; y no por más cercano resultaba menos aterrador y terrible.

No faltaban motivos a los moradores de la antigua Parténope para mantenerse lo más alejados posible del Vesubio. Desde que salió de su largo período de descanso, a comienzos de la era cristiana —en concreto, el 5 de febrero del año 63— el volcán había ido dando, en los siglos sucesivos, muestras temibles y espectaculares de la capacidad destructora de sus entrañas. En el siglo XIX había entrado en actividad en varias

ocasiones: en 1804, en 1810... Las erupciones más espectaculares fueron, sin duda, las de 1855 y 1872. Y a comienzos de siglo, el 8 de abril de 1906 —de improviso, como de costumbre—, despertó de su letargo secular y se puso a desprender lava en magnitudes torrenciales.

Fue una de las erupciones más devastadoras de su historia. La lengua de lava llegó hasta el cementerio de Torre Anunciata, un pueblo vecino, se aproximó a Boscotrecase y amenazaba con repetir la tragedia de Pompeya y Herculano. Se formó sobre el cielo una inmensa espiral de humo oscuro acompañado de lluvias de ceniza y el sol se ensombreció bajo un inmenso velo gris.

Se desató una ola de pánico. En pocas horas las gentes de los pueblos diseminados en torno al volcán, como Portici, Resina, Torre del Greco, abandonaron sus hogares, que el volcán había destruido ya en varias ocasiones a lo largo de la historia, entre escenas de terror y angustia, y se dirigieron hacia Nápoles con los pocos bártulos y enseres que pudieron recoger de sus casas.

En uno de esos pueblos, Torre del Greco, muy próximo al mar, pero situado a sólo 6 kilómetros del área del cráter del volcán, se alzaba un centro hospitalario que dependía de la dirección de los Hospitales Reunidos. Muchos de los enfermos eran ancianos inválidos que corrían el peligro de quedarse aislados en medio de aquel tumulto: las gentes huían precipitadamente y los caminos se iban quedando sepultados bajo las cenizas y la lava.

Al conocer la situación, Giuseppe Moscati se alarmó; pero los médicos más veteranos, acostumbrados a los sustos periódicos del volcán, no le dieron mayor importancia: pronto se calmaría todo —dijeron— y no habría que hacer más. Era una apreciación temeraria. Sin hacer caso a sus razones, se dirigió inmediatamente hacia Torre del Greco en una pequeña calesa y, abriéndose paso a través de las gentes, logró llegar al Hospital entre una oscuridad cada vez más creciente: dio la orden de desalojar el edificio enseguida y fue ayudando personalmente al traslado de los enfermos y de los inválidos —unos setenta— hasta los vehículos.

Fue un trabajo extenuante: la luz era cada vez menor, las cenizas caían sin cesar y el techo amenazaba ruina. Se sucedieron horas angustiosas, con el terror de quedarse atrapados por la lava, entre los gritos de pánico y angustia de los enfermos.

Poco más tarde, escasos momentos después de que Moscati consiguiera evacuar al último enfermo del hospital, el techo del edificio se

derrumbó entre un gran estrépito, sepultándolo todo bajo el peso de las cenizas.

Matide Serao, una de las fundadoras del *II Mattino*, describió en las páginas del diario todos los sucesos que rodearon a la erupción, en la que el volcán perdió más de 180 metros de altura. En su artículo *Nelle città morte* narraba la actuación de Moscati con aliento de gesta heroica y con un tono casi de apocalipsis. Lo retrataba avanzando hasta el pueblo «mientras se eleva, colosal, el cúmulo de cenizas sobre la montaña (...) venciendo el excesivo optimismo de la autoridad e incluso el de los médicos más veteranos».

Horas después, una vez acomodados los enfermos en el Hospital, Moscati regresó a su casa feliz y satisfecho, sin reparar en el gravísimo peligro que había corrido, totalmente cubierto de ceniza, dando gracias a Dios por aquellas vidas que se habían podido salvar, y quitando toda importancia a su actuación. Pocos días más tarde, el 12 de abril de 1906, mediante una carta de carácter «reservado», solicitó a la Administración hospitalaria diversos reconocimientos y gratificaciones para las personas que habían colaborado en el salvamento. No hizo en aquella solicitud alusión alguna a su presencia en el lugar, ni a su propia actuación, que fue la verdaderamente decisiva.

Coraje y fe en Dios

Es ésta una de las escasas anécdotas «heroicas» de la vida de Moscati, en la que demostró que la vocación médica exige en ocasiones arriesgar la propia vida para salvar la del prójimo. Sin embargo, el heroísmo de su vida, como veremos más adelante, se encuentra sobre todo en las anécdotas de la vida ordinaria, que forman, como las teselas de un mosaico, su verdadero rostro.

Muchas de las anécdotas relevantes de su existencia son de carácter estrictamente profesional y se refieren a su trabajo en los Hospitales Reunidos, en el de los Incurables, o en el Instituto de Química Fisiológica, donde comenzó a trabajar en 1908 como asistente ordinario. Otras anécdotas son de carácter familiar o apostólico; pero la mayoría conjugan esa triple vertiente —profesional, humana y espiritual— al mismo tiempo, como en aquella ocasión en la que acudió a su consulta un estudiante de veinte años que se llamaba Saverio de Matthaeis. Tras reconocerle,

Moscati le comunicó el diagnóstico: padecía una enfermedad incurable, y estaba condenado a morir irremediablemente a corto plazo.

Era un «caso lastimoso»; uno más entre los muchos con los que suelen encontrarse diariamente los profesionales de la Medicina. Uno de esos casos en los que se suele decir una frase sentida —habitualmente sincera— del tipo «aquí me tiene usted para lo que necesite», acompañándola con un gesto de pena:

—Lo siento: no puedo hacer nada más. Si estuviera en mi mano...

Moscati sabía que eso no es verdad. Siempre se puede hacer más por los otros, aunque todos los caminos, desde el punto de vista médico, estén cenados; siempre está en nuestra mano la posibilidad de atender mejor a ese paciente, de prestarle aliento y calor humano, comprensión, esperanza...

Éste fue su empeño diario: para Moscati la consulta no se acababa, como comentaba a sus alumnos, con un diagnóstico frío y una receta para el farmacéutico. Les enseñaba a contemplar el sufrimiento no como «un estremecimiento o una contracción muscular, sino como el grito de un hermano al cual otro hermano, el médico, acoge con el ardor del amor, la caridad». No concebía a los enfermos como números, como «cuestiones a resolver», o como «casos interesantes» que se comentan con los colegas por los pasillos del Hospital. Veía en ellos, ante todo y siempre, una persona humana; un hombre —un cuerpo y un alma— al que intentaba ayudar con todas sus fuerzas hasta el último momento: *Coraggio e fede in Dio*, les repetía, sonriendo, al oído.

Su figura representa a nuestros ojos uno de los ejemplos más sugestivos de esa dimensión integral de la Medicina, de la cual tanto se habla en nuestros días. Algunos modelos médicos actuales consideran que la tarea del médico concluye cuando la enfermedad no puede controlarse. Es una visión tristemente reductiva de la profesión médica, porque, el médico debe *estar* también cuando médicamente no se puede hacer nada, para ayudar a sus enfermos a encontrar el sentido de la enfermedad y del dolor, y acompañarles en esos momentos decisivos.

Ésta fue una constante en la vida de Moscati. Intentó poner en servicio de sus enfermos no sólo sus conocimientos científicos y su *ars médica*, sino todas las energías humanas y espirituales de que fue capaz. Y en el caso de aquel chico moribundo, preguntó dónde vivían sus padres; se enteró que residían lejos, en su pueblo de origen, y que aquel muchacho estaba solo en Nápoles, sin nadie que le acompañase, completamente

desamparado en el momento en el que más lo necesitaba. Había llegado poco tiempo atrás para estudiar, con toda la ilusión de su juventud, y se encontraba tendido en una cama de un Hospital, entre desconocidos, esperando la muerte...

Durante las semanas siguientes fue a visitarle todos los días —a costa de muchos sacrificios, porque sus obligaciones no le dejaban ni un minuto libre—, después de una jornada de trabajo intenso: intentaba animarle, reconfortarle, mientras le hablaba de Dios y de la esperanza del Cielo. Se preocupó también, de acuerdo con él, de que recibiese los últimos Sacramentos y estuvo a su lado durante su agonía, hasta el último momento.

Esto no fue —es importante subrayarlo— un «gesto» aislado en su vida. Afirma Maurois, al hablar de las biografías de los hombres célebres, que al leerlas se tiene la impresión de que su vida ha sido mucho más interesante que la nuestra; y esto —afirma— sólo es cierto en parte, porque los hechos que les han hecho grandes no han ocupado más que algunas horas de su existencia y el resto de los días se han comportado igual que nosotros.

Por el contrario, en el caso de Moscati, aquello no fueron «horas de su vida». Aquello fue «su vida», la gran pasión de su existencia, su ideal encarnado en realidad. «Hemos vivido demasiado —escribía Moscati— de fórmulas, de convencionalismos y de un intelectualismo frío (...) y nuestro espíritu anhela el sentimiento, el ideal, la lealtad, el amor.»

V. UN AÑO DECISIVO

«Prometo solemnemente consagrar mi vida al servicio de la humanidad»

(Declaración de Ginebra).

Una familia napolitana

Hay años *terribilis* y años *admirabilis*. 1911 habría que clasificarlo, en el conjunto de la vida de Moscati, en este segundo apartado, aunque su vida familiar no alteró en nada su ritmo cotidiano. Genaro, el mayor, había estudiado Derecho, se había casado con Teresa Molina y tenía un hijo, Franeo. Eugenio era un joven ingeniero de 29 años. Nina permanecía soltera, se ocupaba de las cuestiones domésticas y participaba activamente en diversas labores apostólicas. El hermano menor, Domenico, era abogado. Los días de fiesta se reunían, invitaban a los amigos y, como buenos napolitanos, charlaban sin parar sobre todo lo divino y lo humano alrededor de la consabida *pasta* o los inevitables *maccheroni*.

Nina se ocupaba especialmente del cuidado de Giuseppe, que no gastaba prácticamente nada en su persona. Iba siempre correctamente vestido, conforme a las exigencias de su condición social, pero sin ostentaciones de ningún tipo. Esto sorprendía en aquel ambiente del primer cuarto de siglo en el que las llamadas «clases acomodadas» tendían a cierta ampulosidad burguesa.

Vivía en una casa digna, acorde con su posición, y aunque sus familiares le insistían en que se cambiase a otra más cómoda y más «ostentosa», nunca quiso hacerlo. No alteró nunca su ritmo de vida, sencillo, sobrio y frugal, presidido por un trabajo absorbente y con

frecuencia agotador. Por lo demás, no asistía a espectáculos públicos y no fumaba. Los enfermos que acudían a su consulta podían comprobar con sus propios ojos la sobriedad de su tono de vida; su consulta contaba con una estantería en la que se alineaban sus libros de Medicina, una poltrona, una camilla y un crucifijo: lo necesario para crear un ambiente grato, que es manifestación de respeto y deferencia hacia los pacientes.



Nina Moscati

La entrevista médica se desarrollaba en un ambiente amable y cuidado, en el que no faltaba el toque femenino de unas flores o de otros detalles de los que se ocupaba Nina. Los muebles denotaban elegancia y buen gusto, sin las pobretonerías de algunos establecimientos públicos y sin esas fastuosidades de nuevo rico que a veces se observan en las consultas de algunos médicos.

Cuando su trabajo se lo permitía, participaba en algunos actos de la vida social, aunque, como recordaba su hermano Eugenio, se negaba siempre a tomar parte en todo lo que pudiera suponer, aunque fuera de lejos, un lujo. Participaba gustosamente en los pequeños trajines de la casa, y llevaba a cabo con sencillez esos deberes de la vida doméstica de los que se creen excluidos tantas veces las gentes «importantes».

Una oposición en Nápoles

Durante ese arlo de 1911 se enfrentó con una de las pruebas más importantes de su carrera profesional: la oposición para *aiuto ordinario* de los Hospitales Reunidos con la que se obtenía la plaza de «Director de Sala».

Era una oposición dura y difícil: sólo había seis vacantes disponibles y desde 1880 no se había convocado ninguna oposición de aquel tipo. Los participantes fueron muy numerosos y se inscribieron médicos de prestigio de todo el Sur de Italia, que aspiraban a convertirse en titulares o docentes de los Hospitales.

Componían el tribunal figuras prestigiosas de la Medicina italiana, como Guido de Renzi, Rodolfo Stanziale, Beniamino de Ritis y Gabriele Tedeschi, presididos por Vito Antonio Berardi. El más conocido, sin duda, era Antonio Cardarelli, en su calidad de profesor de Patología y de Clínica Médica en la Universidad.

Como era habitual, comenzaron a desplegarse las telas de araña de las recomendaciones y las influencias. Previendo estas cosas y movido por su «innato sentido de la justicia», escribió dos cartas a dos profesores que formaban parte del Tribunal —una a Giovanni Boeri, profesor de Patología Médica, y otra a Alfonso Calabrese, profesor ordinario de Clínica Médica— para pedirles que aquellas pruebas se desarrollaran conforme a las normas establecidas.

«Egregio Profesor —escribía Moscati a Boeri, el 5 de abril de 1911—, sé cómo es Vd. y conozco —y en esto no hay adulación de ningún tipo— su categoría humana y su carácter; y como me han dicho que está dispuesto a convertir en cuestión personal el que la oposición para ayudante de los Incurables se desarrolle sin trampas de ningún tipo y sin la deslealtad que supone el copiar o usar libros inspiradores, yo, además de complacerme por esto, tengo a bien informarle que el 27 de marzo he hecho una ardorosa llamada y una protesta al presidente de la Comisión para que garantice la honradez de las pruebas. Les sugería dos medios para impedir la bellaquería del copiar. Estoy dispuesto incluso a presentar el examen en blanco con tal de que haya honradez en las pruebas. Qué quiere usted: ¡soy un idealista!»

No era una pura declaración de principios. Poco después, durante el desarrollo de las pruebas, ocurrió un percance que puso de manifiesto su valentía y la integridad de su carácter: se dio cuenta —recuerda Micheli

Landolfi— de que un amigo suyo, que se presentaba también a la oposición, estaba siendo tratado de una forma groseramente discriminatoria porque no gozaba de ninguna amistad que lo protegiese; y reaccionó con tal fuerza contra el atropello, que no vaciló en denunciar el hecho ante el presidente del tribunal, utilizando las palabras más enérgicas de su vocabulario, siempre correcto y cordial.

No le importó que esta defensa pudiera comprometer su posible elección. El fin de su vida no era triunfar, sino hacer realidad aquella pasión que cada vez se le clavaba con más fuerza en el alma, como el tigre de la leyenda. Era, siempre y en todo, fiel a sí mismo: no *se vendía*, no comerciaba con sus principios, chalaneando con el resultado de unas oposiciones. Nunca cayó en el servilismo: ante el poder político, ante los burócratas de la administración sanitaria, ante los pacientes, ante los personajes influyentes de la ciudad o los miembros de un tribunal de oposición. Era recto, íntegro, cabal, coherente; era un hombre, con todo el sentido que otorgaba a esa palabra Rudyard Kipling.

Al día siguiente leyó su examen. Y aquel médico joven «de cara de adolescente», como le retrataba su amigo Quagliariello, provocó tal admiración entre los miembros del tribunal que su elección se convirtió, en palabras de Landolfi, más que en un triunfo, «en una verdadera apoteosis».

Fue una sorpresa de todos. Todos los miembros del tribunal le felicitaron; el propio Cardarelli reconoció que no había visto nada parecido en sus 60 años de docencia universitaria y le concedieron la plaza.

«Nos congratulamos con el triunfo de este jovencísimo colega —se leía el 20 de junio en el *Pensiero sanitario*— y su sorprendente revelación, que ha llenado de admiración el ambiente hospitalario.»

Un mes más tarde, el 15 de julio, obtuvo —gracias a sus méritos— el título que le habilitaba para la docencia en Química Fisiológica.

Durante ese año ganó la oposición al servicio de Laboratorio del Hospital Domenico Cotugno, fue nombrado socio agregado de la Real Academia Médico-Quirúrgica, y comenzó a impartir clases de las asignaturas «Investigaciones de laboratorio aplicadas a la Clínica» y «Química aplicada a la Medicina». Daba clases también, con carácter privado, en el Hospital de los Incurables sobre Semeiología y Casuística Hospitalaria y Clínica y la llamada entonces Anatomo-Patología. Y empezó a colaborar, además, en una de las publicaciones médicas más prestigiosas de Italia: *Reforma Medica*.

La «epidemia española»

Aquel año de 1911 fue muy intenso por muchas razones. Se declaró en Nápoles la epidemia del cólera, que denominaron «la española», según la vieja costumbre de echar las culpas de los propios males al extranjero (seis años después, en 1917, la epidemia de gripe que asolaría España se llamaría por estos pagos del «soldado de Nápoles»). La epidemia —la última de las grandes epidemias europeas— se había cobrado millares de muertos en toda Europa y comenzó a hacer estragos en la ciudad del Vesubio.

El Ministerio del interior y el *Ufficio Sanitario de la Prefectura* le encargó que formase parte de la comisión encargada de organizar las medidas de prevención de la epidemia.

Al finalizar su trabajo, Moscati hizo llegar a las autoridades una relación de las obras públicas necesarias para la higiene de la ciudad, algunas de las cuales se llevaron a cabo en los años sucesivos. Era una manifestación concreta de la dimensión de educador sanitario que debe poseer todo médico. Su actuación en el seno de la Comisión acrisoló definitivamente su prestigio, a pesar de su juventud: pocos médicos de la ciudad tenían un conocimiento de causa tan completo de las situaciones reales de higiene y de insalubridad en las que vivían los napolitanos de su tiempo.

Viena y Budapest

Aquel año de 1911 aportó otra novedad: realizó, con motivo del Congreso Internacional de Fisiología, uno de los pocos viajes internacionales de su vida.

Filippo Bottazi le encargó que fuese a Viena en representación del Ministerio de educación, y viajó hasta la capital del Imperio Austrohúngaro en compañía de su amigo el profesor Quagliariello, que le acompañó desde Venecia. «Yo conocía su excepcional preparación científica —recordaba Quagüariello—, pero para mí fue una verdadera sorpresa su profundo conocimiento de la historia del arte, y su sentido artístico. Nada se escapaba a su mirada de sagaz observador. Aquel viaje de Venecia a Viena en su compañía fue delicioso. La belleza de la naturaleza suscitaba en él el más ingenuo entusiasmo y acentos de poesía a cuya fascinación no era fácil sustraerse. Hablamos también de cosas de

ciencia, y yo le expuse las investigaciones que había enviado al congreso. Él las aprobó, demostrando conocer el argumento a fondo, mejor que yo, que había trabajado en aquel asunto durante un año. A mí, aquello, debo confesarlo, me dejó un regusto de despecho y de humillación, que su simplicidad y benevolencia disiparon enseguida, dejando en mí sólo una gran admiración y una profunda simpatía...»

En la capital austríaca dedicó gran parte de su tiempo a visitar los hospitales de la ciudad. Era la Viena magnífica y un tanto decadente del anciano Francisco José, que mostraba todavía el esplendor del Imperio en plazas, monumentos, jardines y cafés; un esplendor que pocos presentían que se iba a desmoronar tan pronto algunos años después. Al finalizar el Congreso quiso acompañar a Quagliariello hasta Budapest, donde éste iba a trabajar durante un semestre en el Instituto Bioquímico.

La segunda capital del Imperio le entusiasmó. Estuvo allí durante dos o tres días, que aprovechó para visitar, junto con sus amigos, algunas clínicas y hospitales de la ciudad. «Recuerdo vivamente —comenta Quagliariello— el interés que él, que parecía todavía un adolescente, conseguía despertar con sus preguntas, con sus objeciones, con la defensa de sus ideas y de su experiencia, en clínicos famosos como Korany, Udransky, etc. Una vez, a propósito de una discusión científica con el director de una clínica quirúrgica sobre el modo de realizar una determinada operación, éste quiso llevarla a cabo al día siguiente contando con su presencia.»

No todo fue Ciencia y Medicina. Dedicaron también algún tiempo a conocer la ciudad —más bien las dos ciudades, Buda y Pest, que conservaban todavía bastante de su identidad propia— y a cultivar nuevas amistades. Un antiguo amigo común, húngaro, les hizo de cicerone. Pero aquel hombre conocía poco a Moscati... En un determinado momento les invitó a visitar un establecimiento lujoso, y nada más entrar, en cuanto Moscati advirtió que se trataba de un lugar indecente, exclamó:

—¡Vámonos enseguida de aquí!

«Salió de allí inmediatamente —recuerda Quagliariello— y no se habló más de aquel asunto. No estuvimos en aquella casa más de cinco minutos, sin que se separase de mí ni un solo instante.»

Rosa di Luca

Tres años más tarde, en el mes de noviembre de 1914, Rosa di Luca sufrió un imprevisto agravamiento de su diabetes. Giuseppe intentó hacer cuanto estaba a su alcance por salvar su vida, pero todos los remedios médicos resultaron inútiles. Ella, mientras tanto, permanecía serena. A las 9 de la noche del 21 de noviembre, recibió los últimos sacramentos y comentó al terminar:

—Hijos míos, muero feliz gracias a vosotros. Huid siempre del pecado, que es el mayor mal de la vida.

Falleció pocos días después, el 25 de noviembre. «A las 5 —escribió aquel día Moscati en sus notas personales—, mi madre ha volado al Cielo con una muerte de santa, como había sido siempre en vida. ¡Señor, hágase siempre tu Voluntad! ¡Señor, acoge en tu gloria el alma de mamá!»

Aquél fue uno de los golpes más duros y dolorosos de toda su existencia. Su madre —escribió su hermana Nina— «era su apoyo y su consuelo». Nina ocupó, a partir de entonces, el lugar de la madre en casa de los Moscati. Se ocupó particularmente de Giuseppe: lo cuidaba desde el punto de vista material; lo acogía cariñosamente cuando regresaba a casa tras un largo día de duro trabajo, y fue, durante años, su confidente espiritual.

* * *

«También yo perdí —escribía Moscati años más tarde, en una carta de condolencia— de muchacho a mi padre, y de mayor, a mi madre. Pero tanto él como ella están a mi lado y percibo su amable compañía. Ellos fueron buenos y me estimulan al bien y me apartan del mal, cuando siento la tentación, del mismo modo que hacían con sus consejos, cuando los podía oír con su voz.»

VI. DURANTE LA GRAN GUERRA

¡Guerras! ¡Terribles guerras!

(Virgilio, *Eneida* VI, 86).

1915-1918

El edificio Hospital de los Incurables ofrecía un aspecto inusitado. Además de los enfermos habituales, un tropel de militares de todas las graduaciones inundaba sus salas aquel año de 1915. Unos avanzaban penosamente por los pasillos ayudándose con sus muletas; otros escribían largas cartas a sus familias, tendidos en las camas donde se reponían de sus heridas; otros charlaban y reían en torno a una partida de cartas entre el ir y venir de las enfermeras voluntarias con sus amplias tocas blancas, de los sanitarios de la Cruz Roja, de los oficiales del Ejército... Italia, tras un breve período de neutralidad y de incertidumbre, había declarado la guerra, el 23 de mayo de 1915, a su antiguo aliado Austria-Hungría.

Era una guerra que a Italia no «le correspondía»; pero no era aquel un tiempo de razonamientos lógicos, sino un río revuelto de odios y venganzas del que algunos políticos esperaban obtener nuevas ganancias y antiguos reivindicaciones. «Nunca hubiese lanzado este grito en tiempos normales —escribía en el *Popolo d'Italia*— un tal Benito Mussolini, que acababa de abandonar el partido socialista—, pero ahora lo levanto con todas mis fuerzas y con toda mi voz, sin fingimientos, con segura fe, para decir una palabra pavorosa y fascinante: ¡Guerra!»

Durante los meses anteriores, los dirigentes italianos habían ido moviendo sus piezas en el tablero internacional para entrar en el conflicto, aunque mantenían oficialmente su alianza con Alemania y Austria-

Hungría. Por fin, tras un progresivo acercamiento a los países de la *Entente cordiale*, lograron lo que pretendían: un convenio secreto en Londres donde se acordó que, de entrar en guerra, Italia, recibiría, al finalizar la contienda, el Trentino, el Tirol meridional, Trieste, Gorizia, Gradisca, Iстрия y las tierras de *l'altra sponda* —la otra orilla—, como Dalmacia, junto con varias islas austríacas del Adriático...

Tras la declaración de guerra se sucedieron los discursos heroicos y las soflamas patrióticas, las Misas de campaña y las despedidas populares, en medio de una grandilocuencia romántica que en muy poco tiempo se desvanecería tras las humaredas, las sangrías interminables en las trincheras y el horror de las máscaras antigás. Se ignoraba todavía que aquella guerra, que comenzó como un conflicto del siglo XIX, entre un estruendo de gallardetes y banderolas, iba a acabar trágicamente como uno del siglo XX.

El Papa Benedicto XV propuso una tregua con motivo de la Navidad; pero cada una de sus propuestas iban siendo desfiguradas por los diversos contendientes, que se preguntaban maliciosamente: ¿a qué bando quiere apoyar el Papa cuando propone la paz?

En cuanto se produjo la movilización general, Moscati se presentó como médico voluntario en la Sanidad militar. Pensó que de ese modo podría desarrollar una acción humanitaria en el lugar en que más se necesitaba, pero los altos mandos opinaron que aquel médico prestigioso de 35 años les sería más útil en un puesto de retaguardia y, tras conferirle un grado equiparable al de comandante del Ejército, le encomendaron la dirección de la sección militar del Hospital.

Comenzó entonces, como señala d'Onofrio, un período de intensísimo trabajo para Moscati, que sufría el zarpazo de la guerra en su propia familia: su hermano Eugenio había partido con las primeras tropas de los «Lobos de Toscana» y poco después llamaron a filas a Domenico. «1915 —8 de julio— (escribió en sus notas personales) Eugenio parte para el frente. ¡Dios lo ayude!»

Pocos meses después, aquellas gentes de Nápoles que habían presenciado los desfiles de los artilleros que marchaban al frente, cantando canciones patrióticas y sentados en sus carricoches de ruedas blancas, contemplaron un nuevo desfile, trágico y estremecedor, por las calles de la ciudad. Muchos de aquellos soldados de infantería, que se fueron a guerrear con sus Manlicher-Carcano de 6,5 mm, evocando quizá las hazañas de Trípoli, volvían ahora heridos o mutilados. Era el triste saldo de

la guerra, la primera oleada de soldados que regresaban de las trincheras, cuyo número se fue incrementando a lo largo de la guerra.

Para Moscati, a pesar de que se encontraba en la plenitud de sus fuerzas físicas y de que contaba con la ayuda de su inseparable Alcáncelo De Maio, aquello supuso un trabajo agotador: en un solo día de diciembre —relata Agustín Poma— llegaron al Hospital cincuenta soldados heridos, provenientes del campo de batalla. Los quiso visitar y atender personalmente a todos: los auscultó, hizo la ficha clínica de cada uno, y no se fue hasta que todos estuvieron acomodados y se les hubo proporcionado las atenciones necesarias.

Como tantos otros soldados que abarrotaban los hospitales de Europa, aquellos hombres venían con el cuerpo despedazado por la metralla o con las enfermedades características de la contienda: la nefritis de trinchera, la fiebre de trinchera o los «pies de trinchera», como consecuencia de permanecer en pie durante un tiempo prolongado. A estas enfermedades había que sumar la neurosis de guerra, las producidas por gases tóxicos (cloro gaseoso, fosgeno o gas mostaza) o las quemaduras de primer y segundo grado...

Moscati —al cual enviaban las autoridades militares los enfermos de diagnóstico más complejo— debía ocuparse no sólo de atender las consultas de aquellos hombres, sino también elaborar las historias y las certificaciones legales pertinentes. Se ocupaba también de los diarios clínicos, de evaluar el daño consecuente a las lesiones sufridas, y de comprobar minuciosamente cada noche, antes de marcharse, que cada uno había recibido los medicamentos prescritos. Era una tarea diaria y extenuante, a la que había que añadir el trabajo provocado por las ausencias que la guerra había producido y debía cubrir. Durante el curso 1916 sustituyó al profesor Malerba en sus clases, lo que le supuso preparar 82 lecciones al año; y el curso siguiente sustituyó a su amigo Botazzi, que ocupaba una cátedra de Química Fisiológica en el Instituto Armani. Botazzi le había pedido aquel favor para no perder su puesto docente durante ese período, cuya duración era cada vez más incierto. Lo mismo había sucedido con el doctor Primavera, del Instituto Armani.

A esta sobrecarga de trabajo se unía, además, el sufrimiento por los suyos, y la incertidumbre sobre su propio futuro; porque la Comisión de Movilización de los médicos le podía enviar al frente en cualquiera de las ocasiones en las que acudía a pasar revista. Anotó el 22 de febrero de 1918: «Me presento a pasar revista. ¡Dios me asista!».

El trabajo fue aumentando a medida que avanzaba el conflicto. En total atendió a 2.524 heridos: 261 en el año 1915; 532 en 1916; 1.361 en 1917; 370 en 1918. Su afán —como siempre— no se limitaba a los aspectos puramente médicos y estaba pendiente de todos aquellos hombres en sus aspectos más materiales y humanos: «Creía que era mi deber —recordaría más tarde— preocuparme enteramente de todo lo que ocupaba las jornadas de mis soldados enfermos».

Con este modo de actuar, recto, esforzado, generoso, profundamente abnegado, se ganó la admiración y el respeto de todos, incluso el de Michele Pietravalle, director general de los Hospitales Reunidos de Nápoles, que sería elegido poco después Vicepresidente de la Cámara de diputados y era conocido por su pertenencia a la masonería.

Este último dato explica que Pietravalle montase en cólera contra el capellán, Teleciano de San Giovanni, cuando vio que se habían distribuido algunos objetos de devoción entre los soldados. Sólo se calmó cuando supo que los había repartido el propio Moscati. (Tiempo más tarde, Pietravalle cayó mortalmente herido a causa de un atentado y Moscati intentó que se confesara en el último momento: todo fue inútil, porque su familia se opuso rotundamente.)

Pasaban los meses, los años y aquello parecía no tener fin. El 1 de agosto de 1917 la Santa Sede envió una nota a los Gobiernos beligerantes para que acabara aquella «inútil destrucción». El Papa proponía una paz negociada, sin vencedores ni vencidos. Algunos Gobiernos la acogieron bien; pero la mayoría reaccionaron con gran hostilidad: «¡Inútil destrucción! ¡Llamar a la guerra ‘inútil destrucción’! ¡Era inadmisible! ¡Eso suponía desmoralizar a las tropas!».

Los gobernantes se afincaban cada vez más en un nacionalismo exacerbado que los conducía a una espiral absurda de odio y violencia. Y los llamamientos del Pontífice en pro de la paz seguían cayendo en el vacío: el Gobierno de Roma había logrado, en el artículo 15 del pacto que vinculaba a Italia con Francia y Gran Bretaña, que incluyera una cláusula en la que se especificaba que las potencias de la Entente «secundarían a Italia en su deseo de que no se admitiese que la Santa Sede realizara ninguna gestión diplomática para la conclusión de la paz y la regulación de las cuestiones que surjan de la presente guerra».

Aquello rubricaba el fracaso de las gestiones por la paz de Benedicto XV, que estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para detener aquella sangría. No consiguió nada, salvo que los belicistas orquestaran

contra él una gran campaña de difamación e injurias en las páginas de // *Messaggero* o *La Tribuna* donde le denominaban «Maledetto XV». Era, además de un insulto, una amarga descripción.

«En cualquier caso —comenta Fetjó— la iniciativa del Vaticano estaba destinada al fracaso, no solamente porque la Francia republicana no podía aceptar al Vaticano como mediador (como más tarde no aceptaría al Rey católico de España) sino, sobre todo, porque la propuesta de la Santa Sede era inaceptable de por sí: en la práctica recomendaba un restablecimiento del *status quo*, cuando el objetivo prioritario de la Entente era volver totalmente inofensiva a Alemania por medio de una victoria total.»

El regreso de los vencedores

Al fin, el 4 de noviembre de 1918, se firmó el ansiado armisticio. Y aunque Italia se alineaba en el bando de los vencedores, se sentía frustrada por no haber conseguido algunas de sus viejas aspiraciones. El saldo en pérdidas humanas fue sobrecogedor: según las cifras oficiales habían muerto un total de 462.391 hombres. Luego se estimaría que las cifras reales habían sido muy superiores a éstas y que rondarían los 625.000. Además, había que sumar 953.886 heridos (siempre según los partes oficiales), la mitad de los cuales habían quedado imposibilitados de modo permanente.

Afortunadamente, Eugenio y Domenico Moscati volvieron sanos y salvos. No sucedió así con algunos de los antiguos compañeros de Facultad de Moscati, como Cario de Cesare, que murió durante el conflicto; y algunos de los que regresaron, como su amigo Gaetano Quagliarello, arrastraban todavía las tremendas secuelas psicológicas de la guerra.

Quagliarello había padecido numerosas penalidades en la prisión y volvió a su ciudad abatido y desorientado. Encontró a Moscati feliz por la finalización del conflicto, pero apesadumbrado por el espíritu revanchista de los vencedores, que le hacían temer tristes presagios. «Me acogió como un hermano —recuerda—. Él, junto con su inolvidable hermana, fiel intérprete de sus deseos, me fueron invitando cada noche a cenar a su casa, unas veces con una excusa y otras veces con otra; y en aquel oasis de espiritualidad, de tranquilidad y de paz, recobré la paz, la confianza en mis propias fuerzas y la satisfacción en el trabajo.»

VII. NUNCA ES BASTANTE

«No le contentes con lo que eres, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Porque en cuanto te complaces de ti mismo, allí te detuviste.

Si dices: ¡basta!, estás perdido»

(San Agustín, Sermo, 169).

Un adiós definitivo

Volvió la paz y el trasiego acostumbrado al Hospital. Pero aquello no supuso para Moscati un período de menor dedicación hacia sus enfermos. En 1917 falleció el profesor Malerba, uno de los pioneros del estudio de la Bioquímica en Italia, titular de la prestigiosa —y codiciada— cátedra de Química Fisiológica, y la Facultad de Medicina propuso a Moscati como profesor titular. Rehusó el nombramiento: pensó que aquello le acabaría apartando de sus enfermos y pidió que eligieran a su buen amigo Quaglariello.

Aquella decisión, cuando contaba 37 años y estaba en la plenitud de su vida profesional, supuso el adiós definitivo a la carrera universitaria, aunque Moscati siguió siempre colaborando estrechamente con la Universidad. Fue algo más que un cambio de orientación profesional: era la prueba evidente de que aquella pasión que crecía en su alma desde su adolescencia, se desbordaba incontenible, exigía más, pedía más. Y una de esas exigencias era dedicarse por entero a lo que denominaba su «sublime misión»: la atención de sus enfermos, con especial predilección hacia los más pobres y necesitados.

A partir de entonces, recuerda Quagliarello, «el trabajo en el Hospital y la atención a sus enfermos fueron absorbiendo progresivamente su actividad».

La pasión de Moscati

Esa pasión —como habrá advertido desde hace mucho tiempo el lector— no era sólo su amor por la Medicina, sino un amor mucho más profundo, que lo englobaba y lo trascendía: el amor a Dios; un amor que fue arraigando con fuerza incontenible en su alma y la fue engrandeciendo. La noche del 5 de junio de 1922, aludiendo a ese amor, escribía en sus notas íntimas: «Me hace volcarme no hacia una sola criatura, sino hacia todas las criaturas, a la belleza infinita de todos los seres, creados a su imagen y semejanza!».

Moscati era uno de esos hombres a los que Frossard comparaba con las células fotoeléctricas; hombres que saben transformar en amor todos los elementos de su vida; un amor que sus pacientes alcanzaban a intuir en su mirada. También él sabía ver en el rostro de sus enfermos «algo más»: contemplaba a Cristo sufriente. Entre las páginas de un volumen de Biología comparada se encontró tras su muerte este breve apunte suyo: «Los enfermos son la figura de Jesucristo». Recordaba con frecuencia: «Los atribulados son los amados y los preferidos de Dios».

Esta motivación espiritual proporciona la clave más profunda para entender su trabajo agotador; sin ella, su vida hubiese sido, quizá, puro activismo desaforado. Ese sentido espiritual otorgaba a su trabajo una serenidad que era fruto del amor y no de la mera agitación; un sosiego interior que sabía transmitir a sus enfermos, a los que ayudaba a aceptar sus sufrimientos con sentido cristiano, para que diesen sentido a su dolor, hasta alcanzar lo que Víctor Frankl consideraba la capacidad más humana del hombre: la de cambiar la propia tragedia personal en un triunfo: el triunfo del amor de Dios en nuestra vida. «La belleza pasa —escribía en una de sus cartas— que es el encanto de la vida. Sólo el amor permanece por siempre, ese amor que es principio de toda buena acción, ese amor que se nos da, que es esperanza... porque es amor de Dios.»

Moscati sabía bien que muchos enfermos al encontrarse cara a cara con el dolor, se quedan atrapados en este dilema: dudan entre elegir el camino de la rebeldía, en el que el dolor les acabará quebrantando y destruyendo hasta aplastarlos bajo la losa del sinsentido de su sufrimiento; o

el camino de la aceptación de la Voluntad de Dios, por el que llegarán hasta la paz, hasta una sabiduría desconocida, pero que deberán recorrer, quizá, lágrima a lágrima.

Sólo cuando se elige este segundo camino, el dolor humano, abrazado cristianamente, se inserta en la corriente redentora de la Cruz. Porque, como recordaba Juan Pablo II, «parece que forma parte de la esencia misma del sufrimiento redentor de Cristo el hecho de que haya de ser completado sin cesar».

Por esa razón Moscati pedía con frecuencia a sus enfermos que ofreciesen sus dolores «por la salvación de los pecadores y también por el clero». «Muchos desgraciados, delincuentes, blasfemos —escribía— acaban en el Hospital por designio último de la misericordia de Dios, que quiere que se salven. En el Hospital la misión de las religiosas, de los médicos, de las enfermeras, es colaborar con esta infinita misericordia, ayudando, perdonando, sacrificándose.»

Sin descanso

¿Qué hacía Moscati a comienzo de lo que se dio en llamar los «felices veinte», aquellos años de cierto vitalismo frívolo y atolondrado? Como siempre, *lo de siempre*: trabajar, trabajar, trabajar. Seguía levantándose a primera hora de la mañana para ir a Misa, aunque hubiese pasado parte de la noche estudiando; seguía atendiendo a los enfermos pobres en sus casas, cosa que le suponía un notable esfuerzo porque no disponía de coche para sus desplazamientos. En sus circunstancias personales (y hay que tener en cuenta, para entender su modo de actuar, lo que significaba disponer de un automóvil a comienzo de los años 20) le parecía que adquirir uno de esos vehículos, que eran exclusivos de un *status* social privilegiado, era una falta de pobreza. «Os aseguro que no tengo tiempo para nada —le escribía a su amigo Terranova—: los Hospitales, las clases de Sintomatología y de Clínica, una barahúnda de enfermos graves.»

Seguía elaborando, día tras día, con rigurosa minuciosidad, historia clínica tras historia clínica, a las que unía con frecuencia algunos apuntes, que luego usaba en sus clases, donde procedía a la discusión y al análisis de cada diagnóstico.

Éste es un dato significativo de su gran sentido profesional. Moscati, como señala D'Onofrio, unía a su gran experiencia en el diagnóstico, sus

conocimientos en la entonces llamada Semiótica Física, junto con los nuevos avances de Química Fisiológica, que daba en aquel tiempo sus primeros pasos. En este sentido, era un pionero con respecto a la Medicina de la época, que no conocía el formidable avance que ha supuesto la socialización de la Medicina en nuestros días. «Era, por decirlo así — como apunta d’Onofrio—, una Medicina artesanal. El médico, con las escasas fuentes de diagnóstico de las que disponía, llevaba a cabo una sintomatología que se convertía casi en una habilidad personal.»

Su pasión por atender lo mejor posible a sus enfermos no conocía el descanso. «Esta noche —comentaba a uno de sus alumnos— me he despertado y me he puesto a estudiar un poco el caso clínico de este pobre hombre, y he deducido que el diagnóstico podría ser el siguiente...»



Moscatti, con un grupo de alumnos.

¿Cómo pudo soportar durante años y años este ritmo de vida? La explicación no hay que buscarla sólo en su capacidad física o en su vibrante ilusión profesional; es más poderosa y profunda. El centro de gravedad de esa pasión gravitaba en Dios, su motor era el amor de Dios. Era Dios el que le sostenía; era en Dios en quien encontraba su fuerza y su descanso: «Amemos al Señor sin medida escribía, es decir, sin medida en el amor, sin medida en el dolor».

Este centro de gravedad le dio el equilibrio necesario en su trabajo y evitó que cayera en ese desorden al que conduce el activismo desentrenado

de algunos médicos que acaba con frecuencia en el agotamiento físico o psíquico, fruto de la consunción imprudente de las propias energías. Precisamente porque le movía el amor y no el orgullo, Moscati sabía dónde estaba su límite; por eso, cuando en mayo de 1919 le llegó una notificación de la Dirección General de Sanidad, presidida por Michelle Pietravallo, en la que se disponía que a partir del mes de junio entraría a formar parte de la lista de los médicos de guardia, comprendió que aquello era claramente superior a sus fuerzas y pidió una exención de aquella obligación.

«Estoy en la brecha —escribió, el 22 de mayo, al senador Giuseppe D’Andrea—, y desde hace varios años he llevado a cabo un trabajo intenso (...), mi sistema nervioso está cansado, demasiado cansado. Necesito calma.

»El servicio de guardia, con su ritmo periódico, acrecentaría de una forma verdaderamente angustiosa mi responsabilidad profesional, y me plantearía permanentemente la duda de no haber cumplido bien con mi deber, un deber que me lleva a estar siempre dispuesto a atender todas las llamadas. ¡Imagínese qué desastre supondría eso para mí!»

Al cabo de pocos meses llegó la respuesta a su petición: el Consejo de Administración no sólo dispensó a Moscati de las guardias nocturnas, sino que le nombró director de la IIIª Sala de Hombres, como reconocimiento a la intensísima actividad profesional que había desplegado durante aquellos años en el Hospital.

Moscati agradeció aquel gesto de deferencia y se dirigió al Presidente del Consejo con una carta en la que evocaba aquellas mañanas de su infancia en las que su padre lo llevaba a la terraza de su casa para contemplar la panorámica de Nápoles, sobre la que destacaba la inmensa mole del Hospital de Incurables. Aquel edificio le subyugaba, sin saber por qué; y le inspiraba —confiesa en su carta— «sentimientos de piedad por el dolor sin nombre mitigado entre aquellos muros. Una saludable turbación me sacudía y comenzaba a pensar en la caducidad de todas las cosas». No soñaba que un día «iba a alcanzar el supremo grado clínico en aquel edificio blanco, entre cuyos ventanales se vislumbraban apenas, como blancos fantasmas, los enfermos del hospital».

Un beso en la frente

... como blancos fantasmas. Detengámonos en este punto, porque la vida de Moscati ofrece un punto de reflexión sobre algunos «fantasmas» que merodean con frecuencia en torno a la vida profesional. No es inusual encontrarse con personas que sueñan con desarrollar una magnífica acción social, que parecen dispuestos a servir generosamente a los demás, si no fuera por... los fantasmas.

Los fantasmas adquieren diversas apariencias: la monotonía del trabajo, la ausencia de expectativas, las dificultades con los colegas, la situación laboral... A veces son dificultades reales; otras son excusas con las que se disfraza el cansancio, el desaliento o la vacuidad de una vida, que discurre vanamente a la espera de lo maravilloso. «¿Qué puedo hacer yo, aquí, en este triste hospital de provincias? Si estuviera en un sitio en el que pudiera *realizarme*, donde pudiera llevar a cabo una gran acción social...»

La vida de Moscati sirve de antídoto para estas excusas fantasmales: recuerda que la mejor «acción social» que puede llevar a cabo un médico, la mejor contribución a los demás (y en el caso del médico cristiano, su mejor servicio a la Iglesia), tiene como escenario, en primer lugar, el que le deparan las propias circunstancias de su vida.

Los más necesitados

Voltaire escribía al rey de Prusia comentándole que no le gustaban los héroes: «Hacen demasiado ruido». Moscati es, decididamente, un héroe sin ruido. ¿Qué hizo de grandioso, de *espectacular* a lo largo de su vida? Desde cierto punto de vista, nada. Su grandeza estuvo en lo pequeño: en desvivirse, días tras día, *enfermo tras enfermo*. No se salió de su sitio; no se engañó con ensoñaciones inútiles; no persiguió el éxito como último fin. Su vida fue un triunfo; un triunfo del amor hecho servicio solidario con los demás. Como cristiano sabía que lo que Dios espera no es el éxito en el trabajo, sino un trabajo bien hecho, realizado por amor, cara a Dios, en servicio de los hombres, ya que el trabajo no es signo (como pretenden ciertos pensadores protestantes) sino causa de salvación.

Precisamente en el marco de esa vida cotidiana fue donde Moscati desarrolló una intensísima «labor social». Todo esto constituye para los hombres de finales de siglo, un mensaje comprometedor: su vida

constituye una magnífica propuesta de acción que se adapta a las posibilidades más cotidianas y más accesibles; porque rara vez el ciudadano normal y corriente puede llevar a cabo una «acción heroica» o tiene acceso a los grandes órganos decisorios que transforman la sociedad. Sin embargo, todos podemos poner un poco más de amor y de perfección humana en el trabajo de cada día.

Ésta fue también la magnífica contribución a la «cuestión social» de Moscati: la fuerza de su pasión, es decir, la fuerza de su amor a Dios, entendido fundamentalmente como Médico. Su vida muestra patentemente que un profesional no puede ser verdaderamente cristiano (ya sea tornero, artista, campesino, abogado, madre de familia o médico) si, como hizo él día tras día, no tiene deseos de perfeccionar el propio trabajo; si no trabaja intensamente o no siente una especial predilección por el que sufre, por el que está más necesitado; si no se esfuerza, en definitiva, por darle a conocer el amor de Dios.

Sólo desde este punto de vista se entiende con toda su plenitud el riguroso «orden de la caridad» que seguía Moscati y que sorprendía a algunos de sus pacientes. No discriminaba a nadie; acudían a su consulta gentes de concepciones políticas y religiosas muy diversas, y de todas las condiciones sociales, a los que procuraba tratar con la misma calidad científica y competencia, ya los atendiera en su consulta privada, en las salas del Hospital o en un cuartucho miserable de un arrabal de Nápoles. Aunque a veces se veía forzado a dar ciertas preeminencias; por ejemplo, en una ocasión una persona de la alta aristocracia napolitana le pidió explicaciones por negarse a atender a su madre en un determinado momento. Moscati le explicó: no era un caso urgente, a su madre podía atenderla cualquier otro médico de la ciudad, «y yo —le dijo— me voy ahora mismo a ver a un pobre sacerdote de San Juan de Teduccio».

—¿Y si yo le acompañase primero a San Juan —le preguntó el aristócrata— vendría después a mi casa?

—Con todo gusto —dijo Moscati—: así contribuiré a una obra buena.

Esta relación directa con los más necesitados, esa experiencia diaria de la pobreza, resulta, paradójicamente, muy enriquecedora. Porque en la hondura de esa experiencia se comprende con luz nueva que el hombre es un ser hecho para Dios, que no se agota en la historia, en este pequeño arco temporal de sus días sobre la tierra; se descubre que no se agota siquiera en esa lucha por la justicia, una lucha en la que hay que comprometerse porque es anticipo de una justicia más perfecta. Se aprende

—recuerda Illanes— que hay sólo una pobreza radical del hombre: el olvido de que es un ser que trasciende el tiempo, de que posee una dimensión más profunda, y de que todo —todo— hombre debe ser salvado, por Jesucristo. Sólo desde esta perspectiva se puede entender la riqueza que encierra «la sublime misión» de Moscati.

¡No esté triste!

«¡No esté triste!», aconsejaba Moscati a Cosimo Zacchino, un alumno de su curso de Clínica Médica en el Hospital, que le había escrito desde Grottammare, un pueblecito de la provincia de Ascoli Piceno, contándole la crisis profesional que estaba atravesando. Zacchino era presa de esos «fantasmas» a los que nos acabamos de referir. «¡Recuerde —le insistía Moscati— que vivir es misión, y deber, y dolor! Cada uno de nosotros tiene su puesto de combate. Si Dios quiere que ejercite su noble profesión entre la gente del campo, significa que quiere servirse de usted para sembrar el bien en esos corazones.»

Después de recordarle que no debía ocuparse sólo de sanar los cuerpos, le insistía: «¡Esté contento, porque serán muchas las gracias que recibirá!; pero debe dar ejemplo, a los que le rodean, de su intimidad con Dios. Grottammare es un bellissimo lugar: lo conozco. Aproveche el tiempo de Pascua para acercarse, por medio de la comunión, a Dios, y escuchar sus inspiraciones para el camino a seguir en el futuro.»

Toda su vida fue un constante ejemplo de esa «alegre abnegación» que recomendaba. Sus alumnos le vieron besar gozosamente en una ocasión la frente de un enfermo después de limpiarle unas llagas purulentas. «¡Ahora hago de escupidera!», comentó una vez con buen humor a un amigo que se quedó asombrado de verle en uno de los barrios pobres de Nápoles. «Sí —le explicó—; hago de escupidera para un pobre estudiante de Medicina que vive allí —dijo, señalando una ventana—. Este chico está solo en Nápoles y, para que los que le alojan no se den cuenta de su enfermedad, porque podrían echarlo fuera, y evitar infecciones, le he dicho que escupa en un pañuelo, que vengo a recoger por las tardes para destruirlo y sustituirlo por otro limpio.»

Yo quiero contribuir

En una ocasión llegó a Vico, un pueblo cercano, para atender a un chico enfermo. Los que acudieron a esperarle a la estación lo encontraron agotado y desfallecido. Descendió del tren tan dificultosamente y con tanta fatiga que se alertaron; les contó que había sufrido una crisis de cansancio tan fuerte durante el viaje que había perdido completamente la vista durante un tiempo, y había estado a punto de regresar a Nápoles, pero que al fin se había decidido a llegar hasta allí. Al verle se corrió la voz de que iba a estar en Vico algunas horas y varios vecinos le pidieron que visitase algunos enfermos. Los atendió, y cuando ya estaba en el tren, agotado, dispuesto a regresar a Nápoles, un ferroviario le reconoció y le dijo que tenía un compañero muy pobre, enfermo en Castellamare. ¿No podría el doctor...?

Al llegar a Castellamare bajó del tren y visitó al enfermo. La casa era miserable y aquel hombre estaba muy grave. «Lo primero que les sugiero es que llamen al párroco —dijo Moscati—, porque primero hay que pensar en la salud del alma, y después en la del cuerpo.» Luego dio el diagnóstico y señaló el tratamiento a seguir. «Se curará totalmente», aseguró.

Mientras tanto, varios ferroviarios amigos del enfermo se habían congregado en un rincón de la vivienda y estaban recogiendo, de forma discreta, dinero para pagarle. Moscati se dio cuenta y les atajó: «Ustedes han venido aquí —les dijo— para ayudar a su amigo enfermo con un dinero que es fruto de su duro trabajo... pues bien, yo, asociándome a ese sentimiento humanitario, quiero contribuir con mi cuota, para que el enfermo tenga medios para curarse...». Y sacando dinero del bolsillo les entregó una cantidad generosa.

No se debe tener miedo

Sin embargo, a pesar de que estas anécdotas fueran moneda corriente en su actuar cotidiano, nunca pensaba que estuviese haciendo bastante por sus enfermos. «Una vez —recuerda el profesor Piccinini— caminábamos a lo largo del laberinto de calles del monte de Toledo que se encaraman por los repechos que conducen hasta la avenida Vittorio Enmanuele. Él caminaba con seguridad, orientándose perfectamente entre aquellas callejuelas que, por su profesión, estaba habituado a frecuentar, hasta que llegamos a

un punto, en un callejón mal iluminado, cuyo nombre no recuerdo, frente al cual yo comencé a dudar.

«Comprobó la dirección que llevaba escrita en un pedazo de papel y orientándose como pudo, enfilamos un portón que estaba totalmente a oscuras, donde encendimos algunas cerillas que nos fueron iluminando hasta que llegamos a una escalera desconocida. Subimos sin encontrar a nadie; y al cabo de un rato le pregunté si no tenía miedo de aventurarse en determinados lugares. Me respondió con una sonrisa, encogiéndose de hombros, como diciéndome: ‘No se debe tener miedo cuando se va a hacer el bien’.

«Llegamos al estrecho corredor de un cuarto piso, donde preguntamos en voz alta si había alguien. Acudieron entonces los familiares del enfermo, que nos llevaron hasta una gran habitación desangelada, que constituía toda la casa. En un rincón, tendido en un camastro, yacía un muchacho consumido por la fiebre. La familia estaba formada en aquel momento por dos mujeres de aspecto un tanto equívoco, que no parecían darse cuenta de la importancia y de la gravedad de la enfermedad, y no le prestaban al pobre enfermo los cuidados que necesitaba.

»A la luz de la candela que yo sostenía, el maestro fue reconociendo al enfermo, que revelaba claros signos de meningitis tuberculosa. Hizo ver a las dos mujeres la gravedad del diagnóstico, haciéndoles notar la conveniencia de que recibiese una asistencia mejor, junto con la necesidad de un consuelo religioso. No parecía que aquellas mujeres le entendiesen; por eso, convencido de la inutilidad de sus palabras, no insistió más y nos fuimos. Por la calle me hizo ver la necesidad de alejar a aquel muchacho de aquel ambiente malsano, donde el sentimiento religioso era tan débil, junto con la conveniencia de internarlo en un hospital donde encontraría, con toda seguridad, una asistencia mayor.

«Canceló ciertas visitas aquella tarde, y sólo se quedó tranquilo cuando hubo enviado una carta al director del servicio municipal sanitario, para que llevaran urgentemente a aquel infeliz a un hospital.»



Consulta del doctor Moscati

VIII. MAESTRO Y AMIGO

«No esperes que tu amigo venga a descubrirle su necesidad. Ayúdale antes»

(Luis Vives).

Entre sus alumnos

Le comentaba Moscati a un amigo suyo, el doctor Aniello, cuánto disfrutaba en el trato con los jóvenes y cómo reaccionaba con frecuencia igual que ellos: «Me comporto de su mismo modo —decía con humor—: anhelo las vacaciones del domingo, las vacaciones de Navidad, etc.».

Desde 1911 hasta 1923 estuvo dando clases a los médicos recién licenciados en la sala III^a del Hospital, una sala húmeda y oscura, como evocaba su colega Castronuovo; y durante cuatro años estuvo sustituyendo en sus cátedras a algunos profesores ilustres que se lo habían pedido por diversas causas.

Tenía grandes cualidades para la enseñanza y el trato con los jóvenes, de los que sabía ser al mismo tiempo maestro y amigo. Acudía puntualísimo a las clases a primeras horas de la tarde —la puntualidad fue siempre para él una manifestación de deferencia y respeto con los demás—, y sus alumnos lo recuerdan como un profesor amable, cordial, expansivo, siempre abierto a los nuevos avances de la Medicina, muy respetuoso con las iniciativas ajenas y firme defensor del trabajo en equipo. Sus clases eran tan valiosas y documentadas que no era raro que terminaran entre una salva de aplausos.

Ese amor por el trabajo en equipo —que en aquella época no se encontraba tan extendido como en la actualidad— era uno de sus rasgos

característicos. Prueba de ello es que, en cuanto alcanzó cargos de responsabilidad en el hospital, instituyó, como recuerda Polichetti, «la cooperación y la colaboración con el otro clínico internista, con el neuropsiquiatra, con el cirujano, con el radiólogo, con el otorrinolaringólogo, con el urólogo, etc., según la necesidad de cada caso».

Abordaba en sus clases, con una mentalidad abierta y constructiva, desde las cuestiones más teóricas hasta las más concretas de la Medicina: «He aprendido de él —escribía Polichetti— el uso del Pachon mediante el estudio de la oscilometría; cómo hacer un buen lavado de estómago; cómo realizar correctamente una punción lumbar; cómo hacer una fleboclisis; cómo realizar un análisis de jugo gástrico; de las heces, de los líquidos orgánicos, de sueros y bacterias...». Y consignaba a continuación una larguísima relación de técnicas y saberes que le había enseñado Moscati.

Procuraba transmitirles lo mejor de su experiencia médica y del modo más eficaz. Consideraba que era un deber de conciencia, por parte del médico, «instruir a los jóvenes, aborreciendo esa costumbre de guardar misteriosa y celosamente el fruto de la propia experiencia». «No les presento nunca casos clínicos habituales —explicaba— porque esos casos ya tienen oportunidad de observarlos ustedes en la sala... Aquí debemos analizar las enfermedades raras o de diagnóstico difícil, porque sólo de ese modo les podré proporcionar una buena preparación para su ejercicio profesional.»

Sus alumnos se quedaban asombrados ante el rigor de sus respuestas en clase. Recuerda Tesauro, uno de sus alumnos, que eran «respuestas precisas, indicaciones documentadas, citas bibliográficas de trabajos aparecidos en publicaciones extranjeras que citaba de memoria con todo detalle». D'Onofrio, comenta con admiración una carta de Moscati a Teresa Fortunato fechada en 1926, en la que le explicaba el mejor modo de tratar médicamente a su hijo diabético. Esa carta —explica D'Onofrio— resulta particularmente reveladora, porque pocos médicos poseían en aquel tiempo un conocimiento tan preciso y tan actualizado de los últimos avances en el tratamiento de esa enfermedad. Moscati era el primero en aplicar a su propia vida un consejo que repetía con frecuencia a sus alumnos: «Es necesario cultivar y repasar cada día nuestros conocimientos».

¿Cómo lograba mantenerse constantemente «al día» en los últimos avances científicos? Sus alumnos no acababan de explicárselo: le veían desarrollar habitualmente una actividad casi sobrehumana, que superaba

en ocasiones las diez y las doce horas diarias de trabajo. ¡Y encontraba tiempo, además, para publicar artículos científicos!

Evidentemente, todo esto era fruto de un intenso trabajo y del tiempo que robaba al descanso y a las horas de sueño. «Piense —le decía a Mario de Mennato— que está obligado a tener amor al estudio, porque sólo así podrá cumplir el gran mandato de socorrer la infelicidad. ¡Ciencia y fe!» Su vida estaba amasada en un profundo espíritu de sacrificio y en una abnegación sin límites, que sabía ejercitar con una gran elegancia. Como diría Casona, sabía vivir «con un cansancio alegre arrollado a la cintura».

* * *

Ese aprovechamiento del tiempo, abnegado y constante, supone un llamativo contraste con algunas posturas negligentes que se observan a veces en la práctica de la Medicina. ¡Cuántas operaciones quirúrgicas —por ejemplo— se retrasan por desorden o comodidad o, sencillamente, por capricho del cirujano! Estos modos de actuar, afortunadamente esporádicos, causan —como recuerda Herranz— «perjuicios económicos (ocupación inútil del quirófano); pérdida del rendimiento laboral de enfermeras, ayudantes y anestesista; tensiones psicológicas en todos ellos, con el riesgo potencial de daño para el paciente; y en éste y en su familia, ansiedad gratuita».

Un maestro lleno de vida

Otro de sus discípulos, Francesco Pansini, lo recuerda «más que como un maestro, como un padre», y evoca una ocasión en la que cayó enfermo, en el año 1926. A pesar de sus múltiples ocupaciones, Moscati no dudó en realizar un largo viaje para estar a su lado y ayudarle con su aliento. Y durante la convalecencia le fue enviando numerosas cartas, llenas de afecto y cariño, en las que nunca faltaba una referencia espiritual.

De este modo, con su estilo cordial, sencillo y amigable, fue transmitiendo a sus alumnos, a lo largo de los años, la vibración profesional, humana y cristiana que daba sentido a toda su existencia. Una vibración que no puede transmitirse mediante unos esquemas fríos, como si fuesen los apartados teóricos de un código deontológico. No sólo aprendían de él métodos, sistemas y conocimientos; Moscati les enseñaba cómo el médico debe desvivirse por sus enfermos sin discriminación alguna; cómo debe saber, siempre que sea posible, *perder el tiempo* con

ellos; cómo se debe *reprender* cuando haga falta, transmitiendo serenidad y esperanza...; les mostraba, en definitiva, los criterios fundamentales del actuar médico y también algunas de esas cosas que determinados profesionales consideran «poco prácticas».

La mejor lección de Moscati era la de su propia vida, porque esa lección de Medicina no partía de un postulado teórico, sino de la fuerza de los hechos. Era una lección diaria de afán de servicio, de profesionalidad y amor por los detalles; de trabajo bien hecho y de confianza en la ciencia — como atestigua Condorelli—; de rigor científico y de fe en un progreso que Moscati valoraba en función del bien que aporta al hombre concreto, «a la humanidad entera y no a una parte de ella en perjuicio de la otra».

Su ejemplo arrastraba. Era un maestro lleno de ilusión, de optimismo, de amor por los hombres, por la ciencia y por la naturaleza. Se entregaba a su trabajo por completo: escribía en una carta a Pentimalli, que «había dedicado su juventud y su salud a la labor de los hospitales de Nápoles». Y como les sucede con frecuencia a los grandes hombres, en su actuar se complementaban facetas aparentemente contradictorias: era rigurosamente científico y, al mismo tiempo, profundamente humano: se condolía por sus enfermos y sus alumnos le veían llorar por sus desgracias. No confundía el necesario distanciamiento del médico ante la enfermedad con la frialdad humana ante el sufrimiento del enfermo. Como diría el poeta español, era «en el buen sentido de la palabra, bueno». Un discípulo suyo, Fernando Napoletano, recuerda entrañablemente los viajes que hacían juntos para visitar enfermos por los campos que rodean a Nápoles. Durante esas alegres caminatas, Moscati le iba contando sucesos divertidos o le comentaba cosas relativas a los ámbitos de la ciencia que le apasionaban. Hablaba con tanta competencia de un animal o de una flor —afirma Napoletano—, que parecía que «se dedicase a enseñar Botánica y Zoología».

No es de extrañar que sus alumnos le tuvieran un gran afecto: era, con toda la grandeza que encierra este término, un maestro. Estaba pendiente de sus problemas, grandes y pequeños, y sabía tener mil detalles con ellos: los felicitaba por sus triunfos profesionales, los acompañaba en los momentos duros y los estimulaba constantemente en su quehacer. «Cuando se sienta solo —le escribía a Cosimo Zacchino—, abandonado, vilipendiado, incomprendido, y cuando piense que está a punto de sucumbir bajo el peso de una grave injusticia, tendrá la sensación de una infinita fuerza (...) que le devolverá la serenidad. ¡Esta fuerza es Dios!» Su capacidad admirable para la amistad se traducía, en la vida concreta, en

una sorprendente sensibilidad hacia los problemas de los demás, que tantas veces adivinaba sin que se los dijeran.

«Se preocupaba por nuestro futuro —escribe Tesauro— y estaba siempre a nuestro lado; recuerdo que en uno de los momentos más difíciles de mi vida se presentó en mi casa para ofrecerme su ayuda. Nunca he logrado saber cómo pudo intuir la situación de angustia que yo estaba atravesando.»

Al igual que hacía con sus enfermos, no desaprovechaba las ocasiones que se le presentaban —y la práctica de la profesión le ofrecía muchas— para acercarse respetuosamente a sus alumnos a Dios. «En una ocasión —recuerda el doctor Ponsiglione—, cuando le acompañamos a visitar a una mujer muy deformada a causa de un raquitismo y de una cifoescoliosis de la columna vertebral, se detuvo un momento y nos dijo: ‘¿Veis? Es mil veces mejor contemplar a esta pobre mujer, que no tiene culpa de su deformidad, que mirar a algunas modernas, hermosas en apariencia, pero corrompidas y viciosas’.»

Se alegraba especialmente cuando veía que algunos de sus alumnos, movidos por su ejemplo, le acompañaban a Misa por las mañanas en alguna iglesia de Nápoles. Y con frecuencia la relación profesor-alumno acababa convirtiéndose en una amistad sincera: no era raro que al acabar las clases sus alumnos le acompañasen hasta su casa, donde continuaban charlando de todo lo divino y lo humano.

En su alma no había compartimentos estancos: no tenía fronteras en el corazón; era médico y cristiano las veinticuatro horas del día. En una ocasión —cuenta Iavarone— fue a verle a su consulta un conocido masón, capitán de marina en excedencia, que padecía un cáncer de estómago. Al terminar, Moscati le preguntó:

—¿No habrá conocido usted por casualidad a algún sacerdote o a algún fraile en su vida?

—Sí... —lo contestó éste asombrado—, conozco al cura de Santa Clara.

Al día siguiente, al volver a visitar a este enfermo, Iavarone se enteró de que Moscati había sacado tiempo para ponerse en contacto con aquel sacerdote, hasta que logró que viera a aquel enfermo. Iavarone falleció algunos meses después, reconciliado con Dios.

Conforme a este modo de actuar, estimulaba a sus alumnos a que se preocupasen, además del cuerpo, del alma de los enfermos. Les recordaba que no podían *huir* de la cabecera de su cama en el momento de la muerte,

sino que debían acompañarles, procurando acercarlos a Dios mediante los Sacramentos, especialmente en esas situaciones irreversibles, cuando el enfermo ve como caen definitivamente los muros de una salud que parecía indestructible y se derrumba, sumido en la incertidumbre, la zozobra o la desesperación. Sabía que esos momentos, en los que aparentemente el médico «ya no tiene nada que hacer», son de hecho, paradójicamente, cuando el médico puede hacer más.

«En esos casos —escribía a un discípulo, Giuseppe Napoletano—, ¿qué podemos hacer los médicos? ¡Bien poco! ¡Por eso, si no podemos socorrer el cuerpo, socorramos el alma, y frente a esos casos desgraciados recordemos los deberes del espíritu que provienen de la fe de nuestros padres!»

Era, en definitiva, lo más opuesto a aquellos «maestros fríos» a los que se refería en una carta a Castellino: profesores «taciturnos que no mueven al entusiasmo, que no estimulan a sus alumnos en el momento oportuno al estudio y la investigación, que no saben educar...».

Muerte, yo seré tu muerte

Era también, como recuerda Quagliariello, un verdadero maestro en la práctica de la autopsia. Consideraba de gran utilidad que los médicos y los estudiantes participasen en el examen necroscópico de los casos que habían estudiado previamente en el Hospital, en un tiempo en el que esta práctica no estaba tan difundida como en la actualidad. Juzgaba que era una de las contribuciones «mejores y tangibles que se puede dar a los alumnos para su formación profesional».

En la Sala de Anatomía, el famoso Luciano Armanni había hecho poner tiempo atrás esta inscripción: *Hic est locus ubi mors gaudet succurrere vitae*. (Éste es el lugar donde la muerte se alegra de poder ayudar a la vida.) Moscati hizo colocar, además, un crucifijo y siempre, antes de realizar una autopsia, solía detenerse un momento para contemplarlo. Cuando pasaba frente a un cadáver hacía la señal de la cruz y no faltaba, durante la práctica médica, algún comentario de este tipo: «¡En esto acaba la soberbia del hombre! Odios, millones, locuras y luego... ¡esto es lo que somos! ¡Cuánto enseña la muerte!».

Con el correr de los años hizo poner otra leyenda en la sala, lira un texto inspirado en *Oseas* 13, 14: «*Ero mors tua, o mors* (Muerte, yo seré tu muerte), que remite al famoso pasaje de la *Epístola a los Corintios*: La

muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?»

«Al recordar al Vencedor de la muerte —comenta d’Onofrio—, Moscati daba un pleno significado a la otra inscripción de la entrada, porque sólo con el estudio cuidadoso y diligente de las lesiones orgánicas se pueden obtener utilísimas ayudas para prevenir, diagnosticar y curar. De este modo la muerte se convierte, en manos del médico, en un instrumento de amor hacia el prójimo.»

Sin fisuras

En aquellos años algunos rasgos de la «cultura de la muerte» que asola parte de la sociedad contemporánea no había alcanzado aún las cotas que padecemos en la actualidad. Sin embargo, se daban algunos precedentes; por ejemplo, en 1925 Giovanni y Mazzeo publicaron un libro titulado *L’eugenica* como respuesta a los promotores de un movimiento eugenista que, «para salvaguardar la raza humana de la decadencia», sugerían diversas prácticas de carácter malthusiano, como la esterilización o la prohibición del matrimonio en determinados casos.

Moscati escribió un prólogo para este libro, en el que hacía una defensa vibrante de la vida humana frente a aquellos métodos que al cabo de varios lustros pondría en práctica el nazismo del modo más terrible y despiadado. Mostraba en primer lugar su escepticismo ante las propuestas que se hacían para evitar la procreación de los débiles, los tuberculosos, los sífilíticos y los dementes, como la esterilización sexual, las prácticas malthusianas y el certificado prematrimonial. «Verdaderamente sobre las dos primeras —afirmaba— los eugenistas más lúcidos no insisten: son métodos antihumanos, antisociales, y conocemos de sobra cuál puede ser el futuro de una nación diezmada por el malthusianismo, por una sociedad del ‘hijo único’, y cómo puede ser en el futuro la turbación neurótica de los que se oponen a la fecunda y sublime maternidad.»

Después de criticar la absurda petición de un certificado prematrimonial, señalaba que «todos los jóvenes deberían comprender que la práctica de la continencia es el mejor modo para alejar la enfermedad transmisible mayor que hay, símbolo del pecado original, que es la sífilis; deberían comprometerse a conceder su madurez sexual sólo al ser únicamente amado, manteniendo su espíritu y su corazón alejados de los comportamientos torpes, ejercitándose en la renuncia y el sacrificio».

Ponía, como ejemplo y contrapunto, las familias numerosas de los campesinos del Sur de Italia, fruto «de dos seres fuertes, que se amaron con sencillez».

Consideraba, luego, otros factores a tener en cuenta: las dificultades económicas, que los gobernantes debían esforzarse en superar; las emigraciones; el nuevo ritmo de vida ciudadana con sus desórdenes morales... Su valoración del problema era optimista a pesar de todo; confiaba en el triunfo de la vida sobre el egoísmo de los hombres: «El mundo se puebla de hijos —concluía— a pesar de que se intente parar la natalidad con la infamia del aborto, con la infamia del infanticidio, y con el egoísmo del maltusianismo».

«Aunque en su época —apunta d’Onofrio— no se hablaba todavía de la fecundación *in vitro*, ni de la elección del sexo de los niños, ni de las manipulaciones genéticas, podemos imaginar con certeza su pensamiento de estudioso y de creyente: al valorar los progresos científicos que se han realizado en esos campos, Moscati habría recordado seguramente a los investigadores la necesidad de detenerse ante el misterio de la vida, que a nadie le es permitido manipular.»

Un libro que no ha sido impreso

Tenía una visión integral de lo que debía ser la enseñanza médica, que no concebía como una mera transmisión de conocimientos científicos. Quería que sus alumnos se formaran de un modo profundo, serio, riguroso, libre de prejuicios, abierto a todos los avances de la ciencia, sin reducir la *ars medica* a una simple técnica; deseaba «enseñarles a leer en un libro que no ha sido impreso en caracteres negros sobre blanco; un libro que debe ser leído con infinito amor y un gran espíritu de sacrificio hacia el prójimo».

«Le recuerdo —escribía Moscati a un discípulo suyo, Giuseppe Biondi—, que al tomar la carrera de Medicina, ha asumido la responsabilidad de una misión sublime. Persevere, con Dios en el corazón, recordando siempre las enseñanzas de su padre y de su madre, con amor y piedad por los desvalidos, con fe y entusiasmo, sordo a las alabanzas y a las críticas, impasible ante la envidia, dispuesto sólo al bien.»

«No ha sido la ciencia sino la caridad la que ha transformado al mundo —aconsejaba a Guerricchi— en determinados períodos; sólo poquísimos hombres han pasado a la historia gracias a la ciencia; pero

todos pueden ser imperecederos, y convertirse en símbolos de la eternidad de la vida, en el cual la muerte no es más que una etapa, una metamorfosis para el más alto ascenso, si se dedican al Bien.»

Piedad y técnica

Esta última afirmación merece matizarse. Evidentemente, si Moscati ha pasado a la historia, si su recuerdo sigue vivo e imperecedero entre nosotros, ha sido, fundamentalmente, por su espíritu de caridad; pero no hubiera podido llevar a cabo esa tarea sin contar con su profunda preparación científica, fruto de muchos años de estudio, fiel al juramento hipocrático: «Haré cuanto sepa y pueda en beneficio de mis pacientes». No hubiera podido cumplir su cometido sin su acendrado sentido de la profesionalidad; sin su amor por el trabajo bien hecho; sin su espíritu abierto; sin su actualización constante de conocimientos. Porque no basta *sentir* o *pensar* como cristiano; es necesario, como hizo él, que la vida — las obras— sean las propias de un hombre de fe; que el discurrir cotidiano —y no sólo algunos momentos excepcionales— responda plenamente al Evangelio.

Frossard recordaba en una entrevista televisiva, al hablar sobre esta cuestión, el cuadro de la bordadora de Vermeer, donde se contempla a una mujer preparando unos trozos de lana para hacer un pequeño trabajo de tapicería. El lienzo representa un trabajo cotidiano y es, al mismo tiempo, una obra maestra. A nosotros —recordaba el escritor francés— se nos pide eso mismo: hacer una obra maestra de nuestra vida cotidiana. «Vermeer pudo lograr ese cuadro porque amaba la figura que pintó: ¡no le falta ni un solo cabello! Es de una belleza, de una profundidad..., es una pintura evangélica en cierta manera, porque se advierte el amor y el cariño al prójimo. Ese fuego de amor, cuando se infunde en las cosas más vulgares, más corrientes, las llena de una esplendorosa belleza. No hace falta perderse entonces en elevadísimas consideraciones

cósmicas cuando el amor al prójimo produce esas obras maestras.»

Esta realidad puede comprobarse —continuaba Frossard— tanto en el arte como en la vida espiritual. «Porque hay personas de vida espiritual que han hecho maravillas. Hay un número increíble de personas, que no han pintado ninguna bordadora, pero que han realizado obras maestras desconocidas; desconocidas para nosotros, pero no para Dios. Dios las conoce y

eso es lo importante.»

El ejemplo de Moscati resulta particularmente elocuente para aquellos cristianos que desean realizar una profunda defensa de su Fe sin contar con la preparación profesional y técnica adecuada, incurriendo en ese error que denunciaba Gilson: creer que, «para la inteligencia que quiere ordenarse a Dios, la piedad dispensa de la técnica». ¡Cuántas iniciativas que se autodenominan «católicas» fracasan porque sus promotores cuentan sólo con «buenas intenciones» y adolecen de una falta de espíritu profesional riguroso y profundo! Las *buenas intenciones*, como recordaba Moscati, no bastan.

«Si se quiere practicar la ciencia por Dios —añadía Gilson— la primera condición es practicar la ciencia por sí misma, o como si se la practicara por sí misma, porque ése es el único medio de adquirirla (...). Ni siquiera denunciar errores —por muy falsos que puedan ser— es servir a Dios, cuando se muestra que uno ni siquiera ha comprendido en qué son falsos. Digamos al menos que eso no es servirlo como científico (...). Igual ocurre con el arte, puesto que hay que poseerlo antes de pretender ponerlo al servicio de Dios. Se nos dice que ha sido la fe la que ha construido las catedrales de la edad media; sin duda, pero la fe no hubiera construido nada si no hubiera habido arquitectos también; y si es cierto que la fachada de Notre Dame es un rapto del alma hacia Dios, eso no le impide ser también una obra de geometría.»

¿Habría podido llevar a cabo Moscati su «sublime misión», habría arrastrado con su ejemplo a tantos discípulos, si hubiese sido un médico sin horizontes intelectuales, cerrado a la modernidad, aferrado a una concepción obsoleta de la Medicina o no hubiera contado con una adecuada preparación profesional? Los deberes del cristiano, recordaba Moscati, no consisten sólo en rezar, como puso de manifiesto en una ocasión, en la que acudió a su consulta un señor acompañado de su esposa. Tras reconocer a aquel hombre, Moscati le recomendó a su mujer que siguiera un determinado tratamiento.

—No importa, profesor —le dijo ella—; yo estoy muy desprendida de la vida.

—Pero su vida —le contestó Moscati— no le pertenece a usted, sino a Dios, que se la ha dado. Por esa razón, tiene el deber de curarse para consentirse sana.

—¡Pero si yo le pido siempre a Dios que me conserve bien!

—¡Oigan esto! —exclamó divertido Moscati— ¡Así es como entienden la religión las mujeres! ¡Creen que los deberes del cristiano se acaban con rezar y que no es necesario operarse! Sepa que le hará más bien, a un alma como la suya, ponerse una sola inyección que recitar una ristra de oraciones.

IX. AMORES

«El alma que anda enamorada no se cansa ni cansa»

(San Juan de la Cruz).

El hambre básica de la humanidad

«Lo hemos eliminado —decía un personaje de Faulkner, a propósito del amor—. Hemos necesitado mucho tiempo; pero el hombre es fértil en recursos, y su facultad inventiva, ilimitada. Así hemos terminado de librarnos del amor, como nos hemos librado de Cristo... Si Jesús volviera, habría que crucificarlo de prisa para defendernos, para justificar y preservar la civilización que nos hemos esforzado en crear y perfeccionar a imagen del hombre, creación por la que durante dos mil años hemos sufrido, hemos muerto chillando de rabia y de impotencia.»

Faulkner exageraba. El mundo actual está devorado por el odio; pero también por el amor. Hay muchos hombres que participan de esa pasión que consumió a Moscati, que confirma con su vida lo que afirmaba Bertrand Russell en su discurso a la Universidad de Columbia, cuando comentaba que el amor o compasión cristianos es la *cosa* más necesaria para el hombre moderno. «Si tenéis amor cristiano —afirmaba—, tenéis, un motivo para la existencia, una guía para la acción, una razón para el valor, una necesidad imperativa para la honradez intelectual.»

Russell reflejaba, sin proponérselo, desde su agnosticismo casi militante, un hecho incontestable: la magnífica aportación, el fabuloso enriquecimiento material, social, científico, artístico, humano —no sólo salvífico, espiritual—, que tantos hombres como Moscati han supuesto para la historia de la humanidad. Y Stanley L. Jaki subrayaba esta misma

idea en su discurso de agradecimiento por la recepción del premio Templeton. Afirmaba que la humanidad contemporánea sufre hambre, pero es, sobre todo, hambre del verdadero amor, de un amor heroico, que llegue hasta el sacrificio de sí mismo. «¡Ésa es —recalcaba Jaki— el hambre básica de la humanidad!»

Tres hombres célebres, uno agnóstico y dos creyentes; dos filósofos y un médico, coinciden en este mismo punto; Russell y Jaki en la teoría; Moscati, con su propia existencia: sólo el amor cristiano puede calmar ese hambre radical del hombre. Sólo ese amor puede contrarrestar los efectos del olvido de Dios que sufre la sociedad contemporánea, tanto en el orden espiritual como en el material. Porque, como afirmaba León XIII, «si la religión cristiana hubiese sido fundada con el único propósito de procurar y acrecentar bienes durante la vida mortal, no habría podido hacer más por el bien y la felicidad de esta vida mortal».

¿Qué pensaba Moscati del amor? La discreción es una virtud admirable, salvo para los biógrafos. Y a la hora de hablar del amor, llega a parecer casi detestable, porque nada se agradece tanto a la hora de narrar la vida de un hombre como los diarios íntimos o las cartas confidenciales. Poco de eso nos ofrece Moscati, tan reacio siempre a hablar de sí mismo: sus notas personales son escasas y su epistolario, aunque amplio, rara vez muestra rasgos decisivos sobre su interioridad. Su diario de viaje a Inglaterra, que abarca pocas semanas, es la excepción que confirma la regla.

Por lo tanto, para comprender algunos aspectos de su vida, no hay más remedio que proceder por hipótesis, atender a los hechos —silenciosos, pero elocuentes— y consultar a los testigos. Por ejemplo, en lo que se refiere a su vida sentimental. Sabemos —porque alude brevemente a esto en sus notas— que se enamoró en su juventud; que vivió una vida limpia desde su adolescencia, fruto de una larga lucha interior; y que fue célibe. Poco más. No existe ningún testimonio concreto que describa o explique cuándo, cómo, porqué tomó la decisión de vivir en celibato. Marranzini concluye que esa decisión no se puede precisar cronológicamente con exactitud, a pesar de los numerosos testimonios que se disponen sobre su vida.

Son los riesgos de la discreción. Pero hay una realidad innegable; como señala Mazzeo, si eligió el celibato no fue por ninguna prevención hacia la vida matrimonial. Todo lo contrario: alababa frecuentemente las familias numerosas y aconsejaba el matrimonio a sus amigos cuando pasaban de una determinada edad. Tampoco se debió a un intento de

buscar una vida cómoda o libre de preocupaciones: su celibato no tuvo nada que ver con la continencia del sabio que se aparta de todo lo que le pueda distraer de su trabajo. Como siempre, la raíz última de sus actos se encuentra en el amor a Dios; en aquel Dios al que quiso entregar libremente todo su corazón.

Explicaba que para vivir la virtud de la castidad había que recorrer dos caminos: primero el camino de la oración, «porque la castidad es un don tan alto que Dios sólo lo concede al que se lo pide con una oración constante y fervorosa»; y luego, el camino de la humildad, porque «cuanto más se humilla un alma delante del Señor tanto más le concede el Señor esta virtud angélica, porque el alma, en la medida que conoce más su debilidad confía más en el auxilio divino; y al mismo tiempo, el alma humilde pone en fuga al demonio, que no tiene ningún poder sobre los humildes». «Soy un gran pecador —decía— y si Dios no me concede gracias singulares, yo, ingrato e indigno, no me voy a convertir jamás.»

Escribió una breve nota por la que se puede intuir que tomó la decisión de vivir célibe por amor a Dios durante toda su vida junto a la Virgen del Buen Consejo, por la que guardaba «un sentimiento de especial ternura».

Con las mujeres se comportó siempre de una forma correcta y educada, pero sin expansiones; con una firme y respetuosa reserva, como señala Mondronc. Hablaba lo imprescindible con ellas, sin confianzas imprudentes. Y actuaba de un modo resueltamente expeditivo cuando advertía en alguna un comportamiento poco cristiano.

Un día se presentó en su consulta aquella joven de la que se había enamorado profundamente en su juventud, convertida ahora en una mujer madura. Ella no había sabido nunca el amor que Moscati le había profesado años atrás. Tampoco Moscati, por su parte, «había pensado jamás que un día ella habría de recurrir a mí. ¡Qué belleza la suya, siempre impresionante!». Cumplió su deber humanitario tranquilamente, noblemente, «sin que vibrase dentro de mi corazón pasión alguna».

Aquella mujer se encontraba, explicaba Moscati, «postrada en la tribulación, más a causa de la perversidad del marido que de sus sufrimientos, más morales que físicos. Me ha preguntado, para que yo pudiera comparar su estado actual con su antigua belleza, si la había visto antes. Le he respondido que no. Y no era una mentira. Era otra la de mis primeros años, desaparecida sin amargura y sin lamento, purificado el corazón».

Hazme sentir tu voz

Su devoción a la Virgen era muy profunda y, al mismo tiempo, sencilla e ingenua como la de un niño. «A los pies de la Madonna — escribía— me parece que me vuelvo más pequeño y le digo las cosas como son.» «A las doce —recordaba el P. Teleciano, capuchino— se signaba con el signo de la cruz e invitaba a los presentes del Hospital a recitar el Ángelus.»

«Para evitar distracciones —anotó en sus notas personales— y para recitar con mayor unción y fervor el Ave María, suelo trasladarme con el pensamiento a una imagen de la Santísima Virgen (...). Y rezo de esta manera: *Ave María, gratia plena*. Y mi pensamiento corre junto a la Madonna de las Gracias, tal como se la representa en la iglesia de Santa Clara.»

Explicaba en estos breves apuntes personales como, a medida que iba recitando los diversos versículos de la plegaria, su corazón se trasladaba con la imaginación a diversos Santuarios marianos: al de Pompei, al de la Virgen del Buen consejo, o a aquella imagen de la Virgen del Carmen, protectora de su familia, que se veneraba en la capilla del *palazzo* de Santa Lucia di Serino, casa gentilicia de los Moscati, a la que tantas veces había rezado de pequeño.

Con frecuencia, en la consulta, entre una visita y otra, iba desgranando discretamente algunas cuentas del rosario. Y todos los sábados ofrecía a la Virgen la pequeña mortificación de no tomar carne.

Pero el amor es ingenioso y busca perpetuarse. Los enamorados no se conforman con manifestar su afecto: con frecuencia lo graban en el tronco de un árbol o lo escriben por las paredes. Es una costumbre particularmente arraigada entre los napolitanos; tan arraigada, que los franciscanos que ocupan actualmente el convento de Santa Clara se han visto obligados a poner esta inscripción en la entrada de su famoso claustro: «No crea que escribiendo aquí su nombre pasará a la historia. Nos encargaremos rápidamente de borrarlo».

Siguiendo esa vieja tradición de los enamorados de todos los tiempos, Moscati hizo colocar en la pequeña capilla de la Virgen de Lourdes, en la iglesia de San Nicolás de Tolentino, una lápida de mármol con estos versos, inspirados en el *Cantar de los Cantares* y en el himno mariano *Ave maris stella*:

COLUMBA
IN FORAMINIBUS PETRA
IN CAVERNA MACERIANE
OSTENDE FACIEM TUAM
SONET VOX TUA
MONSTRA TE ESSE MATREM
A.P. 1926. GIUSEPPE MOSCATI.

«Ven, paloma mía, que moras en las oquedades de las rocas, en los lugares escondidos de las peñas, muéstrame tu rostro, hazme sentir tu voz, muestra que eres Madre.»

Esa devoción, como todos los aspectos de su vida, estaba rectamente ordenada: no hay en su religiosidad ningún atisbo de pietismo. En una ocasión una monja del Hospital le pidió que llegara un poco antes al día siguiente, para participar en una función litúrgica que se iba a celebrar con ocasión de una fiesta de la Virgen. Moscati le dijo que no podía asegurárselo, pero que haría todo lo posible por asistir. La religiosa, sorprendida por la incertidumbre de la respuesta, le insistió:

—Profesor, ¡piense que se trata de la Virgen! Ella no debe echarle en falta...

—Hermana —replicó Moscati, calmadamente—, a Dios se le sirve trabajando.

La raíz de su fuerza

Otro de los grandes amores de su vida fue el amor a la Eucaristía. En 1926 aceptó una invitación de su amigo Quagliariello para pasar dos días en su casa de campo en Lecce. Buen conocedor de las costumbres de Moscati, Quagliariello procuró que el párroco de la zona les celebrase Misa en una capilla privada el primer día de su estancia, pero se olvidó recordarle que volviese al día siguiente. Al darse cuenta de esto, Moscati no quiso molestar a sus anfitriones: se levantó antes de que amaneciera, anduvo durante un buen trecho hasta Diso, un pueblo cercano, donde un sacerdote celebraba la Misa para las gentes del lugar a primera hora de la

mañana, y volvió de nuevo andando hasta la casa de los Quaglariello, ante la sorpresa de todos.

La Eucaristía era su principal «Medicina», su gran fuerza, como le explicó un día a Emilia Pavese, que le preguntó dónde encontraba la energía para hacer todo lo que hacía. En una ocasión le recetó a un joven que había desesperado de su curación, junto con el diagnóstico, una «cura de Eucaristía».

—¿Y eso en qué consiste?, le dijo aquel, sorprendido.

—Vaya al P. Aromatisi —contestó Moscati— del Gesù Nuovo y pregúntele cómo poner en práctica esta receta...

Alentaba a sus enfermos a la práctica frecuente del sacramento de la Penitencia. «Acérquese a Dios —solía aconsejar a sus pacientes, en un clima de amistad—, confiésese, comulgue: se sentirá mejor.» Uno de estos enfermos volvió al cabo de ocho meses, y Moscati nada más verle, le dijo con delicadeza, ante su sorpresa: «Usted no se ha confesado todavía...». En una ocasión Sor Alejandrina, una de las religiosas del Hospital, le contó que había intentado por mil modos y maneras que se confesase un anciano que iba a morir pronto de un cáncer de estómago, pero todo había sido en vano. Se acercaba el desenlace y aquel hombre no quería saber nada con Dios.

«El profesor Moscati —cuenta— se sentó junto a la camilla del enfermo y le estuvo hablando durante largo rato. ¿Qué le dijo? ¡Misterio!... El enfermo estuvo escuchándolo durante mucho tiempo asombrado, maravillado sin duda de que un médico como aquel, un doctor ilustre, tuviese una fe profunda y firme (...). Luego, ante la sorpresa de todos, el enfermo quiso confesarse y comulgar, y se acercó a los Sacramentos como un verdadero cristiano.»

«El médico —escribe Moscati— se encuentra además en una situación privilegiada, porque se encuentra con tanta frecuencia junto a las almas, que, a pesar de sus errores pasados (...), agobiadas por el dolor están ansiosas de encontrar aliento. Bienaventurado aquel médico que sabe comprender el misterio de estos corazones e inflamarlos de nuevo.»

Esta preocupación religiosa no era una especie de agua bendita esparcida sobre su ocupación profesional, ni tenía nada que ver con el «buen comportamiento ético» de ciertos médicos, que lo entienden sólo como un instrumento de autopromoción: la buena fama es «rentable». No; aquella preocupación abrazaba todas las esferas de su vida: Moscati sabía que la religión representa algo más que un consuelo circunstancial para el

que sufre, porque sólo cuando se posee una visión trascendente de la vida se es capaz de penetrar en el sentido más hondo del dolor. «El dolor y la muerte presentan su cara más hosca e incomprensible —recuerda Llano— cuando la imperante visión naturalista logra erradicar el aspecto religioso, que debe estar presente en un cuidado del enfermo que pretenda ser completo.»

Por esa razón, detestaba el uso que se hacía en aquella época —hoy felizmente superado— del sacramento de la Unción de los enfermos —que entonces se denominaba Extremaunción— convirtiéndolo, en palabras suyas, «en objeto de consternación y pavor». Lamentaba que muchas familias tuviesen la costumbre de llamar al sacerdote lo más tarde posible, cuando el enfermo estaba casi agonizante. En esa situación, el sacerdote, escribe Moscati, en vez «de ejercitar su ministerio de consuelo (...) se encuentra, a pesar suyo, con que le corresponde la parte más cruel y más aborrecida».

X. LA «SUBLIME MISIÓN»

«En el paciente, permite que siempre vea al hombre. Tú, el Todo Generoso, me has escogido a mí para vigilar la vida y la muerte de tus criaturas»

(Oración del médico judío Maimónides).

Don Erri

Una noche de 1901 un joven napolitano de veintiocho años debutaba en el famoso Teatro San Carlos de Nápoles, que había sido durante los siglos XVII y XVIII uno de los centros neurálgicos de la ciudad, cuando ésta era la capital de la música europea. La pieza era *Elisir d'amore*. Estaba inquieto y nervioso: era su primera aparición ante el público de su ciudad y ya se sabe que nadie es profeta en su tierra.

El público napolitano, habituado al estilo de Fernando de Lucia, reaccionó mal ante aquel recién llegado y el *debut* fue un fracaso rotundo. «Para cantar *Elisir* —escribió al día siguiente Saverio Procida en el diario *Pungolo*— hay que tener voz de tenor y no de barítono.»

El joven tenor acusó el golpe y días más tarde actuó de nuevo en el San Carlos con la *Manon* de Massenet. Esta vez la crítica lo aplaudió y el público se deshizo en alabanzas: había nacido un «divo», se dijo. Pero el joven tenor se prometió a sí mismo que sus paisanos jamás volverían a oírle cantar. Y asegura la leyenda que marchó a América despidiéndose de su tierra —tan amante de los pesebres navideños— con una frase de despecho: «El pesebre es bello, pero los pastores son malos».

* * *

La vida depara sorprendentes paradojas y Enrico Caruso —«don Erri», como era conocido mundialmente— no pudo cumplir su promesa. Veinte años después, cuando cantaba de nuevo *Elisir de amore* en el Musical Academy de Brooklyn, le sobrevino una fuerte hemorragia en plena actuación. Logró acabar la función a duras penas, y aquello fue el comienzo de una larga enfermedad que concluyó con una operación de pleuritis purulenta con resultado negativo. En vista de eso, decidió regresar a Italia para que lo reconocieran los grandes *doctori* de Nápoles y Roma.

Fiel a su promesa, no quiso residir en Nápoles. Se instaló en Sorrento, en el Hotel Tramontana, donde creyó que acabaría reponiéndose de sus dolencias. Le hablaron de Moscati y mandó llamarle. Éste, nada más reconocerle, le diagnosticó un absceso subfrénico. Una punción posterior en el bajo diafragma confirmó el diagnóstico.

Sin embargo, la enfermedad se encontraba en una fase tan avanzada que poco se podía remediar ya: lo único que logró Moscati fue constatar la verdadera naturaleza del mal. Antes de despedirse le dijo:

—Don *Errico*: Usted ha consultado todos los médicos, pero le falta uno...

—¿Quién?

—Jesucristo.

Don *Errico* comprendió, y dijo en voz baja:

—Profesor, haga usted lo que crea más conveniente.

A continuación, Moscati llamó a un sacerdote que le confesó y le administró los últimos Sacramentos.

Poco tiempo después, tras una visita a Pompeya, el gran tenor se sintió indispuerto. Decidieron llevarlo rápidamente a una clínica de urgencia; pero se vio obligado a descansar en Nápoles, y tuvo que alojarse en el Hotel Vesubio. Allí murió el 2 de agosto de 1921.

* * *

En el mismo Hotel Vesubio, un año más tarde —el 24 de octubre de 1922—, Benito Mussolini arengaba a una multitud exaltada de escuadristas y sindicalistas adictos. «Estamos —gritaba con retórica grandilocuente— en el punto en que la flecha parte del arco o en el que la cuerda del arco, demasiado tensa, se pone a disparar.»

A los pocos días, aquel antiguo maestro y periodista alcanzaba la cúpula del poder, y el 30 de octubre formaba, con gran astucia política, un gabinete de gobierno integrado por cuatro fascistas, dos populares del partido de don Sturzo y diez independientes. A continuación, los escuadrones de fascistas de todo el país se autoproclamaron «garantes del orden», y se convirtieron en «la milicia voluntaria para la seguridad del Estado». Comenzaba una nueva página de la historia de Italia; una nueva andadura política cuyas consecuencias muy pocos en aquel momento acertaban a vislumbrar.

La plenitud

Cuando el fascismo llegó al poder, Moscati se hallaba en la plenitud profesional. Su vida, desde el punto de vista médico, había sido una sucesión ininterrumpida de éxitos y su *currículum* académico justificaba con creces el gran prestigio del que gozaba: había sido nombrado asistente ordinario de Química Fisiológica, a los veintiocho años; «libero docente» en 1911; director suplente del Instituto Armani desde 1915 a 1920; dos años más tarde había obtenido la docencia, por méritos, en la asignatura de Clínica general. Sus clases despertaban tal interés entre sus alumnos que la Facultad Médica de Nápoles, a propuesta de doctores prestigiosos de la ciudad, como Cardarelli, Castellino, Boeri y Bottazzi, habían decidido incluir en su programa la Química Clínica, cuya enseñanza habían encargado a Moscati años antes por unanimidad. Sus colegas estaban convencidos —como recuerda el profesor Chianca— que era el sucesor de Cardarelli, por aquella «maravillosa cultura» que señalaba Pietro Capasso, por su capacidad de diagnóstico y sus grandes cualidades científicas y humanas.

Todo esto, que para cualquier otro médico podría haber sido motivo de envanecimiento («este segundo Cardarelli —se comentaba en los ambientes médicos— podría tener a Nápoles en un puño»), a Moscati le lle-vó, por el contrario, a la más profunda humildad. No convirtió su trabajo en un pedestal para encaramarse a sí mismo; no hizo del triunfo profesional el fin de su existencia: lo puso todo —trabajo, familia, futuro — a los pies de Aquel que era el único sentido de su vida.

* * *

Esta actitud ofrece un contraste significativo con la de algunos médicos de nuestro tiempo, que se mueven con frecuencia por valores muy diversos. Algunas veces son los llamados «resultados tangibles»; otras, la pura y simple búsqueda del éxito. Junto con una gran mayoría de médicos que ejercen abnegadamente su profesión, no faltan algunos cuya intensísima actividad es una manifestación, como apunta García Morato «de la angustia que engendra la necesidad imparable de no fracasar, haciéndose valer cuantitativamente. Una persona así, de ordinario no tiene tiempo para nada que no le sea propio. Se hace imposible atender a *cada* persona, sana o enferma, y dedicarle el tiempo necesario: es un tiempo muy poco productivo. Además, puestos a emplearlo en *tonterías*, siempre es más apetecible charlar en el cuarto de guardia u otras cosas similares. Por supuesto, sin dejar de hacer nada de lo previsto. Pero sin iniciativas excesivamente comprometedoras».

Y por contraste, prosigue García Morato, «¡cuánto fracaso en la vida de médicos y enfermeras! Y, sobre todo, ¡cuánto miedo al fracaso, en tantas ocasiones!: se siente la imperiosa necesidad de ocultarlo como sea, porque no se soporta. Una vida con fracasos... ¡es tan poco valiosa!».

Esta actitud, quizá latente en algunos médicos se manifiesta especialmente en su actitud ante los enfermos terminales, que parecen decir a médicos y enfermeras: *con toda vuestra ciencia, vuestros cuidados y vuestro prestigio, no podéis nada; os he ganado; sois unos inútiles*. Como denunciaba el hermano de un enfermo de cáncer: «Los médicos sabéis muy poco. Es verdad que sois los que tenéis más conocimientos acerca de las enfermedades, pero toda vuestra ciencia no llega ni a la tercera parte de lo que sería necesario conocer; y encima, ese tercio no se puede decir que lo sepáis demasiado bien. Sin embargo, a veces os entra la manía de hacer el papel de Dios. No acabo de entenderlo, con lo limitados que sois».

Sus honorarios

Sus colegas comentaban que podía haberse convertido en uno de los hombres más ricos de Nápoles al ver el número de gentes que acudían a su consulta; pero no parece que el principal objetivo de Moscati fuera enriquecerse. Una anécdota entre muchas: una vez le llamaron para que atendiese a una enferma; fue, dio las prescripciones oportunas y se marchó. A los pocos días le volvieron a llamar de nuevo y comprobó que

no habían hecho nada de lo que había indicado. Intuyó al momento la causa: en aquella casa, bajo unas falsas apariencias de desahogo económico, se vivía una pobreza vergonzante. Así que actuó a su modo: tomo aparte a los familiares, les riñó durante unos instantes, les recordó que cuando se llama al médico hay que seguir sus indicaciones, y se fue. Se quedaron consternados. Pero cuando removieron la almohada del enfermo, encontraron debajo un billete de 500 liras. Moscati, para no herirles, había sabido vestir su caridad de una aparente aspereza. Otro modo de proceder hubiese humillado a una familia que disfrutaba aparentemente, a los ojos de todos, de «cierta posición».

En otra ocasión tuvo que desplazarse cuatro veces a Portici —en transportes públicos, ya que no disponía de coche propio, como hemos dicho—, para atender a un chico durante su enfermedad. Al concluir, los familiares le dieron un sobre con sus honorarios, que tomó sin mirarlos. Durante el viaje de vuelta abrió el sobre: ¡Mil liras! Pensó que era una cantidad desorbitada para aquella familia; volvió de nuevo a la casa del enfermo y se quedó con lo que le parecía justo: doscientas liras.

Se veía a la legua que no trabajaba por dinero. Un día se presentó en su consulta un pobre muchacho que le explicó, en un italiano plagado de galicismos, que se había trasladado a Nápoles desde Marsella, donde vivía con toda su familia, porque a su madre le convenía un clima más favorable. Quería que fuese a verla, pero —le explicó— era mejor que le dijera antes cuánto les iba a cobrar, porque al ser una celebridad, no sabía si tendrían dinero para pagarle...

—Dígale a su madre —dijo Moscati— que mañana iré a visitarla a las seis y media.

—Perdone, doctor —comentó azorado el chico, pensando que no le había entendido—, es que me tiene que decir primero cuánto nos va a cobrar, porque nosotros no...

—Dígale a su madre —cortó Moscati en seco— que mañana iré a visitarla a las seis y media.

No podía concebir la «sublime misión» convertida en un negocio; sabía que el acto médico no puede tener como fin el lucro y se lo recordaba frecuentemente a sus alumnos. «¡Siempre están hablando de sus honorarios! —se quejaba, aludiendo a la actitud de algunos colegas—. ¡No piensan más que en eso, cuando es lo último en lo que hay que pensar!» No permitía, sin embargo, que a sus alumnos les privasen de sus correspondientes honorarios; sabía que es de justicia que el médico obtenga de

su ejercicio profesional lo necesario para vivir con desahogo y dignidad. Pero hacía compatible el ejercicio de ese derecho con un profundo espíritu de desprendimiento que sorprendía a sus colegas. Cuando lo acompañaban en sus consultas por los pueblos cercanos se asombraban de que se preocupase tanto del tiempo que iba a emplear, de la hora de partida y de vuelta, y tan poco del dinero que podría obtener.

Ese aprovechamiento del tiempo, unido a su preocupación por la puntualidad, es una de las múltiples manifestaciones del gran respeto deontológico de Moscati hacia sus pacientes, en contraste con esos médicos que, por inadvertencia, o quizá por arrogancia, piensan que el tiempo del enfermo carece de valor o que tiene un valor muy inferior al suyo propio. Es desgraciadamente habitual encontrarse con médicos que citan a deshora a sus pacientes, sometiéndolos a esperas interminables, sin reparar en las molestias, ansiedad o humillaciones que causan. «Las salas de espera de ciertas consultas —concluye Herranz— son una muestra de zafiedad deontológica.»

Cuando Moscati atendía a las pobres gentes que acudían a su consulta iba adecuando sus honorarios conforme a sus circunstancias económicas. Muchas veces no tenían con qué pagarle y no les cobraba nada. Y con frecuencia, les ayudaba económicamente. «En una ocasión —recordaba el doctor Brancaccio—, envié al profesor una mujer joven enferma de tuberculosis, con una nota en la que le explicaba la situación económica de la pobre enferma. El profesor la observó, indicó el tratamiento a seguir en un papel, no le cobró nada y la despidió; pero ésta descubrió después, con gran sorpresa, que había introducido en aquel papel, sin decirle nada, un billete de 50 liras. Al volverlo a ver, le agradecí aquel acto de caridad, y me dijo: ‘Por favor, no se lo diga a nadie’.»

XI. UN VIAJE AL EXTRANJERO

El congreso Internacional de Fisiología

Tenía razón Bergson cuando afirmaba que el tiempo vivido es muy diferente al que marcan los calendarios: desde 1916, año en que la Academia médico-quirúrgica, presidida por Carderelli, nombró a Moscati, por unanimidad, socio agregado, hasta 1923, habían pasado sólo siete años; siete años de tal intensidad de trabajo que equivalían al triple de cualquier otra persona. Ese tiempo había dejado una huella de cansancio que se evidenciaba palpablemente en su rostro. A sus 43 años, a pesar de su talante optimista y animoso, se le veía prematuramente envejecido. Sus hermanos estaban preocupados: le insistían continuamente en que descansara, pero no conseguían que disminuyera su ritmo de trabajo.

Se levantaba, como siempre, a primerísima hora de la mañana para asistir a la Santa Misa; trabajaba tres o cuatro horas en el Hospital; volvía a casa donde le aguardaban más enfermos. Seguía recorriendo a pie los barrios pobres visitando a los enfermos en sus casas. Y las llamadas para que acudiera a visitar a alguna persona fuera de la ciudad eran cada vez más frecuentes. Moscati procuraba evitarlas siempre que podía: no quería dejar de visitar diariamente a los enfermos del Hospital.

Trabajaba diez, once, doce horas cada día. Y como consecuencia, sus fuerzas flaqueaban y su vista se iba debilitando, cosa que le preocupaba porque temía que aquello acabara perjudicando su atención a los enfermos. Aunque procuraba poner orden en la marea humana que se agolpaba tras su consulta, no siempre lo conseguía. ¿Cómo dejar para mañana a aquella pobre mujer que había venido desde un pueblo lejano; a aquel hombre que le pedía que fuese urgentemente a atender a su esposa; a...? El único lugar donde no permitía que le interrumpieran era en la iglesia, cuando hacía un rato de oración o asistía a la Santa Misa. «En casa y en el Hospital —

explicaba— recibo y escucho a todo el que me necesita, pero durante el tiempo que paso en la iglesia, deseo que me dejen libre.»

—Peppino —le insistían sus hermanos una y otra vez—: ¿por qué no te vas a descansar una o dos semanas a Santa Lucía? Ya verás cómo vuelves con nuevas fuerzas...

Sabían que disfrutaba especialmente en la finca familiar que su familia poseía en Santa Lucía de Serino, en el Avellino, porque aquel lugar le traía buenos recuerdos de su infancia y su juventud. En alguna ocasión había dicho que aquel era el único lugar del mundo que elegiría para vivir. Le proponían fechas; las aceptaba; pero luego el exceso de trabajo acababa ganando la partida.

—Ahora no puedo. Tengo mucho trabajo. Quizá más adelante...

—Pero, Giuseppe, si dijiste que...

Imposible. Genaro, Nina, Eugenio, Domenico lo comprendían: aquello no era fruto de un activismo maniático, sino de su profundo sentido del deber; aquel descanso le planteaba un dilema de conciencia: ¿cómo podía abandonar, aunque fuera durante unos días, a los enfermos de su Hospital o las gentes que aguardaban, un día y otro, junto a la puerta de su consulta?

Al fin se presentó la excusa que buscaban: aquel año se celebraba en Edimburgo el Congreso Internacional de Fisiología, y el profesor Botazzi le animó fervientemente a que le acompañara: era una oportunidad magnífica para conocer a los hombres más prestigiosos en aquel ámbito científico y para ponerse al día en los últimos avances. Aquello redundaría en bien de sus enfermos.

Moscatti no acababa de decidirse. Sólo tomó la resolución cuando el P. Berilio, un sacerdote barnabita, sustituto del P. Pío con el que se confesaba habitualmente, se lo dijo de un modo fuerte y categórico: estaba agotado y debía emprender aquel viaje. Es más: descansar —le recordó— era para él «como un deber».

Dicho y hecho. Confió sus enfermos del Hospital a su asistente, Arcangelo de Maio, y el 18 de julio de 1923, a primera hora de la mañana, después de recibirla Comunión, se puso en marcha en dirección a Roma, junto con varios profesores de la Facultad de Medicina, como Quagliariello y de Blasi, además de Botazzi, que viajaba con su mujer y sus dos hijas pequeñas.

Contamos con una relación casi exhaustiva de este viaje porque Moscati, a pesar del estado de profundo cansancio en el que se encontraba, quiso reflejar por escrito todas sus impresiones para transmitir y compartir con sus hermanos, en la mayor medida posible, lo mejor de aquellos días que tomaba para sí.

«Dios —escribió el primer día en su cuaderno de notas, con un tono que refleja su profundo cansancio— había calmado desde hace tiempo las tempestades de mi corazón: me descorazonaba pensar que podía haber perdido el fruto de todo lo que había podido recoger en los años pasados... Dios ha alejado de mí las ocasiones del pecado y desde hace varios meses me ha dado, en su infinita ternura, una calma dulcísima; y hace pocos días leía en la biografía de la beata Teresa del Niño Jesús una frase hecha para mí: ‘Incluso el descorazonamiento, Dios mío, es pecado.’ ¡Sí, es un pecado de soberbia, porque me hace pensar que he podido creerme que he hecho grandes cosas! Cuando lo único que he hecho siempre es ser un siervo inútil.»

Roma

En Roma, tras saludar a varios conocidos, visitó con su amigo Quagliariello la Basílica de San Pedro, donde admiró el monumento a Pío X. «¡Bellísimo: el Papa, esculpido en un enorme bloque de blanquísimo mármol, alza la mirada y los brazos al Cielo, como para implorar protección sobre su grey!»

Dieron un largo paseo por la Ciudad Eterna. «Todas las metrópolis extranjeras —escribía, orgulloso— no pueden compararse con la gran Roma. Roma tiene siglos y sus monumentos son la escuela del arte; las ciudades extranjeras, grandiosas, enormes, son de ayer...»

A las diez de la noche —exactamente a las diez y veinticinco, como anotó con su precisión habitual— partieron para Turín. «Viene el profesor Lomonaco a saludarme afectuosamente a la estación. Me propone, un poco veladamente, que entre en el Consejo Técnico del Fascismo. ¡Bah!»

Turín

Durante el viaje le vino a la memoria la figura de Carlo de Cesare, un viejo amigo muerto en plena juventud, durante la Gran Guerra. «¡Quién

sabe —escribió— cuántos jóvenes como él fueron destrozados por la guerra europea! Yo he envejecido, he cambiado, unido a la gracia de Dios. ¡Qué profunda angustia humana y qué profundo abandono en la infinitud y en la eternidad de Dios!»

Tras una breve parada en Pisa, llegaron a Alessandria y por fin, a las 11 del día siguiente, a Turín. Llevaba muchas horas de tren y no había podido comulgar. «Hoy, Dios mío —anotó en su diario—, me he quedado sin Ti.»

Vieron la Sagrada Síndone. «Me he postrado —escribió— ante aquella reliquia insigne: me recordaba cuánto padeció Jesús por todos nosotros ¡y por mi!» Turín le trajo muchos recuerdos de su infancia: desde allí escribía su hermano Alberto; y allí fue su madre a atenderle cuando se enteraron de su terrible enfermedad.

«Virgen María —escribió—, Vos sabéis cuánto me he resistido a hacer este viaje, porque he perdido la alegría de vivir. La vida para mí es un deber: reunid Vos mis escasas fuerzas para convertirlas en un apostolado. Especialmente las cosas, las ambiciones quizá, me han desviado, quizá me han hecho aparecer como más poderoso en conocimiento y ciencia de lo que soy. El recuerdo de los tiempos felices y de los dolores de mi familia me reconfortan en mi oración, en mi abandono en Dios.»

París y Edimburgo

Después de una fatigosa noche en tren llegaron a París. Recorrieron admirados los grandes bulevares, los jardines y los grandes monumentos de la ciudad, que a Moscati le evocaron los de aquella Viena de la preguerra que había conocido en su anterior viaje al extranjero. Poco después partieron para Londres en tren a primera hora de la mañana. Tampoco aquel día pudo comulgar a causa de los rígidos horarios de Misas de la época: «¡Y hoy de nuevo —anotó, apenado— otra vez sin Ti, Dios mío!».

Cruzaron el Canal y el 22 de julio, a las nueve de la mañana, llegaron a Edimburgo. Moscati se alojó en Canaan Lane, la residencia de unos amigos ingleses: «Ventanas cuadradas, cerradas con un solo bastidor de madera con cristales dispuestos en ajedrez. El bastidor se abre y se cierra como los cristales de los compartimentos de los trenes».

El paisaje británico no le sedujo especialmente. Era, en sus gustos y preferencias, un mediterráneo amante de la fantasía y la imaginación: «Las ciudades inglesas parecen hechas en serie». A su genio latino le

desagradaba todo lo que supusiera monotonía y uniformidad: «Casitas agudas con cuatro chimeneas dispuestas en hilera... un pequeño jardín con malvas, un inevitable campo de deportes y un paisaje rural muy parecido al de Picardía». Tampoco la gran metrópolis inglesa le deslumbró: «¡Londres —escribió con cierta ironía— intenta parecerse a Roma en sus monumentos!».

Poco a poco el tono de sus cartas fue adquiriendo vitalidad, a medida que recobraba las fuerzas perdidas. Les comentaba por escrito a sus hermanos que, a pesar de la «uniforme, igual y monótona Inglaterra con sus campos todos iguales, sus pueblos hechos a semejanza unos de otros, sus casas idénticas, de un tinte rojizo, negruzco»; a pesar de las dificultades del idioma —«hacerse entender en Inglaterra no es nada fácil»—; a pesar del precio de los taxis, «destructores de chelines». Edimburgo le gustó, y se encontraba feliz en casa de su anfitrión, el doctor Nasmyth.

Nasmyth fue nombrado durante aquellos días Lord Provost (primer magistrado) de Edimburgo y con este motivo presentó a Moscati a sus numerosas amistades, entre las que había personalidades relevantes de la ciudad, como el cónsul italiano o los doctores Johnston y Matheson Cullen. Asistió también a la investidura de su amigo Filippo Bottazzi como *graduated* de la Universidad, en una solemne ceremonia en la que fueron investidos doctores *honoris causa* Richet, premio Nobel en 1912; Pawlow, Nobel en 1904; y Kossel, que había obtenido el Nobel en 1910.

Ya repuesto de su cansancio, en sus cartas se advierte de nuevo su genio cordial, vivo, culto, sencillo, alegre, amante de la belleza, sereno, abierto, algo nostálgico, y, siempre, profundamente italiano. «Hablaba ayer con mis anfitriones —escribía—, que son protestantes presbiterianos de W. Scott, y durante la noche, mientras escuchaba el rumor del viento, recordaba las emociones que sentía de adolescente al leer las novelas de W. Scott; pensaba que ahora estaba viviendo en un maravilloso castillo escocés sobre el mar del Norte y soñaba en el azul y en las delicias incomparables del Golfo de Nápoles.»

El 24 de julio almorzó en el club de los Tories, de los que formaba parte Lord Provost, y le recibió el Presidente del Congreso en la Universidad de Schöfer. Fue una entrevista inolvidable por diversas razones: una de ellas, fue su lucha íntima con un antiguo frac, que le venía estrecho; otra, sus pequeños apuros con la lengua de Shakespeare, que conocía bien, pero no practicaba habitualmente: «No te puedes imaginar —le escribía a Nina— cómo se agudiza el sentido acústico del lenguaje,

cuando uno necesita hacerse comprender, aquí, aislado, en el fin del mundo.»

Versalles

De vuelta a Italia pasaron de nuevo por París, donde admiró la educación y la finura de los franceses; aunque no de todos, porque en la capital de Francia se topó, como cualquier turista, con los timadores de turno. «Durante la tarde —escribía desde Versalles, el día 4 de agosto—, después de callejear por los bulevares y de haberme retirado con honor del Ritz (Plaza Vendôme), del Maxim's, etc., entré en el Ville.» Huyendo de Málaga llegó a Malagón: «Me di cuenta enseguida de que me había metido en una cueva de ladrones: tres camareros se abalanzaron sobre mí; un cuarto, vestido a la usanza de 1830, se abalanzó desde lo alto de una escalera para recoger mi sombrero; otro me trajo la carta de vinos con aire socarrón.

»Les expliqué enseguida que lo único que deseaba era comer, sencillamente, y sin nada de carne (era viernes). Y me escapé de aquel lugar, casi en ayunas, pagando 20 francos. Eran 15, pero al levantarme quise demostrarles a aquellos estafadores que los napolitanos somos más astutos que ellos, y además somos honrados; y le recordé al más untuoso de todos, que... se habían olvidado de cobrarnos un plato de patatas. ¡Conmoción general!

»El metro me devolvió de nuevo a mi mundo. Y esta mañana, después de haber estado en San Lamberto y después de haberte teleografiado, Mimi —le contaba a su hermano Domenico—, he ido al Instituto Pasteur, muy cercano a casa...».

Lourdes

Aprovechó la ocasión para pasar por Lourdes, y en el tren coincidió con otros pasajeros de diversa nacionalidad. «Todos los ingleses que me he ido encontrando —anotó— han tenido la amabilidad de decirme que pronunciaba muy bien su idioma. Los franceses me toman por uno del norte y algunos me sitúan todavía más arriba, al otro lado del Canal y me toman por inglés. Un francés, de barbita cuadrada, cosa que debía estar de moda en París hasta hace poco (...), me toma por un... polaco. ¡He tenido

que gritarles a todos —escribía con humor— que soy italiano, del país más bello del mundo!»

El 7 de agosto llegó a Lourdes. «El día anterior a mi llegada — consignó en su bloc de notas— tuvo lugar la estrepitosa curación de un paralítico, postrado desde hace 15 años, a causa de una fractura de la columna vertebral, que salió fuera de la piscina andando por su propio pie.»

Le impresionó profundamente la fe de los enfermos que acudían a rezar junto a la Gruta, la devoción a la Virgen y la procesión de las antorchas: «La enfermedad los transforma; pero aquella situación especial los sobrehumaniza. En medio de la plaza exclaman unos sacerdotes: ‘¡Señor, que crea!’; y el coro de enfermos repite: ‘¡Señor, que crea!’ y así continuamente. Un muchacho, en su silla de ruedas, rompe a llorar y grita: ‘¡Señor, que yo me cure!’».

XII. BORRASCAS Y TORMENTAS

«Aunque seas tan casto como el hielo y tan puro como la nieve, no escaparás a la calumnia»

(W. Shakespeare).

El Decreto Gentile

«Lo que rige al mundo es el temor a la verdad», escribió Amiel en su *Journal* el 1 de marzo de 1869. Si hubiera que sintetizar en pocas líneas la biografía de Moscati, habría que afirmar exactamente lo contrario: la verdad —la búsqueda de la verdad y la defensa de sus derechos— fue el principio fundamental por el que se rigió durante toda su vida.

Su amor inquebrantable a la verdad le impidió «acomodarse» a los convencionalismos hipócritas de un determinado *status quo* y a las injustas prerrogativas de ciertos miembros de la clase médica a la que pertenecía. No se conformó con desarrollar su profesión al ritmo sosegado de una ciudad provinciana, ni cayó en esa pasividad de algunos médicos que intentan justificar su actitud en la falta de ayuda oficial o en las dificultades materiales. Recuerda Castronuovo que puso todos los medios a su alcance para revitalizar el Instituto de Anatomía Patológica, que se encontraba en una situación de franca decadencia; creó nuevas secciones; renovó el material e impulsó constantemente las investigaciones en Biología y Bacteriología. Participó, en la medida de sus posibilidades, en diversos Congresos y reuniones; y a pesar del poco tiempo de que disponía, fue secretario del IV congreso de la Sociedad para el Progreso de las Ciencias; socio fundador de la Sociedad de Cultura, dependiente de los

Hospitales de Incurables; miembro de la Sociedad de Médicos y Naturalistas de Nápoles... En todos estos foros defendió sus convicciones con toda la energía de su carácter. Todo esto, como era de esperar, le trajo abundantes problemas. ¡Con lo cómodo que hubiese sido silenciar determinados abusos, mirar hacia otro lado o cruzarse de brazos, suspirando el conocido «no hay nada que hacer»!

No faltó quien le aconsejara que «no se metiera en problemas». Pero Moscati no se resignó nunca ante la injusticia: «Dios no puede permitir —decía— que la maldad humana destruya tantas cosas buenas».

Es el sino de las personas íntegras: su propia coherencia las acaba volviendo, en determinadas situaciones, profundamente incómodas. Ya recordaba Emerson que los héroes terminan convirtiéndose en seres molestos. Pero Moscati no podía callar, por ejemplo, ante el espectáculo de las oposiciones —amiguismos, injusticias, presiones de grupos— y luchó siempre para que las cátedras se proveyesen con criterios exclusivamente profesionales: «No más compromisos —escribía— en 1922—; no más homenajes a la ancianidad sin méritos y a las oposiciones arrebatadas con anterioridad». Pedía el «reconocimiento del valor absoluto, sin influencias de edad, de escuela, de sectas».

La lealtad no es una virtud fácil de llevar a la práctica; y la vida funciona de tal modo, como escribía Máximo Gorki en *Un incidente*, que la lealtad de una acción se encuentra siempre en oposición con sus ventajas. Tantas veces, lo más cómodo —algunos lo denominan «prudencia»— es callar.

Moscatti no se dejó llevar por esas falsas «prudencias». En 1923 se encontró frente a una decisión ministerial contra la que batalló con todas sus fuerzas. Giovanni Gentile se había hecho cargo un año antes del Ministerio de Instrucción Pública y había promovido un real decreto, con fecha del 30 de septiembre, por el que se reordenaba toda la escuela italiana, regulada hasta entonces por la ley Casati del 13 de noviembre de 1859. Con ese decreto, unido a otro que apareció pocos meses más tarde, el 10 de febrero de 1924, se pretendía suprimir, en la práctica, la libre enseñanza en los hospitales.

Era un ejemplo concreto del famoso dicho que asegura que la Medicina es demasiado importante para dejarla en manos de los médicos. Sin embargo, como confirma la experiencia, incluso en sus aspectos macroeconómicos y de planificación general, la Medicina presenta

problemas que requieren conocimientos médicos específicos para su resolución.

La reacción de Moscati no se hizo esperar. Aquello le preocupaba y le apenaba profundamente: «¡Saber que en Nápoles —escribía a Vincenzo Aloï— estamos amenazados con la ‘cliniquización’ de los hospitales! Una cosa horrenda, porque apagaría todos los focos de libre iniciativa y de enseñanza». Para evitarlo, escribió varias cartas —en las que no escatimaba las expresiones duras—, a todos los hombres influyentes que conocía, intentando detener aquel abuso. Uno de ellos era un conocido diputado, Antonio Casertano, al cual le transmitía «el sentir concorde de todo Nápoles»; otro, su amigo Benedetto Croce.

En su carta a Croce le hacía ver, con claridad y energía, que aquel decreto del gobierno, «tratando a Nápoles al mismo modo que a otras ciudades menores, ordenando que los profesores oficiales de clínica invadan los hospitales, expulsando al personal médico, autónomo, que ha accedido a sus puestos mediante una oposición, destruye la escuela floreciente, libre (la que ha hecho posible la formación clínica de un Cotugno, de un Claretti, de un Antonio Cardarelli y de otros más antiguos y recientes) y permite que el profesorado oficial se haga con el monopolio de la palestra clínica. ¡Supone lo mismo que cerrar todas las bibliotecas a los estudiosos, salvo para los que posean el *crisma* de la *oficialidad!*».

Pedía Moscati que se aplicara a Nápoles el mismo régimen de exención del que gozaba Roma (donde no se aplicaba el decreto) y concluía que era antijurídico aplicar el nuevo régimen a unos centros hospitalarios —como el Hospital de los Incurables— donde se había impartido desde hacía siglos una enseñanza privada de calidad.

Recordaba también las normas estatutarias que regulaban el funcionamiento del Hospital, establecidas personalmente por su fundadora, María Longo, como el secreto que se guardaba en la sección de Maternidad sobre la identidad de los recién nacidos, para favorecer la reeducación de las jóvenes. Y concluía haciendo ver lo peligroso que era, para el desarrollo de la Medicina, «crear una oligarquía clínica oficial, ante la cual se quiere obligar a inclinar a todo el pensamiento médico de una serie de generaciones».

No se conformó con escribir: quiso estar presente en todos los foros y las asambleas donde pudiera hacer valer su opinión. Participó, por ejemplo, en el coloquio que siguió al discurso que pronunció el Rector de la Universidad, Ferruccio Zambonini, gran defensor de la postura oficial.

En su réplica oral —cuyo contenido se conserva, ya que Moscati la consignó por escrito—, rebatía pormenorizadamente la argumentación del Rector, que consideraba que los Hospitales debían dedicarse «a la beneficencia y no a la enseñanza médica». Se consideraba, en definitiva, a la enseñanza universitaria en esos centros como un mal que había que eliminar.

Si la enseñanza se consideraba un mal —contraatacaba Moscati— era, en todo caso, un mal necesario, como la práctica de la autopsia para los que fallecían en los hospitales; práctica que —recordaba— se llevaba a cabo en muchos países, aunque no se había difundido del todo en Italia.

«Yo digo, por el contrario —rebatía con firmeza— que es un bien y por múltiples razones.» Allí donde se dé una enseñanza libre, decía, «no será el vínculo económico, ni el vínculo disciplinar lo que una estrechamente al médico con el enfermo, sino el interés didáctico (y el espíritu de caridad, que se da en tantos médicos).

»Por lo demás en todos los hospitales del mundo se enseña. En París los estudiantes no pueden graduarse sino después de un período de internado.

»Habla con los estudiantes —conminó al Rector, para concluir—; muéstrales la posibilidad de que se cierren las escuelas de Medicina y de Cirugía de los hospitales. Me gustará saber cómo será su protesta».

El secreto profesional

«Ama la verdad —había escrito en sus notas personales—, muéstrate como eres, sin fingimientos, sin temores, sin cuidados; y si la verdad te acarrea la persecución, acéptala; y si te acarrea tormentos, sopórtalos; y si por la verdad debes sacrificar te tú mismo y tu propia vida, sé fuerte en el sacrificio.»

Este amor a la verdad, como ya hemos señalado, le acarreó abundantes problemas y contradicciones. Recuerda G. Aromatizi que se le opusieron fuertemente «todos los médicos inscritos en la masonería, por su abierta profesión de fe cristiana, y también los que veían en él un audacísimo competidor, a pesar de su juventud».

Pero no hay que pensar sólo en sociedades secretas o en poderes ocultos. A Moscati, como a cualquier médico contemporáneo, no le faltaron los equívocos, las incomprensiones y las polémicas con enfermos descontentos, como pone de manifiesto esta carta en la que explica a un colega su actuación con dos señoras que le habían acusado de ser «poco caballeresco en su consulta».

Esa supuesta «falta de caballerosidad» no era, de hecho, más que una reacción de despecho por parte de aquellas damas, a las que no les había gustado que Moscati (que tenía prisa, porque debía tomar poco tiempo después un tren para Sarno) las hubiese tratado de forma rápida y expeditiva.

Sin embargo, la razón de fondo era otra. En un determinado momento le habían pedido datos sobre la enfermedad de una conocida y Moscati se había negado en redondo. No habían entendido aquellas señoras que obrar de otro modo hubiera supuesto para Moscati tanto como colaborar «con una acción de espionaje».

Fiel a este principio, Moscati no dio nunca a sus pacientes información alguna que pudiera rasgar, aunque fuera mínimamente, lo que Büchner definía como «el manto que protege la confianza entre el médico y el enfermo». Sabía, como recuerda el viejo aforismo, que no existe Medicina sin confianza, ni confianza sin confidencia, ni confidencia sin secreto; y guardaba el secreto profesional de un modo escrupuloso, «hasta el extremo de no decir ni siquiera a la señora lo que padece su doncella».

Este modo de actuar resulta plenamente ejemplar y correcto. El juramento hipocrático incluye este precepto: «Guardaré silencio sobre todo lo que, en mi consulta o fuera de ella, vea u oiga, que se refiera a la vida de los hombres y que no pueda ser divulgado. Mantendré en secreto todo lo que pueda ser vergonzoso si lo supiera la gente». Nada obligaba a Moscati a informar a aquellas dos curiosas.

No permitió jamás ni la menor injerencia en este aspecto del acto médico, tan amenazado hoy por la implantación del ordenador en los hospitales, por los bancos de datos de carácter clínico, por la práctica habitual de la Medicina en equipo, por la socialización de la Medicina imperante en tantos países, y sobre todo, por la pérdida creciente en la vida social del respeto a la intimidad y a la vida privada.

Este aspecto adquiere hoy una particular importancia porque «ninguna verdadera Medicina —como recuerda Herranz— es posible sin la confianza de que se guardará el secreto. En esto la Medicina se equipara a las otras grandes profesiones obligadas a custodiar la confidencialidad: ni el sacerdote, ni el abogado, ni el médico podrían cumplir su misión si quienes acuden a ellos no supieran que está asegurada la inviolabilidad del secreto de las confidencias que le hagan».

«De dos cosas no se me podrá acusar nunca —concluía tajantemente Moscati en la carta a su colega—: 1) De haber sido poco caballeresco con las señoras; 2) de haber violado nunca el secreto profesional.»

* * *

De todos modos, cuando le era posible, prefería resolver esas *curiosidades* impertinentes por la vía del humor. Una vez, por ejemplo, fue al convento de Santa Clara para atender a un sacerdote. Al salir, ya en la iglesia, una anciana le preguntó qué enfermedad padecía.

—¡Peste bubónica! —exclamó Moscati, ante el asombro de aquélla, tapándose la boca para no soltar la carcajada.

Una invitación al duelo

La mayoría de los ataques que sufrió a lo largo de su vida, sin embargo, provinieron, como acaece desgraciadamente con cierta frecuencia, de sus propios amigos. Las causas fueron muchas y muy variadas; pero suelen proceder del orgullo, de la envidia y el despecho. El caso de Bernardino Fusco es un buen ejemplo. Este señor, hijo de un buen amigo de Moscati, había recomendado a un conocido suyo que llevara a su señora —a la que habían diagnosticado un tumor— a la consulta de Moscati y le había dado una carta de presentación para él.

Moscatti reconoció a la señora y echó por tierra el diagnóstico anterior: no padecía más que una pequeña enfermedad sin importancia. A su vuelta, el matrimonio le refirió a Fusco lo sucedido, malinterpretando las palabras y consejos de Moscati; y Fusco escribió a Moscati retándole nada menos que... a un duelo.

«El otro día te escribí una carta —escribía irritado Fusco—, en la que te presentaba a un amigo mío, que acudía a ti para que reconocieses a su señora. Hoy ha vuelto y me ha contado el modo con el que ha sido tratado.

»Al verlo hablar perplejo y titubeante, he querido enterarme a fondo de todo y sólo tras de mis peticiones incesantes me ha confesado todo el dolor que sentía por el modo... curioso con el que había sido tratado. No bastó mi carta de presentación para concederle prioridad en la visita, sino que necesitó darle una baja suma a alguien de tu personal. Yo creía que cuando estuviese contigo este amigo mío para que reconocieses a su señora, se iba a encontrar con una luminaria de la ciencia; ¡pero no podía creer jamás que se iba a encontrar con un imbécil!»

El tono insultante del escrito iba creciendo por momentos. «El saludo que me has mandado —proseguía Fusco— con ese ‘que se confiese’, dicho de un modo grosero, propio de personas con las que no acostumbro a tratar, te lo devuelvo, porque si alguno de nosotros dos debe confesarse, ese eres tú, por todo el mal que has hecho en una familia a la que has quitado la paz.

»Por lo que a mi se refiere, solo te diré que soy el único responsable de mis actos ante Dios; da tú cuenta de los tuyos a tu Dios, cualquiera que sea, que te condenará por esa forma de entender la religión a tu manera.

»No sé cómo clasificarte, por toda la náusea que me ha producido tu modo de obrar; pero quiero recordarte que no ha acabado nuestra partida (...)

»Espero una respuesta tuya el día 25 (para un eventual arreglo de cuentas).»

Moscatti le contestó poco después con su habitual comprensión:

«Querido Bernardino: tu carta no ha logrado alterar mi serenidad: soy bastante más viejo que tú y comprendo ciertos estados de ánimo; soy un cristiano y (...) recuerdo una máxima de Bourgel: ‘el más anciano debe tener la cordura de los dos’.

»Te aseguro que no me ofendo por lo que me has escrito y tu carta no logra invalidar el afecto que siento hacia tu padre (que hace algún tiempo estuvo conmigo) y por tus parientes (...), afecto que revierto hacia ti.

«Evidentemente, estás mal informado y sufres un equívoco. Acogí cordialmente al amigo que me enviaste y a su señora (no sé qué turno siguieron las visitas, porque es cosa de la que se ocupa el que está en la puerta, no yo, que estoy encerrado en la salita de consultas).

»Te repito, ya que no se trata de ningún secreto, lo que les dije a ellos y estaría bien que tú les recordaras: que la señora está perfectamente sana; sólo está obsesionada con que padece una grave enfermedad intestinal. En estos casos de ideas fijas es necesario ser preciso y franco (el médico que no lo hace alimenta la idea fija). Por esa razón —siguiendo este precepto médico— reprimí a la señora por haberse obsesionado con el temor de una pretendida enfermedad.

»Tengo por costumbre hablarle a los enfermos de cosas que no se refieran sólo al cuerpo, porque ellos también tienen alma.»

Le explicaba a continuación cómo el marido, «tan premuroso, tan afectuoso, no es el enfermero más indicado para este tipo de enfermedad,

porque, de un modo involuntario, al darle un afecto excesivo, tiende a consolidar la idea obsesiva de su mujer.

«Recuerdo que todas mis palabras y la consulta duraron muchísimo tiempo. Su objeto era romper un encantamiento, polarizar hacia otro punto las preocupaciones del marido y de su mujer. ¿Lo conseguí? En aquel momento creía que sí, porque el marido me pidió permiso para volver de nuevo a consultarme, a lo que le respondí que estaba siempre a sus órdenes; pero ahora me doy cuenta de que mis palabras, que querían darles tranquilidad y paz, han producido el efecto contrario, al menos, por ahora; pero verás que enseguida surtirán efecto, porque al principio estos enfermos reaccionan contra el médico, refugiándose en ideas de este tipo: verdaderamente me encuentro mal, tengo ardor en el estómago, siento esto, siento lo otro y muchas veces se convencen de esto.

» (...) Intenté no sólo atenderla —continuaba explicando—, sino curarla. Te envié por medio de ellos mis más afectuosos saludos; lo que no comprendo es cómo estos saludos te han podido llegar tan deformados.

» ‘Que se confiese’ fue lo que yo les dije que te dijeran. según ellos; pero esto es falso: lo que yo dije fue confiésese usted, señora’. Ahí está el equívoco.

»Por lo demás, en este mundo no se recogen más que ingratitudes y no hay que asombrarse de nada.

»Di también a tu amigo que no pierda la cabeza con medicinas y médicos, porque la pura verdad sobre el estado de la mujer es el que te acabo de exponer».

* * *

Las confusiones y malinterpretaciones de este tipo fueron sucediéndose a lo largo de su vida, hasta el punto de que en 1924 un colega llegó a denunciarle por una supuesta difamación de Moscati proferida contra él. Esto no debe extrañar: Moscati vivía, como tantos médicos, en medio de un hervidero de chismes, murmuraciones, maledicencias, suposiciones y calumnias. En vista de la situación, se vio obligado a dirigir una carta al Presidente de Orden de Sanidad, donde explicaba todo lo sucedido. Concluía su carta con estas palabras: «Se derrumba así todo el castillo construido (por el colega) y la difamación que dice que he proferido contra él, porque en las reuniones en torno al enfermo, en las que participaban mis discípulos, no se hablaba más que de la enfermedad, aparte de que no es mi costumbre, ni la de ellos, perder el

tiempo en tonterías y maledicencias inútiles, porque este tiempo debe emplearse en el estudio. Los que me conocen saben bien que no consiento que se gasten energías inútiles

en esas cosas, y que prefiero no juzgar, especialmente a los colegas».

En defensa de sus amigos

A pesar de la dureza, la falsedad y la injusticia de las acusaciones y calumnias que sufrió, en todos los debates en los que intervino sobresalió siempre por su rectitud, su sinceridad y su espíritu sobrenatural. Presentaba las cuestiones más duras con franqueza y al mismo tiempo con una frase amable que limaba las aristas hirientes.

Había sin embargo una situación concreta en la que su pluma cobraba particular fuerza: era cuando se veía obligado a defender la fama de algún colega injustamente atacado. Entonces la fuerza su carácter, su sentido de la justicia y su profunda fidelidad a los lazos de la amistad se desplegaban con todo su vigor.

«En un período de mi vida —recuerda Botazzi— comencé a recibir unas acusaciones anónimas que decían que yo me había quedado con los sueldos de algunos de mis asistentes, a los cuales les habría dado, en compensación, la facultad de usar del título, sin que hubiesen prestado servicio alguno en el Instituto de Fisiología. Cuando Giuseppe Moscati se enteró de aquellas acusaciones, se quedó profundamente afectado y dolorido. Pero nunca vi en él una reacción de enfado: permaneció siempre sereno. Convocó por su cuenta a los asistentes a los que se citaba en los anónimos y les invitó a firmar una protesta vibrante y oportuna, que escribió por entero de su puño y letra: una protesta en la que demostraba que eran absolutamente falsos y calumniosos todos aquellos infundios que decían de mí, en cuanto Director del Instituto de Fisiología.»

El palazzo Zapata-Berio

Sería muy largo precisar todos los debates en los que intervino; recordaremos sólo las polémicas más singulares, como la que giró en torno al futuro del palazzo Zapata-Berio, situado en la antigua plaza de San Fernando. Le habían nombrado miembro de una Comisión compuesta por médicos muy prestigiosos de Nápoles, como Napoli Bianchi, Corrado, Jappelli, Pascale, De Giaxa y Miranda, para dilucidar la conveniencia o no de vender aquel espléndido edificio, que era en su opinión «il piú bel palazzo di Napoli».

Participó activamente en aquella polémica. «Si Vd. —escribía al senador D'Andrea— tuviese una mentalidad a la antigua podría recriminarme por inmiscuirme en asuntos que no me conciernen; pero Vd. es un demócrata, en el sentido puro y noble de la palabra, y comprende la necesidad, completamente moderna, de los debates.» No era una mera cuestión de orgullo profesional; aquella venta constituía, para él, una decisión llena de responsabilidad histórica: el palacio había sido construido en 1610 por el Cardenal Antonio Zapata, Arzobispo de Burgos y virrey de Felipe IV en Nápoles, y tras diversas peripecias había sido donado en 1822 por Domenico Cotugno, antiguo Rector de la Universidad napolitana, que lo había hecho restaurar para que se acomodase a su fin, estrictamente médico. No tenía sentido —pensaba Moscati— privarle ahora de aquella finalidad.

También se oponía a aquella venta movido por su visión realista de los hechos. Explicaba así su postura: la venta de aquel palacio, que podía parecer ventajosa a primera vista, constituía un error desde una perspectiva económica: ¿Quién podía predecir el valor que podía tener, en el futuro, aquel edificio? «La guerra —recordaba— ¡nos ha enseñado tanta prudencia en materia financiera!»

Su petición cayó en el vacío: el palacio se malvendió a un precio irrisorio a una sociedad, que lo revendió, poco más tarde, en distintos lotes.

Aquí estuvo Nápoles

Otro de los debates en los que intervino fue de carácter urbanístico y pone de manifiesto lo que hoy llamaríamos «sensibilidad ecológica» de Moscati. Desde 1919, al finalizar la Gran Guerra, se venía hablando de aplicar a Nápoles un esquema «racional», similar al de otras grandes ciudades europeas. Había tenido lugar un amplio debate, que los miembros del Alto Comisariado, creado en 1925 por el gobierno fascista para Nápoles y provincia, decidieron concluir por la vía de los hechos; y de un modo no excesivamente democrático. Este Comisariado, que se ocupaba de la gestión financiera, técnica y administrativa de las obras públicas, concluyó que había que sacrificar la legítima autonomía de la iniciativa local en favor de lo que denominaban una «mayor eficiencia para la pronta realización de las obras». Esta «mayor eficiencia» significaba, en la práctica, derruir gran parte de los viejos monumentos de la ciudad para abrir las nuevas vías de comunicación.

Moscato reaccionó enérgicamente frente a esta furia demoledora: pensaba que la aplicación, sin más, de unos modelos urbanísticos racionales y fríos llevaría a la pérdida del rostro característico de la ciudad y envió al Ayuntamiento un escrito en el que daba las líneas generales de un plan de urbanismo y sugería soluciones concretas en las que se conciliaban las necesidades de una ciudad moderna con el respeto por el pasado.

Comenzaba su carta con un augurio pesimista: «Ni los terremotos, ni el Vesubio podrán destruir nunca Nápoles... sino los napolitanos. Lo poco que queda intacto de las pendientes y de los montes, salvado de la manía constructora de los comerciantes, desaparecerá en breve. Tantas cosas históricas, los más bellos palacios y villas, están amenazados por el azadón de los planes urbanísticos; y los ediles, llamémoslos así, encargados de proteger la estética de la ciudad y el paisaje, se asemejan a perros dormidos que dejan robar».

«Ahora —proseguía— todo está permitido: levantar rascacielos, construir en la cima de las colinas, derribar parques antiguos para construir cuarteles... Y la hermosa Nápoles se va muriendo, asfixiada entre montones de casas...»

«El emigrante que vuelva a Nápoles dentro de treinta años —concluía, tras sugerir diversas soluciones para custodiar el antiguo centro de Nápoles—, ya no podrá emocionarse más con el divino espectáculo de la Partenope verde y florida, asomada sobre el mar; y en vez de contemplar las colinas, verá sólo un gran cuartelón con forma de anfiteatro y miles de ventanas; y repetirá aterrorizado las palabras de la profecía: ‘Aquí estuvo Nápoles’.»

Desgraciadamente no se le escuchó. Y hoy se puede leer en un libro turístico de Nápoles, editado por el Touring Club italiano en 1985, estas palabras: «La colina del Vomero, en otro tiempo famosa por su arbolado y sus villas señoriales, está ocupada hoy por un barrio enorme, que ha ido creciendo en los últimos decenios. Un verdadero disparate constructivo, fruto de la falta de un plan urbanístico ordenado del desarrollo de la ciudad».

XIII. LUCES Y SOMBRAS

Luis XIV: Monsieur Molière, ¿cómo hace para conocer tan bien el corazón humano? Molière: Señor, he sufrido.

Compréndame, Moscati

«Dios nos lo ha dado todo y nos pedirá cuenta —escribía Moscati a un amigo— de cómo hemos hecho rendir sus dones. Bienaventurados nosotros, los médicos, que nos vemos incapaces tantas veces de alejar una enfermedad; bienaventurados nosotros si recordamos que además de cuerpos tenemos frente a nosotros almas inmortales, divinas, a las que debemos amar como a nosotros mismos, como nos urge el precepto evangélico: eso es lo que debe alegrarnos y no el hecho de sentirnos capaces de sanar un mal físico (cuando tantas veces la experiencia demuestra... ¡que el mal se cura por sí solo!).»

En el epistolario de Moscati se pone de manifiesto su gran capacidad para la amistad y su carácter alegre y sereno, siempre alentador, positivo y cordial. «No he tenido nunca preocupación alguna por su salud corporal —escribía a un antiguo paciente suyo, el Sr. Marangi— porque le he encontrado, a pesar de sus pequeños achaques, fuerte siempre, pero... ¡me inquietaba tanto su salud espiritual! No me podía haber proporcionado una alegría mayor que la que me dio con su carta, en la que me comunicaba la noticia de su recuperada salud espiritual. ¡Como usted ha tenido siempre mucha devoción por la Virgen Inmaculada, Ella lo ha llamado! Se lo merecía, porque su vida ha estado siempre inspirada por las buenas obras...»

En los corrillos del Hospital se aseguraba que no había enfermo que pasara por su consulta al que no le hablara, de un modo u otro, de mejorar en su vida cristiana. Esto suscitaba a su alrededor todo tipo de opiniones. A unos les gustaba; a otros les exasperaba; a otros, les daba exactamente igual. Pero éstos últimos eran los menos. Y un buen día, un colega se creyó en la obligación de prevenirle: aquel celo podría estropearle una carrera tan prometedora como la suya. Era ya una celebridad en la Medicina local y debía darse cuenta que...

—Compréndame, Moscati —le decían, bajando el tono de voz—, no es, no es... conveniente, vamos a llamarlo así, que aconseje usted tanto a los enfermos que vayan a confesarse o a comulgar. Eso no es más que meterse en problemas innecesarios. Hay gente que puede tomárselo mal. Debe comprenderlo. ¡Si supiera las cosas que se dicen de usted por los pasillos del Hospital...!

Sin embargo, a Moscati no parecían importarle mucho las inevitables murmuraciones del Hospital; escuchaba con calma a sus *prudentes* consejeros, contestaba que «todo lo que hacemos y trabajamos debe referirse en primer lugar al Señor», y seguía actuando igual que siempre. Sabía que ninguna potestad humana —administrativa o profesional— tenía derecho a obligarle a actuar en contra de sus convicciones; y estaba firmemente convencido de que, en cuanto médico, su tarea era ayudar a la curación del hombre entero, en todas sus facetas: no podía olvidar que en la raíz de muchas enfermedades late un desorden moral o espiritual.

Sabía también que, con frecuencia, son mucho más dolorosos los padecimientos del alma que los padecimientos puramente físicos; que muchas madres sufren más por no poder atender a sus hijos que por su propia enfermedad; que las penas de tantos ancianos nacen del costado doloroso de la soledad en la que le han dejado los suyos; que los fracasos afectivos, al caer como una losa sobre el cuerpo, lo magullan misteriosamente y algunas dolencias corporales no son más que su triste eco...

Intentaba ayudar a sus enfermos tanto en el cuerpo como en el alma, con un gran respeto a su libertad, dándoles una respuesta reconfortante y verdadera —no una mentira piadosa— para una de las preguntas más decisivas del hombre, la que hunde sus raíces en uno de los misterios más profundos de la existencia humana: ¿Qué sentido tiene este sufrimiento? ¿Por qué me ha tocado *precisamente a mí*?

Se esforzaba por dar a cada uno de sus enfermos una palabra de esperanza, para lograr que aquellos padecimientos sirvieran para su

purificación interior, para su conversión o para un encuentro con Dios. Con su recomendación de que acudieran a los sacramentos de la Eucaristía y de la Confesión, les ayudaba a abrir su corazón a Aquel que les hablaba desde el mismo centro del dolor. Y no se contentaba con una recomendación genérica: con frecuencia —como recuerda el Padre Aromatisi— los preparaba personalmente para recibir aquellos Sacramentos.

La gran mayoría de sus enfermos eran católicos y acogían bien esas recomendaciones, dichas en un clima de amistad. Siempre, dentro del respeto a todas las creencias, trataba de acercar a todos a Dios.

Esto no suponía alterar el fin médico de la relación entre el médico y el enfermo, que se circunscribe al hecho de curar la enfermedad, aliviar el sufrimiento o evitar la muerte. Jamás se valió de su posición para influir abusivamente en las convicciones de los pacientes; no era un fanático y no hay que juzgar estas actitudes como propias de un paternalismo caduco. No había nada en sus palabras de superioridad, arrogancia, manipulación ideológica, engaño o abuso mental. Tenía un respeto «religioso» por la libertad de sus pacientes; pero esa actitud no le llevaba a esa falsa concepción del «respeto» que lleva, en la práctica médica, a la indiferencia o al desinterés por el otro. «Respetar —recuerda Herranz— no consiste sólo en no interferir, en mantenerse al margen, en aceptar al hombre como un fin en sí mismo y en no degradarlo a la condición de medio, tal como lo exige la ética kantiana. Respetar es, además de todo eso, honrar, venerar y servir al hombre en su dimensión trascendente de *imago Dei*. Ese respeto a la hechura de Dios en cada hombre nos llevará, en ocasiones, a cuidar del paciente más de lo que él, en las circunstancias críticas de la enfermedad, puede cuidarse a sí mismo y a constituirnos en respetuosos guardianes de su autenticidad, esto es, de su capacidad, debilitada o suspendida por la enfermedad, de obrar en conformidad con sus genuinas y profundas convicciones.»

Y, además, como recuerda este autor, nada impide, desde el punto de vista deontológico, que el médico tenga, al margen de su relación profesional o aun dentro de ella, si el paciente lo acepta o lo desea, una conversación en la que se traten asuntos personales. En esa situación el médico desempeña dos funciones diferentes: la de médico y la de amigo. «Nada hay que objetar a ello si el médico cuida de mantener una estricta separación entre esas dos funciones, de modo que uno y otro puedan distinguir cuándo está actuando como médico y cuándo lo hace como amigo.»

De todos modos, sus *prudentes* consejeros no iban muy descaminados: aquel modo de actuar le acarrearía problemas. Y un día, un médico al que no le agradaba su comportamiento, publicó un breve opúsculo en el que le criticaba tendenciosamente. Al caer aquel papel en manos de un amigo de Moscati, Silvestro Roberto, se irritó sobremanera y fue a contárselo, diciéndole que estaba dispuesto a cortar de cuajo todas aquellas habladurías, por el medio que fuese. Moscati agradeció su afecto, pero le rogó que no hiciera nada. Prefería ignorar todo aquello. «Pertenezco —le explicó—, después de tantas controversias, a los que optan por no enterarse, para no hacerme mala sangre.» Es más, le pidió que no le hablara más de aquel asunto en el futuro, para no dar pie a ningún sentimiento de rencor.

Dos caminos

No le faltaron tampoco, en la vida cotidiana del Hospital, ironías, zancadillas, pullas y burlas punzantes. Un día unos colegas suyos decidieron gastarle una «broma pesada» —llamémosla generosamente así—, una añagaza llena de tosca vulgaridad, sólo para divertirse: le dijeron que fuera a ver rápidamente a una enferma grave que era, en realidad, una mujer de mala vida.

Según su costumbre, Moscati acudió rápidamente al lugar; y en cuanto se dio cuenta de quién era la presunta enferma y dónde se encontraba, se fue inmediatamente.

No guardó rencor por este suceso. «Acuérdate de olvidar», recordaba Alain, y Moscati se guiaba por este principio, a pesar de la bajeza de estas actuaciones. Pensaba que es «mejor ignorar, es mejor extender un velo de sano optimismo sobre las faltas de los propios hermanos y contemplarlo todo con una mirada plena de bondad luminosa». No albergaba en su corazón ese «memorial de agravios», compuesto por susceptibilidades y resentimientos, pequeños y grandes, que suelen coleccionar las almas soberbias y que tanto obstaculizan las buenas relaciones en el trabajo profesional. En una ocasión una joven del Hospital le contó uno de los agravios que había recibido por parte de sus superiores y Moscati la atajó, diciéndole: «Señorita, cuando yo deseo obtener una gracia especial del Señor, procuro practicar con mayor empeño la virtud de la humildad, y el Señor, en su misericordia, siempre me la concede».

En otra ocasión iba por la calle en compañía de un amigo y se encontró con un desconocido que empezó a charlar amigablemente con ellos, pero al presentarle a Moscati se irritó, comenzó a recriminarle y acabó por insultarle toscamente.

Es en estas situaciones donde se revela la calidad de un alma: Moscati soportó aquella situación humillante con paciencia y se despidió. Pero en cuanto Genaro, su hermano mayor, se enteró de lo que había sucedido, puso el grito en el cielo y dijo que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa contra aquel sujeto.

—Déjalo, déjalo, Genaro —lo apaciguó Giuseppe—, si yo merecía eso y mucho más...

Con esa frase había desvelado, sin querer, la profunda humildad de su alma. Como escribía en una carta a su gran amigo Bartolo Longo³, ésta es una de las manifestaciones más profundas de humildad: complacerse en las humillaciones y sentir pena por recibir alabanzas. «Cuando se ama al Señor —escribía— se desean y se aman los padecimientos.» «El Señor me ha concedido una gran gracia —reconocía— que es la de comprender que Él es todo y que yo no soy nada.»

No se engreía tampoco al contemplar cómo se curaban sus enfermos gracias a su gran competencia profesional, ni cuando sus antiguos pacientes venían a agradecerle sus cuidados entre grandes alabanzas. «Agradecemoselo al Señor —replicaba—, que es el único que sabe hacer cosas buenas.» Y les recordaba que «no somos más que instrumentos en sus manos».

«¿Quieres sabor —decía a una joven huérfana de Pompei— cuál es la virtud con la que se avanza con más facilidad en el camino de la perfección? La primera es la humildad, la segunda es la humildad, la tercera es la humildad. Y si me lo preguntases de nuevo te respondería: siempre la humildad.»

Silencios expresivos

Poseía una humildad auténtica y no esas caricaturas —la falsa humildad del apocado, del pusilánime, del bobo— que han deformado el

³ Giuseppe Moscati fue durante años médico de cabecera de Bartolo Longo, con el que sostuvo una larga correspondencia, recogida por Marranzini. El 3 de octubre de 1975 Pablo VI declaró la heroicidad de virtudes de este laico italiano, gran amigo de Moscati.

rostro verdadero de esta virtud cristiana. En los escritos y en los hechos de Moscati esa humildad tiene los rasgos propios y genuinos de un cristiano que vive en medio del mundo. Por ejemplo, no dejó nunca, por falsa «humildad», de defender sus propios derechos, ni de denunciar con energía los abusos que se fue encontrando en su ejercicio profesional; y se opuso siempre, como recordaba Juan Pablo II, con todo el vigor y la fortaleza de su carácter, a los comportamientos contrarios a la ética profesional o que podían perjudicar a sus enfermos o a sus alumnos. En una larguísima carta a Vito Antonio Berardi, en la que analizaba detenidamente los errores de la futura regulación del servicio sanitario, criticaba los «viejos abusos, que con el tiempo se convierten en derechos adquiridos» y le hacía ver que no basta con poner sólo buena intención a la hora de resolver las cuestiones de carácter profesional: es necesario poseer «una profunda y serena» comprensión de la realidad hospitalaria.

En esos casos supo hacer compatible la defensa de sus derechos — con toda la energía que el caso requiriese, como se puede comprobar en su epistolario— con una gran delicadeza en el trato con los demás. Sus alumnos atestiguan que nunca se sirvió de su ciencia ni de su experiencia para humillar a nadie. Esto resulta particularmente significativo en una profesión en la que no corregir no es un signo de delicadeza, sino de cobardía. Los profesionales de la Medicina saben bien que cuando se transige en pequeños detalles de negligencia, el ejercicio profesional — como advierte Pardo— acaba «degradándose y al final se consideran normales acciones que reflejan falta de consideración con el enfermo. Lo que puede comenzar siendo un ‘sea por esta vez’ termina constituyéndose en rutina de trabajo».

Era una celebridad; se pedía su opinión en las cuestiones decisivas del Hospital y, sin embargo, nunca adoptó esa postura arrogante de los que se erigen en «conciencia crítica» de sus compañeros de trabajo: en las reuniones con sus colegas no tomaba nunca la palabra el primero, aunque habitualmente fuese el primero en descubrir la verdadera naturaleza de las enfermedades que se le presentaban: dejaba que otros lo hiciesen antes y luego daba, respetuosamente, su diagnóstico. Y cuando se encontraba con un diagnóstico equivocado, o manifiestamente disparatado, actuaba con gran tacto y discreción. Un ejemplo entre muchos: en una ocasión un colega le comentó que había diagnosticado a una señora un tumor en el hígado. Le había dicho a aquella paciente que no había posibilidad de operarla, «porque moriría en breve tras atroces sufrimientos».

Moscatti reconoció a la enferma y le explicó que padecía sólo un poco de albúmina, complicada con una pequeña enfermedad. Guardó silencio y no hizo ningún comentario —por justificado que fuera— que supusiese dejar en mal lugar a su colega.

Este modo de actuar responde plenamente a la deontología médica que exige que de las diferencias de opinión no se derive un daño o un escándalo para el paciente, ni ofensas personales entre los médicos. Aunque muchas veces esas reacciones nazcan del celo por el bien de los enfermos, nunca está justificado injuriar a un colega, ni siquiera de forma indirecta o sutil.

Se comportaba del mismo modo con sus discípulos ¡Le hubiera sido tan fácil abrumarlos con su sabiduría, con su larga experiencia clínica! No lo hizo nunca; los dejaba hablar, les preguntaba su parecer, y daba siempre el último, con sencillez, sin humillar, su opinión.

Este modo de actuar, ponderado y comprensivo, explica que muchos —alumnos, colegas, amigos, pacientes, conocidos— acudieran a él pidiéndole consejo sobre los temas más diversos; desde cuestiones específicamente médicas, hasta asuntos de carácter material, humano, o de tipo espiritual. Por ejemplo, el senador Francesco Azzariti le escribió pidiéndole su parecer sobre un problema familiar. Un hijo suyo, para el que tenía muchos proyectos de futuro, le había manifestado su deseo de entregarse a Dios. Él no se oponía a su vocación, pero le había aconsejado que esperara a terminar la carrera de Derecho. El hijo, por su parte, escribió también a Moscatti pidiéndole que le ayudara a convencer a sus padres.

En su larga carta de contestación, Moscatti explicaba al senador que comprendía su actitud, pero les animaba, tanto a él como a su esposa, a obrar de un modo más sobrenatural y generoso con Dios. Les hacía ver los riesgos de sus consejos. «Muchos jóvenes en un momento de debilidad, ceden ante las exhortaciones de sus padres para beber un poco en el agua que corre a su alrededor y dejan una espiral abierta en el corazón, a través de la cual se insinúan todas las angustias de la sensualidad: ¡los padres son responsables de tantas cosas!»

El senador respondió con otra carta en la que fue rebatiendo cada uno de sus argumentos; y Moscatti volvió a escribirle de nuevo: «Los padres (hablo en general, no en el caso actual) —le decía— deben analizar bien los sentimientos de su corazón, porque el amor grande que les posee, puede con frecuencia influir en su juicio».

Los defectos

Es posible que algún lector, al leer los capítulos anteriores, haya experimentado cierta sensación de rechazo. La conjunción de anécdotas y sucesos de Moscati, al entrelazarse entre sí, pueden acabar formando una imagen tan «perfecta» y magnífica de su figura, tan desgajada de las miserias humanas, que acaben situándolo fuera de la realidad, en ese horizonte utópico —y falso— de los «hombres perfectos». No existen los hombres perfectos: Moscati fue un hombre de cualidades excepcionales, alcanzó un alto grado de perfección, pero conoció las limitaciones, las luchas y los errores de cualquier ser humano. Su grandeza no estuvo en no tener defectos, sino en su lucha por superarlos.

Sus defectos procedían fundamentalmente de su temperamento profundamente apasionado e impetuoso, que tendía a la exasperación y al chispazo de mal humor; una tendencia contra la que luchó durante toda su vida, demostrando, como señalaba Roche, que el carácter de los hombres de Dios no suele parecerse al «Mar Muerto, cuyas aguas no riza nunca el soplo de la brisa y en el que la vida no agita las pesadas aguas. Se asemeja más bien al lago de Genesaret, encrespado por fuertes tormentas».

Luchó y pidió a Dios durante toda su vida que le avadara a pulir las aristas duras de aquel carácter que lo convertían a veces en un pequeño gruñón; un gruñón bondadoso y amable, como recuerda Poma, pero gruñón, al fin y al cabo. Intentaba contener aquellas brusquedades; pero no siempre conseguía que no se trasluciese en su mirada, en una inflexión de su voz, aquella lucha íntima consigo mismo.

Es fácil adivinar el origen de aquellos pequeños enfados. Una multitud creciente se agolpaba en la puerta de su consulta: un anciano le pedía consejo, parsimoniosamente, a una hora inoportuna, cuando debía trasladarse urgentemente a otro lugar; una mujer exageraba las dolencias de un paciente al que le rogaba que fuera a visitar a un pueblo cercano, sin darse cuenta que debía visitar al mismo tiempo, en otro sitio, a un enfermo verdaderamente grave; otra, le acosaba con preguntas inoportunas.

Es comprensible que, en medio de esta trepidación cotidiana, su carácter fuerte se destemplase en algunos momentos; pero no puede decirse que tuviera mal genio. Esas reacciones de irritación provenían, a veces, de las reticencias de algunos pacientes a la hora de contar todos los síntomas de su enfermedad; de los falsos pudores de algunas mujeres; del cansancio o de la impaciencia por llegar a más. Sin embargo, nadie re-

cuerda una ofensa suya o una falta de caridad. Tenía un carácter vivo, pero amable; enérgico, pero contenido en sus propias márgenes, a fuerza de años de lucha.

Gozaba, además, de un profundo buen humor, como recordaba el profesor Bevacqua; aunque a veces ese humor se quebrara cuando veía que una señora, al finalizar la consulta, sabiendo que aguardaban detrás de ella muchos pacientes, tardaba en vestirse o le entretenía con cuestiones inútiles, o con largas despedidas innecesarias...

—Muchas gracias, doctor, cómo le agradezco...

—Gracias a usted señora. Y ahora debe perdonarme, pero...

—Sí, sé que hay mucha gente esperando, pero me ha dicho usted que vuelva dentro de un mes, ¿no es cierto?

—Sí señora, dentro de un mes.

—Pues aquí estaré. ¿Y si me encuentro mal antes, vengo antes, no?

—Sí, señora. Pero discúlpeme, están esperando muchos pacientes y...

—... Porque ya sabe usted que a veces, estos casos se complican, y... ¿Así que un mes exacto, no?

—Sí, señora, un mes exacto —cortaba, seco, Moscati, intentando acompañar el gesto con una sonrisa—. El siguiente.

Estas reacciones desabridas, que le llevaban a pedir perdón con frecuencia, eran fruto del cansancio que le producía su intensa dedicación profesional. Otras veces —como ya hemos visto— utilizaba esa aparente rudeza para curar un caso de obsesión u otra enfermedad que requiriese un tratamiento enérgico.

De todos modos, estas pequeñas tormentas tenían lugar muy ocasionalmente. Sus rasgos dominantes fueron siempre la amabilidad, la delicadeza y la paciencia. Tramontano cuenta que en una ocasión una joven le pidió que fuese a visitar a su padre de nuevo. Moscati le dijo que aquel día no podía ir porque tenía que visitar a otros enfermos en los pueblos cercanos. Además, su padre se había repuesto ya de su enfermedad.

—Ya entiendo —respondió aquella mujer, displicente—, no quiere visitarlo.

—No es que no quiera —le aclaró Moscati—, es que hoy no puedo, que es diferente.

—No quiere —dijo la mujer, malhumorada, y le dejó, con un gesto cortante, una nota en la que había escrito la dirección.

No tuvo una recriminación, ni un gesto de malhumor ante aquella actitud insolente. Aceptó la humillación en silencio y aquella misma noche, cuando volvió de Casino, un pueblo cercano, alrededor de las once, después de todo un día de trabajo, se presentó en aquella dirección para visitar al enfermo.

XIV. EN LAS FRONTERAS DE LA CIENCIA

Una lucidez misteriosa

Recordaba Michele Parlato, un abogado amigo de Moscati, que en los últimos años de su vida sus diagnósticos rozaban con la clarividencia. Formulaba sus juicios con una seguridad extraña, como si poseyera una lucidez profunda y misteriosa... «Me encontraba enfermo de gravedad — cuenta—, con una de esas enfermedades que hacen dudar a los médicos sobre el mejor método de cura. Moscati se prodigó desde el primer momento conmigo y me proporcionó una atención fraterna y afectuosa. Estuvieron a mi cabecera otros ilustres clínicos, de alguno de los cuales Moscati había sido discípulo. La opinión de los doctores era unánime: debía operarme inmediatamente. Sólo él se oponía. Mantuvo en todo momento un obsequioso respeto por aquellos médicos que habían sido sus maestros y guardó, como siempre, delicadeza y deferencia para con sus colegas; pero expuso con firmeza su absoluta convicción de la inutilidad y de los peligros de una operación quirúrgica.

«Sonreía, pero se mantenía firme: ‘No se opere —me repetía, como para hacerse perdonar su disensión ante la que parecía la única solución para la mayoría—. Usted se curará dentro de unos meses...’.

»El resto de los médicos permanecían escépticos. Pero yo tenía confianza en él y me negué a que me intervinieran. Al cabo de un mes, restablecido, me incorporé de nuevo a mis ocupaciones.»

No se trata de un tifus

No fue ésta la única ocasión en la que Moscati obró en contra del decidido y unánime parecer de sus colegas. En otra ocasión, recuerda el

mismo Parlato, le telegrafaron con urgencia desde la provincia de Foggia: «Dos de mis hijos —cuenta—, que se encontraban con unos parientes, habían caído en cama con una fiebre altísima y constante. Los médicos habían diagnosticado un tifus. Me dirigí enseguida a Moscati pidiéndole que me acompañara y le leí el telegrama. ‘No compensa que me desplace hasta allí —me dijo—. Lo único que tienen los niños es una fiebre malaria. No se trata de un tifus. Salga usted enseguida y haga que les pongan inyecciones de quinina. Y déles todo lo que quieran para comer, aunque sean macarrones: dentro de varios días se les quitará la fiebre y podrá traérselos a Nápoles sin más problemas.’

»El afecto, la confianza, la admiración que sentía por él habían ido aumentando a lo largo de los años, gracias a una amistad fraternal. Pero en aquella ocasión... eran mis hijos, y estaban lejos, con una fiebre altísima... y había hecho el diagnóstico a distancia... Ni siquiera los había visto y me decía que les diera a comer de todo...

»Me leyó la duda en el rostro; entonces tomó la pluma y escribió:

» ‘Bajo la más estricta responsabilidad afirmo que los hijos de Michele Parlato están aquejados de fiebre malárica. Prescribo solamente unas inyecciones de quinina. Se le debe dar de comer todo lo que quieran: incluso macarrones con salsa’.

»— ‘Ahora ya puede irse’ —me dijo, dándome la carta y sonriéndome comprensivo, mientras me apretaba fuertemente la mano—.

»Me fui solo. Mis hijos estaban extenuados a consecuencia de la fiebre y la dieta láctea. Mostré a los médicos que los atendían el diagnóstico... junto con mi firme voluntad de seguir aquellas prescripciones. Se opusieron.

»— ‘Sí, el doctor Moscati es un gran clínico —me dijeron— pero, ¿cómo puede saber a distancia de qué se trata, más que nosotros, que estamos atendiendo a los dos muchachos?’

»Y no quisieron seguir atendiendo a mis hijos para no asumir —me dijeron— un tratamiento tan nocivo que los podía llevar a la muerte. Yo me atuve escrupulosamente a las prescripciones del profesor Moscati y a los dos días cesó la fiebre. Me los traje conmigo a Nápoles. Se los presenté a Moscati, diciéndole:

»— ¡Ya están curados!

»— ‘Todavía no —me respondió—. Hay que comenzar otro tratamiento. Dentro de quince días estarán de nuevo con una fiebre

altísima: pero no hay que alarmarse: durará sólo un día, y luego sí que estarán curados de verdad.'»

De nuevo en esta ocasión todo se cumplió como había predicho».

Cosas que pasan

En los últimos años de su vida daba algunos de sus diagnósticos con una rapidez asombrosa, como si leyera el mal en el rostro de sus pacientes. Tenía razón su amigo Landolfi: sus diagnósticos tenían algo de milagroso... Por ejemplo, en 1923 fue a verle un abogado, amigo de su colega Polichetti, que padecía desde hacía tiempo una fuerte salivación que ningún médico había logrado contener. «Moscati diagnosticó una úlcera de duodeno —cuenta Polichetti— con una prontitud singular, sin recurrir siquiera al examen radiográfico; y luego, con aquella elegancia, con aquella distinción, con aquel señorío tan suyo, le dio una carta para un sacerdote, el Padre Moroni, para que se pusiese a bien con Dios. Aquel hombre siguió sus consejos. Y el tratamiento que le dio (...) le curó.»

En otra ocasión vino a su consulta don Gabriele Esposito, un sacerdote de Castellamare, que padecía desde hacía mucho tiempo una enfermedad muy molesta, que no había sabido diagnosticar ningún médico de Nápoles. Moscati, nada más verlo, le dijo:

—Usted padece una ascitis cirrosa capsular y sufre esa enfermedad desde hace un año. Y se ha quedado en esa situación en la que está ahora desde hace unos tres meses.

«Me quedé mudo ante aquel portento —recuerda don Gabriele—, porque todo era exactamente así. Procedimos entonces al reconocimiento médico, que me hizo muy a fondo, y confirmó todo lo que me había predicho.»

En otra ocasión se presentó a las diez de la noche en casa de una enferma a la que no había querido ir a reconocer pocos días antes. Les había explicado a los familiares que no hacía falta que fuera a visitarla a su casa, ya que la estaba atendiendo otro médico.

—Cuando vinieron a pedirme —explicó Moscati a los familiares, mientras se dirigía a la habitación de la enferma— que viniera a visitarla, les dije que consideraba que mi presencia no era oportuna; ahora, sin embargo, resulta necesaria, y es preciso que la vea. Por eso estoy aquí.

Auscultó a aquella mujer, y tras dibujar sobre un papel dónde estaba el foco de infección, hizo notar que habían aparecido otros dos pequeños focos; y se marchó tras indicar el tratamiento a seguir, indicando que dijeran al médico que la atendía, cuando fuera a visitarla al día siguiente, que se había permitido modificar el tratamiento establecido a causa de los dos nuevos focos que habían aparecido...

Esa intuición desconcertaba a todos; ¿dónde estaba el límite entre la sabiduría médica, la experiencia, la intuición o... el milagro? ¿Qué pensar de todo esto? Como recordaba Pablo VI, este destello de lo sobrenatural en el ejercicio médico de los últimos años de su vida fue el fruto admirable de la íntima interrelación que existía en su alma entre la ciencia y la fe, entre la sabiduría humana y la gracia.

Si se trataran sólo de asuntos de carácter exclusivamente médico... Un día don Lucio D'Amato di Amalfi le presentó a sus dos sobrinos. Moscati le preguntó si los pequeños habían cumplido con el precepto pascual.

—Creo que sí —respondió don Lucio.

—Uno, sí; el otro no —contesta Moscati.

Era cierto.

Otra noche llegó muy preocupado a casa y le contó a su hermana lo que le había sucedido. Se habían presentado en su consulta dos mujeres a las que no conocía de nada: una señora mayor a la que acompañaba una joven de unos veinticinco años. Y él, nada más verlas, había dicho a la joven, movido por una fuerza misteriosa e incontenible, que no había hecho todavía la Primera Comunión. Ésta, tras la sorpresa inicial, lo reconoció. Luego se había vuelto hacia la mujer mayor y le había dicho que estaba unida con un sacerdote y que era necesario que regularizase su situación ante Dios.

Al acabar de decir esto, se volvió hacia su hermana, avergonzado, cubriéndose la cara entre las manos, como pidiéndole alguna explicación.... Nina le dio una respuesta que sólo un alma humilde y sencilla como la suya podía aceptar:

—¡Oh! —comentó, sin darle mayor importancia—. ¡Son cosas que pasan!

—¡Ah, bien! —dijo Moscati—. Entonces puedo irme a acostar.

Y se fue.

XV. LA MUERTE MÁS HERMOSA

*Che bella cosa e'na jumata 'e
sole n'aria serena doppo na
tempesta! Pe'll'aria fresca paregia
na festa...*

(Capurio, O solé mío).

No soy el tío de América

El número de gentes que acudían a su consulta iba acrecentándose de día en día, y, en consecuencia, por mucho que dejase de cobrar a los más necesitados, también se iba acrecentando el dinero que recibía, que acababa habitualmente, sabiamente administrado por Nina, en diversas obras de caridad. Alguna parte llegaba a manos de algún familiar suyo, como su sobrino Franco, que estaba estudiando en otra ciudad (aunque no con demasiado aprovechamiento) y que acudía de vez en cuando a su tío Giuseppe para que lo sacara de sus apuros económicos.

Su tío Giuseppe estaba dispuesto a ayudarle, pero... «¿pero es que te crees —le escribía el 1 de febrero de 1927, entre bromas y veras— que yo soy el tío de América? Soy pobre: con eso te lo digo todo. Y los pobres son poco apreciados. Es bueno que te lo diga porque sé que así dejarás por una parte de hacerme la rosca, y por otra, ¡no harás más tonterías!

»El poco dinero que tengo, debo dejárselo a los pobres como yo. Si te lo diera, lo malgastarías en todo tipo de tonterías.

»Tú trabaja, trabaja, trabaja. Prepara bien tus deberes de escuela, aprende lenguas modernas. Aprovecha el tiempo, que malgastas en el cine

y en el ocio, en mejorar tu cultura. Así adquirirás unos tesoros, que te proporcionarán en el futuro gloria y riqueza.

»Pero sé humilde siempre, aunque hayas conquistado alabanzas y aplausos.

»¡Te envío 500 liras, y no sabes lo que me cuesta! Piensa en el bien que podrías hacer y no haces. (...) Lee libros buenos y sigue el ejemplo de tantos muchachos, que con la bondad, el sacrificio y la oración atraen hacia el bien a sus padres poco practicantes (está claro que no hablo de los tuyos).

»Pero tú serás un buen chico siempre, aunque por ahora... eso es harina de otro costal.

»Un cordial saludo.

»Peppino Moscati».

Hay que estar preparados

«Tú trabaja, trabaja, trabaja...» Estas tres palabras son la síntesis y el lema de su vida, que seguía cumpliendo inexorablemente. Aunque en aquel año de 1927, cuando escribía esta carta a su sobrino Franco, Moscati estaba... distinto. Los que le conocían advertían en su actividad —ya muy intensa de por sí— una intensidad singular, como una urgencia inexplicable, un afán incontenible «por llegar a más». Era como si, de algún modo, hubiese entrevisto, en el fondo del alma, que su fin estaba ya próximo; como si su deseo por estar cerca de Dios y acercarse a Dios a los demás fuera cada vez más fuerte y más rotundo.

«¡Grandiosa muerte —había escrito— que no es el fin, sino el principio de lo sublime y de lo divino!» Hablaba cada vez con mayor frecuencia de la muerte. «En los ocho años que pasé a su lado —recordaba el doctor Ponsiglione— le escuché repetir muchas veces: ‘Hay que estar preparados’. Y esas palabras se las decía a los médicos, a los enfermos, a todos los que se le acercaban, pero sin demostrar tristeza por aquello.»

Un día uno de sus colegas le preguntó si tenía miedo a dar «el paso definitivo». «Hasta ahora no he tenido nunca ese temor —respondió—, y espero, con la ayuda de Dios, no tenerlo nunca.»

¿Cómo iba a tener miedo a la muerte? La muerte era el abrazo definitivo con su Amor; la consumación de la gran pasión de su vida. Pero no deseaba morir; aconsejaba a sus enfermos que mientras no llegara la

muerte, vivieran con intensidad, cara a Dios, el momento presente: «Valore la vida —recomendaba a Enriqueta Sansone—. No pierda el tiempo lamentándose y evocando la felicidad perdida. *Servite Domino in laetitia...*⁴. ¡Se nos pedirá cuenta de cada minuto! ¿Qué has estado haciendo?» Y responderá: ‘llorando’. Y escuchará esta recriminación: ‘Debiste haberlo pasado implorando, haciendo obras buenas, vencíendote a ti misma y al demonio de la melancolía’.

»Por lo tanto... —concluía Moscatti, con fuerza— ¡A trabajar!».

Un impulso misterioso

Sus familiares, sus amigos observaban también que sus diagnósticos eran cada vez más rápidos y desconcertantemente certeros. Se dejaba llevar por corazonadas sorprendentes, por impulsos misteriosos que lo movían a actuar de una determinada manera, casi sin saber por qué...

Por ejemplo, aquel 13 de febrero de 1927 no tenía previsto asistir a la conferencia que daba el profesor Bianchi en el *Aula magna* de la Universidad. Bianchi era una figura destacada de la Medicina italiana: había sido titular de la cátedra de Psiquiatría en Nápoles, diputado más tarde en el Parlamento, ministro de Educación bajo el gobierno Fortis, senador desde 1919, ministro sin cartera de Defensa, Rector de la Universidad de Nápoles —Moscatti lo conocía de su época de estudiante—, y en aquel momento era el Vicepresidente de la Cámara de Diputados. Era, además, un notorio masón, conocido por su actitud anticristiana.

A pesar de su rechazo interior inicial, Moscatti se dirigió hacia el lugar de la conferencia. «Me había alejado hacía tiempo de los ambientes universitarios —explicaba más tarde, sorprendido de sus propios actos—, pero aquel día me movió una fuerza sobrehumana, a la cual no me pude resistir.»

Llegó al *Aula Magna* y ocupó su puesto entre la plana mayor de la Academia Médica Quirúrgica, que rodeaba al insigne conferenciante. Éste, al acabar su discurso, mientras recibía los aplausos del auditorio, cayó desplomado de repente sobre el suelo, víctima de un síncope. Tras unos momentos de confusión, Moscatti se acercó hasta él, vio que estaba moribundo y mandó llamar a un sacerdote; lo acogió entre sus brazos y le animó a arrepentirse de su vida pasada repitiéndole en voz baja, junto al oído, la jaculatoria: «Dios mío, misericordia». Poco después llegó el

⁴ Servid al Señor con alegría.

párroco, que pudo administrarle la Extremaunción, poco antes de que expirara.

Eran «cosas que pasan», como había dicho Nina...

Una profecía

También los que convivían con él advertían que, día tras día, su intimidad con Dios se iba volviendo cada vez más íntima y profunda, y se adentraba por los caminos del «olvido de lo creado», que cantara en sus versos San Juan de la Cruz. Con frecuencia Nina llamaba a la puerta de su cuarto y no respondía.

—¿Se puede? ¿Se puede? —insistía Nina—.

No contestaba. Silencio. Pero su hermana ya tenía experiencia de lo que pasaba: abría discretamente la puerta y allí estaba Giuseppe, absorto, sumido en oración.

—Pero, Giuseppe, ¿No oías cómo te llamaba? ¿Qué estabas haciendo?

—Pensaba en el Señor.

* * *

Presentía que su muerte estaba cercana. Un día una mujer le dijo: «Profesor, espero que usted esté siempre aquí para curarme», y Moscati respondió, ante su sorpresa:

—Sepa usted que me queda poco tiempo de vida.

Le comentó a un conocido suyo, Marangi, al que había curado de una enfermedad tiempo atrás:

—Le hago una profecía: ¡usted asistirá a mis funerales!

En otra ocasión su confesor, el P. Pío, le escuchó toser en la iglesia y se acercó hasta él para sugerirle que se sentara y no estuviera tanto tiempo de rodillas, porque el enlosado estaba muy frío. «No importa... —respondió Moscati con una sonrisa—, ¡Si me voy a morir pronto! »

Todo esto era algo más que una intuición o una corazonada. Tenía tal certeza de que iba a morir en un plazo breve, que actuaba en consecuencia. Por ejemplo: hacía todos los años una quincena en honor de la Virgen de Lourdes, que solía interrumpir para atender a algún enfermo de los alrededores. Era frecuente que lo llamaran desde diversos pueblos

cercanos y no solía negarse nunca. Sin embargo, aquel año no quiso desplazarse a ningún sitio y permaneció durante todos aquellos días al lado de la Virgen.

Un día, durante aquella quincena, se presentó en la iglesia con bastante fiebre. Cuando le vio el Padre Bittiglieri, un sacerdote conocido suyo, se preocupó:

—¡Cuídese doctor! No se exponga tanto, no vaya a empeorar...

—Eso no es posible —replicó Moscati—. En la vida hay que cumplir con el deber hasta el último momento, y tengo que hacer bien esta quincena, porque no sé si el año que viene la podré hacer...

Otro sacerdote, el Padre Casimiro, pasionista, estaba enfermo desde hacía cuatro meses. Moscati fue a visitarle a Ponti Rossi, el 4 de abril. Tras auscultarle le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que no celebra Misa?

—Dos meses.

—Pues quédese tranquilo, que dentro de poco se levantará, celebrará de nuevo y la primera Misa la ofrecerá por mí...

Cinco días después, el 9 de abril, estuvo hablando con un colega sobre la muerte. En un determinado momento éste le preguntó cual consideraba que era la mejor muerte que se podía desear.

—La más hermosa para el que está preparado —comentó Moscati— es la muerte repentina.

Martes de Pascua

Tres días más tarde, tras levantarse, leyó, como de costumbre, unas páginas de una antología ascética de San Alfonso María Liguori. Fue, como todos los días, a la iglesia de Santa Clara, donde asistió a la Santa Misa y comulgó. Volvió a casa, y se dirigió al Hospital, donde le esperaba un buen número de enfermos. «Han ingresado en la Clínica del profesor Slanziale al profesor Verdinois —dijo a Nina, al despedirse—. Piensa en los santos Sacramentos.»

Llegó al Hospital. No se encontraba bien. Un colega, Gennaro Giannini, le tomó el pulso. Tenía una arritmia considerable. A pesar de todo, no quiso alterar su ritmo de trabajo y dio comienzo a la consulta. Un paciente, otro, otro, otro... Al acabar volvió a casa, donde, tras la comida, prosiguió atendiendo enfermos.

A las dos y media de la tarde acudió a la consulta la Sra. Carulli. Debió verle cara de cansancio, porque le preguntó:

—¿Cómo se encuentra, doctor?

—¡Cuando se trabaja —contestó Moscati, con buen humor— se siente uno mejor!

Media hora después, mientras atendía a una enferma, sintió que le fallaban las fuerzas: se fue a su despacho, tocó el timbre, y dijo a la señora que le atendía:

—Suspendo las visitas. Me siento mal. Tráigame un poco de láudano.

Se sentó en el diván, reclinó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho. Sus hermanos acudieron enseguida. Ya había muerto.

De este modo, sencillo y discreto, concluyó su «sublime misión» en esta tierra. Todo sucedió como siempre había deseado: se fue de repente, en silencio, sin decir una palabra, sin molestar a nadie, en su propia consulta, en un día corriente de trabajo...

Tenía cuarenta y siete años. Era Martes de Pascua, 12 de abril de 1927.

* * *

Al día siguiente por la mañana, el Padre Casimiro, sensiblemente repuesto de su enfermedad, se levantó para celebrar Misa. Fue a la sacristía y mientras se revestía con los ornamentos, le dieron la noticia de la muerte del doctor Moscati. Recordó, emocionado, sus palabras: «Y la primera Misa la ofreceré por mí.....»

Miles de personas de toda condición social desfilaron por la capilla ardiente y el día 14 de abril tuvieron lugar los solemnes funerales, a los que acudió una gran muchedumbre. Los cronistas napolitanos no recordaban nada semejante en la historia de la ciudad. Tres años más tarde, el 16 de noviembre de 1930, trasladaron sus restos a la iglesia del Gesù Nuovo, donde había acudido a rezar con tanta frecuencia a lo largo de su vida.

EPÍLOGO

La sangre de San Genaro

Todos los años, en dos ocasiones, miles de napolitanos se agolpan en una capilla de la Catedral, dedicada a San Genaro, para presenciar la ansiada licuefacción de la sangre. Es el llamado «milagro de San Genaro». Rodea al hecho un ambiente de expectación y no es para menos, porque algunos napolitanos aprensivos temen que, si se retrasa más de tres horas, suceda un gran desastre aquel año en la ciudad...

Para otros lo terrible es que se licúe enseguida. Asegura una vieja leyenda que en el siglo pasado un general francés ordenó al Obispo de la ciudad que pidiera al santo que realizara el milagro, amenazándole con una pistola en la tripa, y que el santo (seguramente para salvar al Obispo de aquel aprieto, explican los más comprensivos) accedió. Esta condescendencia con el enemigo no agradó a ciertos devotos, que pensaron que su santo se había vendido a los franceses y lo destituyeron como patrón, arrojando su estatua al mar. En su lugar pusieron la estatua de San Antonio que se venera en la misma catedral.

Pero pronto —sigue la leyenda— tendrían ocasión de arrepentirse—. Pocos años después, el Vesubio comenzó a arrojar lava sobre la ciudad y San Antonio, sacado en procesión, no lograba detenerla. Afortunadamente, cuando la lava amenazaba con destruir Nápoles, la estatua de San Genaro del puente de la Magdalena, levantó su brazo, el Vesubio se calmó y el santo fue restituido en su antiguo puesto de protector celestial.

Naturalmente esto no es más que una leyenda fantástica: el Vesubio, el *Sterminator Vesebo* como lo denominaba Matilde Serao en *Il Mattino*, nunca había llegado con su lava hasta el puente de la Magdalena. Pero la leyenda es hermosa y se sigue repitiendo en Nápoles, conforme al famoso: «Si non è vero, è ben trovato».

Estas leyendas confirman la peregrina idea que de la santidad tenían algunos contemporáneos y paisanos de Moscati. De los santos se esperaba, sobre todo, milagros, prodigios y hechos espectaculares, como detener lavas y apagar volcanes: una santidad vinculada a lo maravilloso y lo extraordinario.

Por el contrario, no se encuentran en la vida de Moscati intervenciones, por decirlo así, «espectaculares» de la gracia, salvo algunas «intuiciones» de los últimos años. Aparentemente las anécdotas de su vida son las habituales de la vida cotidiana de cualquier médico.

Sólo aparentemente. Aisladas, una por una, podrían constituir un muestrario admirable de vida cristiana, sin más. Pero, cuando se descubre que esas anécdotas no fueron lo aislado, lo excepcional, sino lo diario y lo constante, entonces se vislumbra la santidad y el heroísmo oculto de la vida de este médico napolitano. Su heroísmo fue el heroísmo de lo cotidiano: el heroísmo del trabajo bien hecho, ofrecido a Dios; del deber cumplido día a día; de los pequeños vencimientos soportados con una sonrisa...

Santos en medio del mundo

Su modo de actuar fue discreto y sencillo; y se desarrolló siempre en el marco del trabajo profesional. Dios no le había llamado a predicar desde los púlpitos, ni a dar ese «testimonio escatológico» que lleva a los religiosos a mostrar públicamente, mediante hábitos, signos, gestos y actitudes, su entrega a Dios. Moscati era un cristiano corriente, un «hombre de la calle», un médico que confirmó con sus hechos lo que enseñaría años más tarde el Beato Josemaría Escrivá: «Todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo». Su entrega a Dios pasó casi inadvertida a los ojos de los hombres; su apostolado se desarrolló con la naturalidad propia de la vida cristiana; con la sencillez de las personas a las que Dios llama a la santidad en medio del mundo.

Santos en medio del mundo. Hoy, después del Concilio Vaticano II, se ha difundido por los cuatro puntos cardinales la llamada universal a la santidad que se desprende de la lectura de las páginas del Evangelio; pero en el primer cuarto del siglo esto no era así. Ni siquiera Moscati, que vivió heroicamente estas enseñanzas del Concilio, las llegó a atisbar en toda su plenitud: en sus escritos se comprueba que era deudor, lógicamente, de muchos de los planteamientos y concepciones de su tiempo. Esto es explicable ya que, como recuerda Ocariz, la dimensión *subjetiva* de la universalidad de la vocación a la santidad —a la que todos están llamados—, aun encontrándose con mayor o menor claridad e insistencia en la predicación y escritos de numerosos santos y autores espirituales de todas las épocas (entre otros, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Sales y Santa Teresa de Lisieux), «solía afirmarse débilmente, en el sentido de considerar posible la santidad para cualquier cristiano, pero pensando a la vez que era más bien excepcional para quienes —la mayoría— viven inmersos en los afanes del mundo».

Y mucho menos común —subraya este autor— era la conciencia de la dimensión *objetiva* de la universalidad de la vocación: es decir entender que todas las situaciones y circunstancias de la vida ordinaria pueden y deben ser *lugar y medio* de comunión con Dios.

Pocos años después de su muerte, el 6 de julio de 1931, comenzó el Proceso sobre su fama de santidad, que concluyó el 13 de junio de 1942. Intervinieron 27 testigos oculares: entre ellos había trece médicos, de los cuales cuatro eran colegas de Moscati, y siete, antiguos alumnos.

La Causa de Beatificación se introdujo el 6 de marzo de 1949, y se desarrolló hasta 1952. El 10 de mayo de 1973 se promulgó el Decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, y el 3 de octubre de 1975 se aprobó un milagro obtenido por su intercesión.

Sólo su hermano Domenico fue testigo de los sucesivos pasos para la glorificación de Giuseppe. Genaro falleció en 1930. Nina, un año más tarde, en 1931; Eugenio murió en 1938. Sin embargo, Domenico no logró ver la Beatificación de su hermano, ya que falleció el 13 de agosto de 1953.

Giuseppe Moscati fue beatificado en la Plaza de San Pedro por Pablo VI el 16 de noviembre de 1975. «La figura del profesor Moscati —dijo el Papa— confirma que la vocación a la santidad es para todos y que resulta asequible a todos. Es una invitación, que parte del corazón de Dios Padre,

que nos santifica y nos diviniza por la gracia merecida por Cristo, sostenida por los dones de su Espíritu y transmitida por la Iglesia.

«Inmersos en esta corriente divina, todos, sin excepción, son llamados a la perfección, a hacerse santos. ‘Ésta es la voluntad de Dios, que seáis santos’, escribe San Pablo (*I Thes 4, 3*).»

Concluía el Papa afirmando que la figura de Moscati recuerda a todos los cristianos de hoy que la santificación en medio de los afanes temporales «es posible, es necesaria. ¡Lo necesita la Iglesia y el mundo!».

Fue canonizado por Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro, el 25 de octubre de 1987, sesenta años después de su fallecimiento. «Todos los aspectos de la vida de este laico médico —comentaba el Pontífice— aparecen animados por la nota más característica del cristianismo: el amor, que Cristo ha dejado a los que le siguen como su mandamiento. De esta personal experiencia del valor central del cristianismo nos ha dejado numerosos ejemplos en sus escritos: ‘No ha sido la ciencia —escribía— sino la caridad la que ha transformado al mundo en determinados períodos; solo poquísimos hombres han pasado a la historia gracias a la ciencia; pero todos pueden ser imperecederos, y convertirse en símbolos de la eternidad de la vida, en el cual la muerte no es más que una etapa, una metamorfosis para el más alto ascenso, si se dedican al Bien.»

BIBLIOGRAFÍA

La personalidad de Giuseppe Moscati es muy popular en Italia, donde se han publicado numerosos estudios sobre su figura. En cambio, en España no es aún muy conocido. Ofrezco por esa razón una relación de algunos títulos publicados en el país vecino donde el lector interesado encontrará obras muy variadas: desde trabajos rigurosos y documentados, hasta obras de divulgación general o estudios dirigidos especialmente a la clase médica.

En este libro he pretendido dar a conocer su figura al gran público de lengua castellana del modo más sencillo y asequible. Ésa es la razón por la que he procurado evitar todo tipo de tecnicismos, prescindiendo de citas bibliográficas a pie de página y de aquellas cuestiones de carácter exclusivamente médico. Los interesados en esos temas pueden consultar algunas de las obras que se citan a continuación.

La primera biografía sobre Moscati fue escrita por su hermano mayor Genaro, el mismo año de su fallecimiento: Vid. Genaro Moscati, *Giuseppe Moscati*. Nápoles, Giannini, 1927. Tres años después, el Arzobispo de Amalfi, Ercolano MARINI, publicó *Il proj. Giuseppe Moscati della R. Università di Napoli*, editada también por Giannini. Esta obra cuenta con un pequeño apéndice con epistolario, publicaciones y un *curriculum vitae*. Antonio Oldrà dio a la luz en 1930 su obra *Un medico Santo, Giuseppe Moscati dell'Università di Napoli*, Turín, Baravalle; y en ese mismo año Da Donea publicó en Milán su estudio *Giuseppe Moscati* en la editorial Artigianelli. Un año más tarde apareció el estudio biográfico de Onofrio Buonocore, *Giuseppe Moscati* publicado en Ishia, en la editorial La Cultura. En 1933 apareció en Praga *Artz und Apostel* del Dr. Spürk, editada por Lebenshefte. En 1934 Celestino Testore publicó *Il professore Giuseppe Moscati della R. Università di Napoli*, Nápoles, Giannini, 1934.

El resto de las biografías aparecidas hasta la fecha han sido editadas casi exclusivamente en Italia. Se pueden citar, entre otras: Nicola Castellano, *Giuseppe Moscati il dottore santo*, Turín, SBI, 1933; Alfredo de Marsico, *Giuseppe Moscati*, Nápoles, Guiannini, 1939; Agustino Poma, *Un Santo in camice bianco*, Alba, Pia Società S. S. Paolo, 1946, traducida años después al castellano; Giuseppina Verrienti *Giuseppe Moscati*, Nápoles, 1953; Fernando Bea, *Storia di un medico* Turín, Marietti, 1961; Ruggiero Moscati, *Una famiglia «borghese» del Mezzogiorno*, Nápoles, Edizioni Scintifiche Italiane, 1964; Luigi Garofalo, *Giuseppe Moscati nel ricordo dei suoi contemporanei*, Nápoles, Giannini, 1967; Andrea Piro, *Il médico santo dell'Università di Napoli: Giuseppe Moscati*, Nápoles, Volpicelli 1974; Luigi Geda, *Un santo médico*, Roma, 1975; Domenico Mondrone, *I Sancti ci sono ancora*, «Giuseppe Moscati un grande clínico e un grande santo», Roma, Edizioni Pro Sanctitate, 1976; Alfonso Preziosi *Giuseppe Moscati apostolo di scienza fede e carità*, Avellino, Anselmi 1978.

Me han sido especialmente útiles las obras de Alfredo Marranzini que ha publicado una serie de estudios especializados muy rigurosos y documentados sobre diversos aspectos de la vida y la obra de Moscati. Guarda especial interés su estudio sobre los escritos inéditos de Moscati (1978) y el análisis de su epistolario: *Giuseppe Moscati modello del laico cristiano di oggi*, Roma, Ave, 1987. Se han ocupado también de Moscati, Gianni Infusino, *Un santo in corsia. Giuseppe Moscati*; Cinisello Balsamo, Paoline, 1987; y Giorgio Papàsogli, que ha publicado una tercera edición de su obra *Giuseppe Moscati. «Il medico santo»*, Città Nuova, Roma 1987, editada anteriormente en 1958 y 1975 con el título *Giuseppe Moscati Vita di un médico santo*. Arturo Dalla Vedova, Raffaele Aufiero y otros, son autores de: *Giuseppe Moscati, médico santo*, La Parola, Roma 1987.

Estas últimas obras han sido las fuentes fundamentales de la presente semblanza, que constituye, junto con la traducción en 1958 del libro de Agustín Poma, y la obra *El siervo de Dios José Moscati, profesor de la Universidad de Nápoles*, editada en Nápoles en 1972, uno de los pocos estudios sobre Moscati en lengua castellana.

Agradezco especialmente a Antonio Tripodoro, autor de *Giuseppe Moscati Il medico santo di Napoli*, Nápoles 1993, una de las más sugestivas biografías de Moscati, su autorización para la reproducción de las fotografías.

